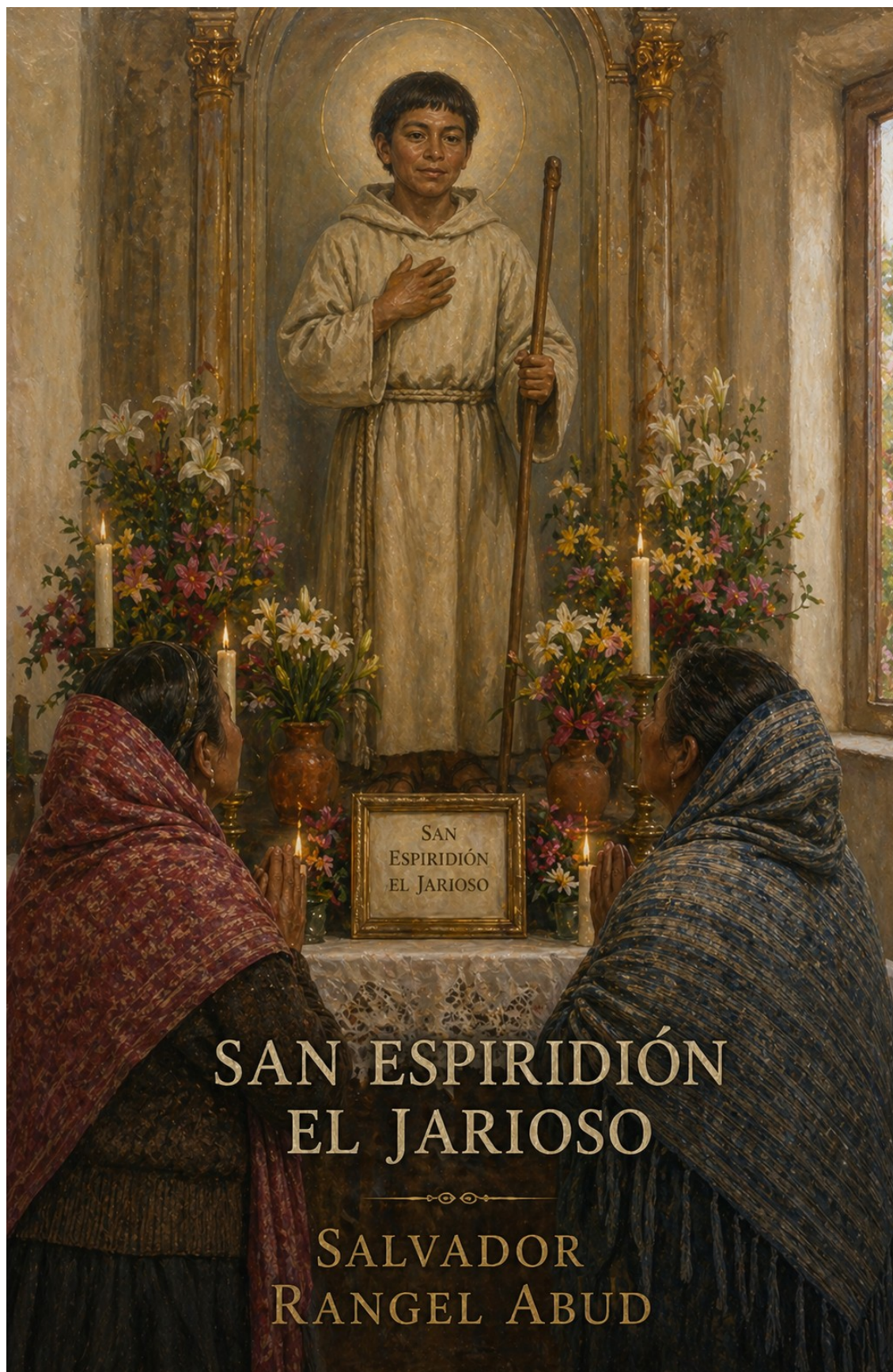




SAN ESPIRIDIÓN EL JARIOSO

SALVADOR
RANGEL ABUD

SAN ESPIRIDIÓN EL JARIOSO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La nariz de la imagen presentaba, a toda hora y en toda estación, una humedad persistente que nadie había sabido explicar del todo, y que el pueblo, con la elegancia semántica de los que llevan siglos conviviendo con lo inexplicable, había integrado al milagro sin mayor trámite.

San Espiridión el Jarioso es una novela de sátira costumbrista sobre la fe, la duda y la terquedad de la realidad cuando se niega a entrar en cualquiera de las categorías que uno le prepara. Sandra Ojeda, periodista del semanario La Plana Mayor, llega a Oaxtlapilla —un pueblo sin letrado de la sierra de Oaxaca— con el encargo de investigar el culto popular a San Espiridión: un santo que nunca fue canonizado, que no aparece en ningún registro eclesiástico, que vivió hace más de doscientos años con la nariz permanentemente húmeda y que, según todos los habitantes del pueblo sin excepción, sigue haciendo milagros. Sandra llega con su libreta, su método periodístico y la certeza razonable de que en tres semanas tendrá material suficiente para una nota con fotografías. Lo que no calcula es que Oaxtlapilla no es el tipo de lugar que se deja reducir a una nota con fotografías. A lo largo de dieciocho días habla con tenderos, maestros, parteras, herreros, médicos, teólogos retirados y una niña de once años que estuvo enferma del corazón y ya no lo está. Cada conversación le devuelve su propia pregunta convertida en una mejor. Una novela que no toma partido entre la fe y la razón, sino que los pone a convivir en la única mesa donde siempre han tenido que sentarse: la de la experiencia humana concreta.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela aborda temas de fe religiosa popular, cultos no canonizados y experiencias que los personajes interpretan como sobrenaturales, tratados sin afirmar ni negar su naturaleza. Lectores con posiciones rígidas frente a la religión popular o frente al escepticismo ilustrado encontrarán en esta novela un espacio que no favorece ninguna de las dos posiciones sino que las pone en conversación. Esa conversación puede resultar incómoda. Es también, en opinión del autor, su mayor virtud.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: San Espiridión el Jarioso

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Sátira costumbrista / Novela filosófica / Comedia de ideas

Extensión: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Sierra de Oaxaca y Ciudad de México, tiempo contemporáneo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que no tiene respuesta cómoda: ¿puede la razón investigar la fe sin destruirla en el proceso? Oaxtlapilla no existe en ningún mapa. San Espiridión no aparece en ningún archivo eclesiástico. Los personajes son ficticios. Pero los pueblos que funcionan como Oaxtlapilla existen, los santos que actúan como San Espiridión existen, y las preguntas que Sandra Ojeda no sabe cómo responder son preguntas que el autor tampoco sabe cómo responder. Esa es, posiblemente, la razón más honesta para escribir una novela.

LICENCIA

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa.

PALABRAS CLAVE

sátira costumbrista · cultos populares · santos no canonizados · fe y escepticismo · periodismo de investigación · sierra de Oaxaca · México · novela filosófica · tradición oral · milagros · comunidad · identidad cultural · sincretismo religioso · duda y certeza · humor mexicano

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la tensión entre el método racional y la experiencia que no cabe en ningún método. Examina la función social de la fe colectiva como elemento de cohesión comunitaria, sin reducirla a mero mecanismo sociológico ni elevarla a verdad incuestionable. Indaga en la naturaleza del testimonio y la memoria colectiva como formas de conocimiento distintas pero no inferiores al documento escrito. Plantea el periodismo como una

práctica que puede transformar al que la ejerce tanto como al que es investigado. Y propone, a través de la sátira costumbrista heredera de Inclán y la tradición del humor mexicano del siglo XIX, que las preguntas sin respuesta no son fracasos del pensamiento sino formas legítimas y necesarias de estar en el mundo.

CITAS DESTACADAS

"La fe no necesita mi permiso para existir. Lo que no sé es si yo necesito la suya." "Aquí no investigamos. Aquí vemos." "Las cosas importantes no se escriben. Se recuerdan." "Algunos hechos, si los pones en un papel, los matas." "La ciencia explica lo que ya pasó. El santo acompaña lo que todavía no ha pasado." "No todo es el santo. A veces son las tablas." "Puede ser los dos." "Para que no se le olvide cómo sabe lo real."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en San Espiridión el Jarioso un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y filosófico que le es propio.

José Tomás de Cuéllar (Facundo, Escenas de México): el registro de sátira costumbrista, el humor de observación anclado en lo cotidiano y el retrato de tipos populares mexicanos trazado con ironía afectuosa y sin condescendencia. Graham Greene (El poder y la gloria): el tratamiento de la fe popular enfrentada a la institución, y la figura del personaje externo que llega a juzgar y termina siendo juzgado por lo que encuentra. Juan Rulfo (El llano en llamas): la ambientación en la sierra mexicana, la economía del lenguaje y la presencia de lo inexplicable como parte natural del paisaje humano, sin que nadie lo anuncie como extraordinario. Mario Vargas Llosa (La guerra del fin del mundo): la exploración de la fe colectiva como fuerza social capaz de sostener una comunidad entera, narrada desde la mirada de alguien que no comprende del todo lo que observa.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento exacto del relato comienza a cambiar la postura de Sandra frente al culto, y qué evento específico lo desencadena? ¿Es la posición de Tobías —el escepticismo funcional invertido— una forma de condescendencia ilustrada o una respuesta filosóficamente honesta? ¿Puede ser las dos cosas al mismo tiempo? ¿Qué significa que ningún milagro en Oaxtlapilla haya sido presenciado directamente por quien lo cuenta? ¿Debilita o fortalece el testimonio? ¿Por qué el padre Arriaga decidió no escribir su informe? ¿Tiene razón cuando dice que algunos hechos se mueren si se ponen en papel? ¿Qué hace Valentina Corrales con su respuesta —puede ser los dos— que ni Tobías ni Arriaga ni el doctor Fuentes han podido hacer? ¿Qué hay escrito en la libreta de Sandra? ¿Qué cree usted que vio en la iglesia a las tres de la

mañana? ¿Es el reportaje final de Sandra un éxito o un fracaso? ¿Éxito o fracaso de qué?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). San Espiridión el Jarioso. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. San Espiridión el Jarioso. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. San Espiridión el Jarioso. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca la novela histórica, la novela coral, la novela genealógica, la ficción contrafactual, el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica y —como demuestra esta entrega— la sátira costumbrista filosófica con vocación de comedia de ideas. Entre sus proyectos activos se encuentran El último rojo del soviét, Una España siempre en llamas, Las voces de la razón, La sangre del norte, La república que pudo haberse sembrado y Esto es lo que hicimos de México.

MENSAJE FINAL

México tiene pueblos como Oaxtlapilla. Tiene santos sin canonizar que llevan siglos respondiendo lo que ninguna institución ha sabido responder. Tiene comunidades que funcionan con una coherencia que los métodos importados no saben medir. Tiene una tradición costumbrista, irónica y profundamente humana que es una de las grandes literaturas del mundo y que no siempre recibe el reconocimiento que merece. Esta novela es un homenaje a esa tradición y a los pueblos que la sostienen, narrada desde la convicción de que la pregunta sin respuesta no es el fracaso del pensamiento sino su forma más honesta. San Espiridión no necesitó ninguna comisión para hacer lo que hizo. Esta novela tampoco.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	El cuaderno de Sandra <i>Ciudad de México</i>
CAPÍTULO 1:	La mujer que no creía en milagros
CAPÍTULO 2:	Todos tienen su milagro
CAPÍTULO 3:	El origen según Macario
CAPÍTULO 4:	El argumento de la lluvia
CAPÍTULO 5:	El milagro que nadie vio directamente
CAPÍTULO 6:	La humedad de la nariz
CAPÍTULO 7:	El teólogo de la sierra
CAPÍTULO 8:	La niña de los registros
CAPÍTULO 9:	El argumento de la pólvora
CAPÍTULO 10:	La herejía de Tobías
CAPÍTULO 11:	Lo que Macario no dijo

CAPÍTULO 12:	Sandra enferma
CAPÍTULO 13:	El artículo imposible
CAPÍTULO 14:	La pregunta de la niña
CAPÍTULO 15:	Lo que Sandra vio
EPÍLOGO:	Seis semanas después

SAN ESPIRIDIÓN EL JARIOSO

Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El cuaderno de Sandra

Ciudad de México

Lo que el lector tiene en las manos —o en la pantalla, que para el caso es lo mismo aunque a los editores les duela— no es exactamente una novela de santos. Tampoco es una novela de periodistas, aunque haya una. No es una novela de milagros, aunque los haya. Entonces es, en el fondo y sin que nadie lo haya planeado así, una novela sobre la terquedad: la tenacidad de los que creen, la perseverancia de los que no creen, y la necedad, mucho más pertinaz que ambas, de la realidad cuando se niega a entrar en cualquiera de las dos categorías.

Erasmus de Rotterdam argumentó hace cinco siglos que sin la necedad, las relaciones humanas no existirían. El matrimonio, la amistad y los negocios solo sobreviven gracias a la "necedad" de ignorar los defectos ajenos, el autoengaño y la adulación...y por supuesto los milagros.

El pueblo de Oaxtlapilla existe en la sierra de Oaxaca con la tranquila indiferencia con que existen los lugares que nunca han necesitado que nadie los descubra. No tiene letrero de bienvenida. No tiene página web. No aparece en las listas de pueblos mágicos, en parte porque nadie lo ha propuesto, en parte porque sus habitantes sospechan que el certificado implicaría una visita

de funcionarios, y los funcionarios, en la sierra, suelen traer consigo una variedad de milagros bastante menos edificante que los de San Espiridión.

San Espiridión el Jarioso es, para quien aún no lo sepa, el santo patrono de Oaxtlapilla: hombre que vivió hace más de doscientos años, murió de viejo una mañana de octubre sin mayores aspavientos, nunca fue ordenado sacerdote, nunca fue canonizado, nunca existió en archivo eclesiástico alguno y, pese a todo ello —o quizás precisamente por ello—, sigue curando enfermedades, enderezando deudas torcidas y, según afirman algunos, regulando con su nariz siempre levemente húmeda el estado de ánimo colectivo del pueblo. La Iglesia no sabe de él. El Estado tampoco. Lo que los habitantes de Oaxtlapilla piensan al respecto se puede resumir en la frase que el guardián Macario Celso Velarde pronunció cuando se le planteó el problema: "¿Y eso a quién le importa?"

Sandra Ojeda llegó a Oaxtlapilla en calidad de periodista del semanario La Plana Mayor, encargada de un reportaje sobre cultos populares no canonizados. Sandra es una mujer inteligente, metódica, formada en la mejor tradición del periodismo de investigación: la que consiste en creer que toda verdad tiene un documento que la sostiene y toda mentira, una grieta por donde se cuele. Llegó con su libreta, su teléfono, su escepticismo profesional y la certeza, muy razonable, de que en tres semanas tendría material suficiente para una nota con fotografías.

Lo que no calculó —y aquí el narrador se permite una sonrisa que no es exactamente de burla— es que Oaxtlapilla no es el tipo de lugar que se deja reducir a una nota con fotografías.

Este prólogo, como el prólogo suele ser, es un documento previo al desastre. Procede de las páginas arrancadas del cuaderno de Sandra, encontradas sin orden cronológico, sin contexto suficiente, con la caligrafía de alguien que escribe de prisa porque le urge atrapar algo antes de que se le escape. En esas páginas aparecen frases que todavía no tienen sentido pero que lo tendrán: preguntas sin respuesta, nombres sin rostro, observaciones que aún no saben que son la médula del asunto. Una frase dice: "No puede ser que todos digan lo mismo." Otra: "Buscar al obispo. Buscar el acta de bautismo. Buscar algo." Otra más, rodeada de subrayados y tachones: "¿Qué significa exactamente que un santo sea jarioso?"

A esa última pregunta conviene responder, porque el lector la merece antes de entrar al pueblo.

Jarioso, en el español de aquella sierra, significa propenso al moquillo nasal: esa condición perpetua, levemente escandalosa en reuniones formales, que consiste en tener la nariz siempre a punto de necesitar un pañuelo. San Espiridión padeció este mal toda su vida. La madera con que lo tallaron —alguien del pueblo, hace doscientos años, aunque nadie recuerde quién— parece haber conservado el atributo con una fidelidad que los mejores escultores del barroco novohispano habrían envidiado: la nariz de la imagen presenta, a toda hora y en toda estación, una humedad persistente que nadie

ha sabido explicar del todo, y que el pueblo, con la elegancia semántica de los que llevan siglos conviviendo con lo inexplicable, ha integrado al milagro sin mayor trámite.

El lector escéptico —y hay lectores escépticos, como hay santos no canonizados y periodistas con dudas— tendrá sus propias explicaciones: condensación, resina porosa, algún sistema de goteo instalado por manos piadosas y anónimas. Son explicaciones perfectamente válidas. Lo que este prólogo no puede garantizar es que, al final de la novela, esas explicaciones le resulten tan cómodas como al principio.

Sandra, en alguna de las páginas de su cuaderno —no se sabe cuál, porque el desorden es parte del documento— escribe la frase que será el eje moral de todo lo que sigue. No la escribe como conclusión. La escribe como pregunta que todavía no sabe que ya es una respuesta: "La fe no necesita mi permiso para existir. Lo que no sé es si yo necesito la suya."

El pueblo de Oaxtlapilla, por su parte, no está enterado de esta inquietud. Tiene otras cosas en qué pensar: la cosecha, el agua, los hijos que se van a la ciudad y mandan dinero los primeros meses y luego mandan menos y luego mandan fotografías de sus hijos que ya no hablan la lengua. Son preocupaciones antiguas. San Espiridión las conoce bien. Ha tenido doscientos años para acostumbrarse.

El narrador, que ha tenido acceso a este cuaderno y a los que siguieron, y que ha reconstruido los dieciocho días que Sandra pasó en Oaxtlapilla con la escrupulosidad que el tema merece y la libertad que la ficción permite, pone aquí el punto final del prólogo con una advertencia modesta:

Este libro no va a decirle al lector si los milagros existen.

No porque el narrador no tenga opinión —la tiene, y es bastante firme—, sino porque esa pregunta, formulada en abstracto, fuera de una sierra de Oaxaca, fuera de una iglesia con olor a copal y vela derretida, fuera del territorio específico donde alguien en algún momento la vivió de una manera que no cabe en ningún archivo, no tiene respuesta posible. Solo tiene conversación. Y la conversación empieza en el capítulo uno, cuando Sandra Ojeda llega a Oaxtlapilla después de un viaje largo y progresivamente incómodo, y ve por primera vez la imagen del santo con su nariz pertinazmente húmeda, y escucha a Macario Celso Velarde pronunciar la frase que marcará su estancia entera:

—Aquí no investigamos. Aquí vemos.

CAPÍTULO 1

La mujer que no creía en milagros

Oaxtlapilla, sierra de Oaxaca — tarde de un martes

El viaje de Sandra Ojeda a Oaxtlapilla comenzó bien, como comienzan casi todos los viajes que terminan mal. Autobús de primera clase hasta Oaxaca,

hotel decente en el centro de la ciudad, desayuno con enchiladas con harta cebolla y quesillo que no merecían ningún reproche...

¡Ah! El primer inconveniente fue el taxi que la llevó hasta el entronque: un Tsuru de color indefinido por los múltiples tonos de prime de las piezas de colisión que tenía añadidas a la estructura original. Era del año de la canícula, con el espejo retrovisor pegado con cinta canela y un escapulario del Sagrado Corazón balanceándose sobre el tablero con la serenidad de quien ya ha visto muchos pasajeros dudar de si llegar era buena idea.

El segundo inconveniente fue la camioneta de redilas que recogió pasaje en el entronque y que Sandra abordó porque era el único vehículo que, según el taxista, pasaba por Oaxtlapilla.

—Mire seño...estará por ahí a eso de las dos, o un poco después... o a veces antes si el Beto tiene prisa, que generalmente no tiene —dijo el hombre...sin prisa.

El Beto no tenía prisa ese día. Y pronto confirmó que nunca había tenido prisa en su vida y no parecía dispuesto a empezar esa tarde, porque avanzaba por la terracería con la parsimonia de quien sabe que la sierra no va a ningún lado y que él tampoco.

Sandra iba en la batea sentada en una banca de madera, entre dos costales de maíz, una mujer con un guajolote en una canasta y un hombre que dormía con la cabeza apoyada en la barda de la camioneta y que, a cada tumbo del camino, golpeaba el metal con un sonido seco y regular, sin despertar jamás.

—Ese hombre va a quedar mal con tantos golpes —había comentado Sandra a la señora del guajolote al ver la cabeza rebotar continuamente en el metal.

—Ni se apure señorita. Este tiene la cabeza más dura que un bolillo de 3 días. —había dicho la señora del guajolote

El paisaje, que al principio había sido amable —cerros redondeados, milpas ordenadas, el tipo de naturaleza que aparece en los calendarios de los bancos —, fue cambiando de carácter conforme subían. Los árboles se apretaron. El camino se angostó. El cielo, que antes era un cielo normal con pretensiones de azul, se volvió el cielo específico de los lugares donde la nube y el cerro tienen trato directo y no incluyen al visitante en la conversación.

Oaxtlapilla apareció sin anuncio.

No había letrero de anuncio de llegada ni letrero que dijera cuántos habitantes tenía el pueblo como sucede en las películas. No había arco que dijera “Bienvenido a Oaxtlapilla”, ni mural pintado por algún programa federal de rescate de identidades comunitarias, ni siquiera un perro en la entrada que ladrara con convicción. El pueblo sencillamente estaba ahí, como había estado siempre, con sus casas de adobe y sus calles de tierra apisonada y su iglesia de cantera en el centro, mirando la llegada de Sandra Ojeda con la indiferencia benevolente que reservaba a todo lo que venía de fuera y que, tarde o temprano, se volvería a ir.

Sandra bajó de la camioneta, se sacudió el polvo del viaje con esa dignidad trabajosa que tienen los periodistas cuando llegan a un lugar y quieren parecer que siempre estuvieron ahí, y buscó con la mirada algo que funcionara como punto de orientación. Encontró una tienda, una mujer que barría su banqueta mirándola sin disimulo, y la iglesia. Decidió empezar por la iglesia, que era, técnicamente, el motivo del viaje.

La puerta estaba abierta.

El interior olía a copal, a vela consumida y a ese otro olor que tienen las iglesias antiguas y que no tiene nombre preciso pero que comunica, sin palabras, que ahí han pasado muchas cosas que no están en ningún libro. Sandra dejó que sus ojos se adaptaran a la penumbra. El espacio era modesto: nave única, retablo de madera sin pretensiones doradas, bancas de madera oscura con el brillo de mucho uso y poco barniz. En los muros laterales, exvotos pintados con la honestidad técnica de quien tiene mucho que agradecer y poco talento pictórico, lo cual, en materia de exvotos, suele ser la combinación más eficaz.

Y ahí... al fondo, en el altar, estaba San Espiridión... ¡San Espiridión el Jarioso!

Era una imagen de tamaño natural, tallada en madera oscura, con túnica de tono indefinido —había sido roja, o marrón, o ambas cosas en distintos momentos de su historia— y una expresión facial que Sandra no supo clasificar de inmediato. No era la expresión de éxtasis que tienen los santos de capilla cara. No era la expresión de sufrimiento que tienen los cristos de procesión. Era una expresión más parecida a la de alguien que lleva mucho tiempo de pie y ha aprendido a estar cómodo en esa condición.

Los ojos miraban hacia un punto levemente por encima de la cabeza del visitante, lo cual podía interpretarse como visión mística o como la costumbre, adquirida en doscientos años de trato con la humanidad, de no mirar demasiado directamente a nadie.

Y la nariz.

Sandra la vio enseguida, porque era lo que había venido a ver y porque, en efecto, no había manera de no verla. La nariz de San Espiridión presentaba, en su parte inferior, una humedad que no era exactamente un goteo —eso habría sido demasiado fácil de fotografiar y demasiado fácil de explicar— sino algo más sutil y más perturbador: una presencia de humedad, una insinuación de líquido, ese punto intermedio entre lo húmedo y lo seco que tiene la virtud de impedir cualquier veredicto cómodo.

Sandra sacó su teléfono y tomó tres fotografías.

—En la primera vez que vienen, todos fotografían la nariz.

La voz salió de algún lugar a la derecha del altar. Sandra giró. Un hombre de edad difícil de precisar —podían ser sesenta años bien cargados o setenta años llevados con paciencia— emergió de la sacristía con el paso tranquilo de quien conoce cada centímetro del lugar y no necesita mirar dónde pisa. Era delgado, de pómulos altos, con una camisa de cuadros perfectamente

abotonada hasta el último botón y el aspecto general de alguien que ha decidido, en algún punto de su vida, no desperdiciar energía en la prisa.

—Macario Celso Velarde —dijo, extendiendo la mano—. Yo cuido la imagen.

—Sandra Ojeda. Periodista. Del semanario La Plana Mayor.

—Ya sabíamos que venía alguien —dijo Macario, como si eso explicara todo, que en cierta manera explicaba todo.

Sandra anotó mentalmente la frase para usarla después y preguntó lo primero que se pregunta en estos casos:

—¿Ah sí? ¿Cómo sabían que venía alguien?

—Porque se empezó a humedecer la nariz de San Espiridión. No falla.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas?

—Puede hacerme todas las que quiera —respondió Macario—. Las respuestas que pueda o quiera darle, ya son otro asunto.

Lo dijo sin ironía detectable. Era el tipo de frase que, pronunciada con sorna, habría sonado a evasión. Pronunciada como la pronunció Macario, con la naturalidad de quien enuncia un principio de física básica, sonaba simplemente a descripción del mundo.

Sandra guardó el teléfono y abrió su libreta.

—¿Cuánto tiempo lleva el culto a San Espiridión en el pueblo?

—Desde antes de que alguien recuerde.

—¿Hay registros de cómo empezaron a adorarlo?

—Hay memoria. Todos lo saben.

—No es lo mismo.

Macario la miró con algo que no era exactamente desacuerdo:

—Depende de quién recuerda.

Sandra escribió: *Macario: evasivo o genuinamente convencido. Por determinar.* Subrayó la segunda opción, luego la tachó, luego la volvió a subrayar.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Usted cree en los milagros del santo?

La pregunta era directa hasta la torpeza, y Sandra lo sabía. Pero los primeros minutos con una fuente tienen sus propias reglas: a veces la pregunta obvia es la única que nadie ha hecho, precisamente porque todos la consideran demasiado obvia.

Macario no respondió de inmediato. Miró la imagen con la familiaridad de quien mira a un vecino de toda la vida.

—Creer —dijo finalmente— es una palabra de afuera. Aquí no creemos en San Espiridión. Aquí sabemos que está ahí para todos nosotros.

—¿Y hay diferencia?

—Toda la diferencia.

Sandra lo anotó. Era buena frase. Demasiado buena, pensó, para salir espontánea. Luego pensó que quizás en Oaxtlapilla las frases buenas salían espontáneas porque llevaban generaciones de práctica.

Salieron al atrio. La tarde había avanzado mientras Sandra estaba dentro, y la luz tenía ahora esa calidad específica de la luz de sierra a las cinco: dorada, oblicua, levemente melancólica, del tipo que hace que cualquier lugar parezca más significativo de lo que quizás es. El atrio era pequeño, con una cruz de piedra al centro y una banca corrida a lo largo del muro de la iglesia donde dos ancianas conversaban en voz baja sin mirarse.

—¿Dónde me puedo hospedar? —preguntó Sandra.

—Solo con Refugio —dijo Macario—. Tiene un cuarto. No cobra mucho.

—¿Hay otra opción?

Macario consideró la pregunta con seriedad:

—Pudiera haber otra opción, pero el colchón de la cama tiene un problema.

Sandra decidió no preguntar cuál era el problema del colchón y quedarse con Refugio.

Macario la acompañó hasta la casa de Refugio, que quedaba a dos cuadras de la iglesia siguiendo una calle que era básicamente la misma calle con distintos baches. En el camino, sin que Sandra lo hubiera preguntado, Macario fue señalando con pequeños gestos discretos: la casa del tendero Abundio, la escuela donde enseñaba el maestro Tobías, la barda donde hace cuarenta años alguien pintó un letrero político que el tiempo había convertido en un manchón rojo sin mensaje reconocible.

—¿Y aquí todos conocen a todos? —preguntó Sandra, que era la pregunta que hacen los periodistas de ciudad cuando llegan a un pueblo y que los pueblos reciben con la paciencia de quien ha escuchado esa pregunta muchas veces.

—Todos nos conocemos —confirmó Macario—. Lo que no quiere decir que nos entendamos...o que nos llevemos bien.

Refugio resultó ser una mujer de unos ochenta años —aunque podían ser setenta y cinco o noventa, porque había en ella esa cualidad de ciertos árboles y ciertos santos de haber llegado a una edad que ya no suma— con el pelo blanco recogido en un chongo apretado y una manera de recibir visitas que consistía en abrir la puerta, mirar al visitante de arriba abajo con una eficiencia diagnóstica que habría honrado a cualquier médico, y decir:

—Pásele nomás. Ya tenía yo hambre de platicar con alguien nuevo.

El cuarto era limpio, con una cama, una silla, una ventana que daba al patio y una imagen de San Espiridión en la pared —una lámina impresa, no tallada— que Sandra miró con la misma atención profesional con que había mirado la original, y que Refugio notó:

—No le tome foto —dijo—. Esa es la de mi mamá y se enoja.

Sandra no supo si el "se enoja" se refería a la madre o al santo, y tampoco preguntó.

Esa noche, después de una cena de frijoles negros y quesillo que Refugio sirvió sin preguntar si Sandra tenía apetito porque evidentemente lo tenía, Sandra abrió su libreta y revisó lo que había anotado en las primeras horas. Era poco. Era, en realidad, casi nada verificable: una imagen con nariz húmeda, un guardián de frases exactas, un pueblo sin letrero y sin wifi. Material suficiente, en otras circunstancias, para una nota de doscientas palabras al pie de la sección de cultura.

Escribió al final de la página: *El lugar no quiere ser investigado. No porque esconda algo. Sino porque cree —o mejor dicho sabe— que la investigación es la pregunta equivocada.*

Tachó la última frase.

La volvió a escribir.

Afuera, el pueblo de Oaxtlapilla hacía lo que hacía todas las noches desde hacía doscientos años o más: apagaba sus luces, callaba sus voces, y dejaba que la sierra ocupara el espacio que de noche le pertenece. Desde la iglesia —que quedaba lo suficientemente cerca para que Sandra pudiera oírla si hubiera algo que oír— no llegó ningún sonido.

Pero en algún momento de la madrugada, sin que Sandra estuviera despierta para registrarlo, empezó a llover.

CAPÍTULO 2

Todos tienen su milagro

Oaxtlapilla — primeros dos días

Sandra Ojeda tenía su propio método. Lo había desarrollado a lo largo de doce años de periodismo de investigación, tres premios regionales de reportaje y un número no contabilizado de fuentes que al principio no querían hablar y que al final no podían parar.

El método consistía, en esencia, en tres pasos: primero, escuchar sin interrumpir; segundo, identificar la contradicción interna del testimonio; tercero, jalar del hilo de esa contradicción hasta que el ovillo completo quedara sobre la mesa. Era un método eficaz, elegante en su sencillez, pero perfectamente inútil en Oaxtlapilla, según pudo constatar después de varios intentos.

El problema no era que la gente no quisiera hablar. El problema era exactamente el contrario.

El primer día Sandra se levantó temprano, desayunó los huevos que Refugio le puso sin preguntarle cómo los quería —"revueltos, porque los otros tardan más, le había dicho sin que lo preguntara"— y salió a la calle con su libreta, su teléfono grabando y el ánimo metódico de quien tiene dieciocho días por delante y sabe administrarlos.

La primera entrevista fue con Abundio Celestino, el tendero, cuya tienda quedaba a media cuadra de la casa de Refugio y que Sandra eligió por la

razón práctica de que era el establecimiento más cercano y porque los tenderos, en su experiencia, suelen saber todo lo que pasa en un pueblo y la mitad de lo que no pasa, aunque tuvo cuidado en recordar que también inventan todo lo que no saben.

Abundio era un hombre de complexión generosa, con el bigote entrecano de quien lo dejó crecer en algún momento de los años noventa y nunca encontró razón suficiente para recortarlo. Atendía la tienda con la calma de quien sabe que los clientes van a llegar de todas maneras porque no hay otra tienda. Cuando Sandra se presentó y explicó el motivo de su visita, Abundio asintió con la expresión de quien ya esperaba algo así y se acomodó en el taburete detrás del mostrador con el gesto de quien se dispone a contar algo que lleva tiempo queriendo contar.

—El milagro mío fueron las deudas —dijo, sin preámbulo ni protocolo—. Varias deudas que ya no tenía manera de pagar. Le debía al coyote del maíz, debía al de la semilla, debía a mi cuñado, que es el peor de todos porque le cobra a uno con la mirada cada vez que lo ve. Entonces fui con el santo tres días seguidos. Le recé bien rezado, no de esos rezos que uno dice con la boca mientras piensa en otra cosa, sino de los que dices desde el fondo de tu corazón. Al cuarto día llegó el dinero.

Sandra levantó la vista de la libreta:

—¿De dónde llegó el dinero?

Abundio lo pensó un momento:

—Pues llegó de donde tiene que llegar el dinero cuando uno lo necesita. Pero llegó.

—¿Pero alguien se lo trajo? ¿Una remesa? ¿Un pago pendiente?

—Solo llegó, señorita. Eso es lo que le estoy diciendo. ¿Qué no escuchó?

—Si escuché... ¿pero dónde lo vio cuando llegó?

—Pues en el cajón del dinero... ¿Dónde más habría de ser?

Sandra escuchó. Anotó. Pasó a la siguiente pregunta. El método, sin embargo, ya presentaba su primera fisura: no había contradicción interna que jalar porque no había, en el relato de Abundio, nada que Abundio considerara necesario explicar. El dinero llegó. El santo lo mandó. La ecuación era completa y no tenía incógnitas, al menos no desde el lado de Abundio.

La segunda entrevista fue con Consuelo Trejo, la maestra de la escuela primaria, que recibió a Sandra en el salón vacío durante el recreo con la eficiencia pedagógica de quien ha pasado veinte años explicando cosas a personas que no terminan de entender. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, con lentes de armazón gruesa y el pelo recogido con dos lápices cruzados que presumiblemente habían empezado el día detrás de una oreja y habían migrado al chongo en algún momento de la mañana.

—Mi hijo nació con los oídos cerrados —dijo Consuelo, con la precisión técnica de quien ha contado esto muchas veces y ha encontrado la formulación más

exacta—. No sordo de nacimiento, que eso es otra cosa. Cerrados le digo. Como si el mundo le llegara amortiguado. El médico del municipio dijo que con el tiempo podría mejorar o podría no mejorar, que esas cosas son así. Una tarde de noviembre lo llevé con el santo. No porque yo sea de las que van con el santo para cualquier cosa —que conste. Fui porque ya no sabía qué más hacer. Esa misma tarde, en la iglesia, el niño volteó a verme cuando le hablé en voz baja. Volteó. Antes no lo hacía.

—¿Y el médico confirmó la mejoría?

—El médico dijo que a veces esas cosas se resuelven solas.

—¿Y usted qué cree?

Consuelo la miró con la paciencia ligeramente agotada de quien lleva veinte años explicando fracciones a niños de tercer grado:

—Yo creo que mi hijo ya oye bien y antes no lo hacía. Lo demás es opinión.

La tercera entrevista, esa misma mañana, fue con Perpetua Salomé, que tenía noventa y un años según ella misma, ochenta y ocho según Refugio y una edad completamente distinta según el registro civil del municipio, que de todas formas nadie consultaba para estas cosas.

Perpetua vivía en una casa con macetas en la entrada y un gato tordillo que dormía en el quicio de la puerta con la inmovilidad de los gatos que han decidido que el mundo puede seguir sin su participación. Recibió a Sandra sin levantarse de su silla —una silla de madera con cojín bordado que era evidentemente el trono desde el que Perpetua Salomé gobernaba su universo inmediato— y le ofreció *tejate* en una jícara pintada a mano, que es una bebida refrescante y nutritiva que se distingue por una capa de espuma blanca y cremosa en la superficie, y que está hecha a base de cacao, maíz, hueso de mamey y la flor del árbol *Quararibea funebris*, que es la que le da su aroma y sabor característicos. Lo hizo antes de que Sandra pudiera decir nada.

—El milagro mío es esto —dijo Perpetua, y extendió el antebrazo izquierdo. En la piel, entre las manchas que dejan los años y el sol, no había nada visible—. Aquí tenía una llaga. De las feas. Cinco años me duró. Los remedios no hacían nada. Fui con el santo un domingo y el martes ya no estaba.

Sandra miró el antebrazo con la atención de quien busca algo que ya no está ahí para ser encontrado:

—¿Hay algún registro médico de la llaga?

Perpetua la miró con una expresión que no era exactamente de ofensa pero se le parecía en las esquinas:

—¿Y para qué iba a ir al médico, si tenía al santo?

Era, pensó Sandra mientras anotaba, una respuesta perfectamente circular. Y perfectamente honesta dentro de su propia lógica.

Esa tarde, después de cinco entrevistas más —el herrero cuyo hijo regresó de la ciudad cuando ya nadie lo esperaba, la partera cuyas manos dejaron de

temblar la víspera de un parto difícil, el anciano que perdió una cabra y la encontró tres días después en un barranco sin que nadie supiera explicar cómo había llegado ahí ni, sobre todo, cómo había sobrevivido—

Sandra regresó a su cuarto y revisó sus notas con la sensación creciente de que algo en su método había dejado de funcionar, aunque no podía precisar en qué momento exacto había ocurrido.

El segundo día fue peor aún, que en este caso en particular, significa más desconcertante que el primero.

Sandra amplió el radio de sus entrevistas. Habló con los que estaban en la plaza, con los que salían de misa, con los que trabajaban en las parcelas del borde del pueblo. Habló con una mujer de treinta años que tenía un negocio de comida y que le contó que el santo le había ayudado a conseguir el terreno donde construyó su local.

Habló con un hombre de cincuenta años, recio campesino del lugar, que le juró que San Espiridión le había mandado un sueño que le avisó que no tomara el camión que volcó en la curva de los Robles en 2019. Habló con una niña de doce años —con permiso de la madre, que estuvo presente echando tortillas durante toda la conversación— que dijo:

—Pues ya le digo señorita, el santo me ayudó a pasar el examen de admisión a la secundaria del municipio. —aunque admitió, con una honestidad que Sandra encontró refrescante, que también había estudiado bastante para ello.

Ni uno solo dudó. Eso era lo que Sandra no podía procesar.

En doce años de periodismo había entrevistado creyentes de toda clase: devotos de la Virgen de Juquila, peregrinos a San Juan de los Lagos, feligreses del Cristo Renovador de Brasilia que llegaban en camión desde Michoacán. En todos esos contextos había encontrado, invariablemente, por lo menos una persona que matizaba, que ponía condiciones, que decía "yo creo, pero también creo que hay que ayudarse". La fe, en su experiencia, venía siempre mezclada con algo: con la duda, con la negociación, con el cálculo. Era fe humana, en el sentido más literal: impura, contingente, capaz de flaquear.

En Oaxtlapilla no había un solo matiz.

No era que todos contaran la misma historia. Las historias eran completamente distintas: habían sido distintos males, distintas circunstancias, distintas maneras de llegar al santo y distintas maneras en que el santo había respondido. Lo que era idéntico en todos los casos era la certeza. Una certeza que no era fanática —nadie levantaba la voz, nadie condenaba al incrédulo, nadie recitaba dogma— era una voz... simplemente tranquila. La certeza de quien sabe que el sol sale por el oriente y no encuentra necesario argumentarlo.

Eso, en la experiencia periodística de Sandra Ojeda, era estadísticamente imposible.

Los borrachos dudan. Los que pelean entre sí dudan. Los que claramente no se quieren —y en Oaxtlapilla, como en todo pueblo humano, había parejas

que no se querían, vecinos con pleitos de lindero, familias con herencias mal repartidas— dudan, o por lo menos usan la duda como arma. En Oaxtlapilla nadie usaba la duda como arma. Nadie la usaba para nada. Era como si la duda, en ese pueblo específico, hubiera decidido hace mucho tiempo que no tenía trabajo disponible y se hubiera ido a buscar empleo a otra parte.

Esa noche Sandra llamó a su editor.

—¿Cómo va? —preguntó él, con el tono de los editores que preguntan ¿cómo va? cuando lo que quieren saber es cuándo llega.

—Todo esto es muy raro —dijo Sandra.

—¿Raro bueno o raro malo?

Sandra lo pensó:

—Un “raro” que todavía no sé cómo clasificar.

—Bueno. Pero te digo que para el viernes necesito algo.

—Para el viernes te mando notas.

—Notas no. Necesito un ángulo definido de la historia.

Sandra miró su libreta, que tenía ya cuarenta páginas escritas por ambos lados y ningún ángulo claro:

—El ángulo es que aquí nadie duda. Todos creen. Sin excepción.

—Eso no es un ángulo, eso es el tema.

—Ya sé. Por eso todavía no tengo ángulo.

Hubo una pausa en la que Sandra imaginó a su editor mirando el calendario con la expresión que ponía cuando imaginaba el cierre de edición:

—¿Es una secta?

—No.

—¿Hay dinero de por medio? ¿Alguien que cobre?

—No.

—¿Milagros verificables?

—Eso es lo que estoy investigando.

—Pues investiga más rápido.

Sandra colgó y se quedó mirando el techo del cuarto de Refugio, que tenía una viga central de madera oscura con un clavo del que colgaba, naturalmente, una imagen de San Espiridión en lámina. La nariz de la lámina estaba seca. Claro que estaba seca: era una lámina. Pero Sandra la miró de todas formas durante un momento más de lo estrictamente necesario, con la sensación —incómoda, no bienvenida, perfectamente irracional— de que el santo de papel la estaba mirando también.

Cerró la libreta. Apagó la luz. Y en la oscuridad del cuarto, mientras afuera el pueblo callaba con esa calma que no es silencio sino otra forma de conversación, Sandra Ojeda reconoció, por primera vez en muchos años de

oficio, que no sabía por dónde jalar el hilo que necesitaba para tener una historia.

Porque en Oaxtlapilla, al parecer, el ovillo no tenía hilo. O si lo tenía, estaba en algún lugar, que su método todavía no había aprendido a encontrar...o ni siquiera a buscar.

CAPÍTULO 3

El origen según Macario

La sacristía de la iglesia — tercer día

Macario Celso Velarde era un hombre de pocas palabras, lo cual en Oaxtlapilla no era ninguna rareza, porque en Oaxtlapilla la gente en general hablaba solo lo necesario y no lo innecesario, a diferencia de la ciudad, donde la gente habla lo innecesario aunque también lo necesario. Sandra lo había notado desde el primer día: las conversaciones en el pueblo tenían una economía que al principio le pareció desconfianza y que poco a poco fue reconociendo como otra cosa.

No era que la gente no quisiera hablar. Era que la gente de Oaxtlapilla había llegado, a lo largo de muchas generaciones, a la conclusión práctica de que las palabras de más no añaden nada a lo que ya está dicho, y que lo que ya está dicho, si es verdad, no necesita ser repetido para seguir siéndolo.

Con Macario, sin embargo, había algo adicional. Era un hombre que elegía sus silencios con la misma deliberación con que elegía sus palabras, y esa combinación —palabras exactas, silencios exactos— producía en el interlocutor la incomodidad específica de quien siente que le están diciendo algo que no está escuchando bien. Sandra llevaba dos días con esa incomodidad instalada en algún lugar entre el esternón y la libreta, y había decidido que la única manera de resolverla era una conversación más larga, más sentada, más sin prisa.

Se lo propuso a Macario la tarde del segundo día, mientras él barría el atrio con una escoba de vara que manejaba con la parsimonia de quien barre porque hay que barrer y no porque tenga expectativas particulares sobre el resultado.

—Mañana en la sacristía, después de las oraciones —dijo Macario, sin dejar de barrer—. Ahí platicamos con más calma.

Sandra anotó la cita en su libreta y se fue a cenar los frijoles de Refugio, que esa noche venían acompañados de unos chiles rellenos de queso que no habían sido anunciados y que llegaron a la mesa con la contundencia silenciosa de los argumentos que no necesitan introducción.

—¿Está bueno? —preguntó Refugio, desde la cocina, sin asomarse.

—Está muy bueno —dijo Sandra.

—Claro que está bueno —dijo Refugio—. Lo hago desde los quince años. Si a estas alturas no me saliera bueno, sería una vergüenza.

Sandra comió y pensó en Macario y en lo que iba a preguntarle al día siguiente, y escribió en su libreta una lista de preguntas ordenadas por prioridad, que es lo que hacen los periodistas cuando quieren sentir que tienen el control de algo. Luego apagó la luz y escuchó el pueblo quedarse en silencio con esa eficiencia nocturna de los lugares que no tienen vida nocturna que valga la pena mencionar, y que por eso mismo duermen mejor que en cualquier ciudad ruidosa del mundo.

A la mañana siguiente Sandra llegó a la sacristía puntual, con su lista de preguntas y una pluma de repuesto, porque la experiencia le había enseñado que las plumas fallan siempre en el momento menos oportuno y que llevar repuesto no es paranoia sino higiene profesional.

La sacristía olía a cera vieja, a madera y a algo más que Sandra no supo nombrar pero que era, en esencia, el olor acumulado de años de confesiones, inventarios, rezos privados, discusiones sobre el gasto de las velas, siestas clandestinas del sacristán que vino antes que Macario y que según Refugio roncaba como si tuviera un animal adentro.

Había un ropero de dos puertas con la chapa rota, un banco de madera contra la pared, una mesa con tres candeleros de peltre y un misal de lomo descosido que alguien había intentado reparar con cinta adhesiva con resultados más voluntariosos que exitosos. En la pared, entre un calendario del año anterior y una estampa del Sagrado Corazón, colgaba una fotografía en blanco y negro de un hombre parado frente a la iglesia con una camisa de cuadros idéntica a la que usaba Macario.

Sandra la miró un momento. El hombre de la fotografía tenía los pies plantados sobre la tierra de una manera que comunicaba, sin ninguna ambigüedad, que no tenía el menor interés en irse a ningún lado.

Macario llegó diez minutos después de la hora acordada, sin prisa y sin disculparse, y se sentó en el banco con la comodidad de quien lleva toda la vida sentándose en el mismo lugar.

—¿Empezamos? —dijo Sandra, con la pluma lista.

—Ya empezamos —dijo Macario.

Sandra decidió ir directo al origen, que era lo que más le urgía y lo que más sistemáticamente había evitado en las conversaciones anteriores por no saber bien cómo formularlo:

—Quiero entender quién fue San Espiridión. No el santo. El hombre. ¿De dónde vino? ¿Quién era?

—Nació aquí —dijo Macario.

—¿En Oaxtlapilla?

—En Oaxtlapilla. Fue hijo de una mujer que se llamaba Tránsito.

—¿Y el padre?

Macario hizo una pausa del tipo que no es vacilación sino selección:

—El padre no se menciona.

Sandra levantó la vista de la libreta:

—¿Por qué no se menciona?

—Porque no aporta nada al asunto. Hay personas que importan en una historia y personas que no importan. El padre de San Espiridión no importa en esta historia. Lo que importa es Tránsito, que lo tuvo y lo crió, y lo que vino después.

—¿Y qué vino después?

—Un hombre que vivió siempre enfermo de la nariz —dijo Macario, con la naturalidad de quien describe un hecho climático— y que tenía el don de sanar a los demás. Las cosas que a él le fallaban en el cuerpo, a los demás se las componía. Hay algo en eso que no es paradoja sino justicia, aunque no sé explicarle bien de qué tipo de justicia se trata. La gente llegaba con sus males y él los recibía y los escuchaba y algo ocurría. No hacía aspavientos. No cobraba. No apuntaba nada. No anunciaba nada. Era como el agua del manantial: estaba ahí para quien llegara, sin condiciones ni horario.

—¿Qué tipo de males curaba?

—Todos los que llegaban —dijo Macario, con una sencillez que a Sandra le resultó exasperante en la medida exacta en que era irrefutable.

—¿Puede ser más específico?

—¿Pues que quiere que le diga? Lo que hay por aquí...Fiebres. Llagas de las que no cierran. Partos que se complican. Un hombre del pueblo vecino que no podía caminar desde una caída y que caminó. Una mujer que veía borroso y que vio mejor. Un niño que no hablaba y que habló, aunque tardó lo suyo porque según dicen era también muy flojo para el esfuerzo. —Macario hizo una pausa breve—. No resucitó muertos, si eso es lo que quiere saber. Los muertos en Oaxtlapilla siempre han sido muy suyos y nadie en este pueblo ha tenido la impertinencia de molestarlos en eso.

Sandra tuvo que concentrarse visiblemente para no sonreír, que era exactamente lo que Macario no había pretendido provocar, lo cual hacía el impulso considerablemente más difícil de controlar.

—¿Y la Iglesia? ¿Se ordenó sacerdote? ¿Tuvo algún vínculo formal con la institución?

—Ninguno.

—¿Por qué no?

Macario cruzó los brazos con la tranquilidad de quien va a explicar algo que le parece elemental:

—Porque la Iglesia tiene sus tiempos y sus procedimientos y sus formularios por triplicado, y San Espiridión no encajaba bien en ninguna de las tres cosas. Era un hombre que sanaba gente en un pueblo de la sierra. Para cuando algún representante de la diócesis hubiera llegado hasta acá a verificar si lo que hacía era o no era milagro según los criterios establecidos para determinar si algo es o no es milagro, San Espiridión ya llevaba años muerto y haciendo

milagros desde el otro lado, que es donde mejor se trabaja porque nadie te interrumpe con formularios.

—¿Y cuándo murió?

—De viejo. Una mañana de octubre. Se acostó la noche anterior y a la mañana siguiente ya no estaba. Así debería morirse todo el mundo, pero no todo el mundo se lo gana.

—¿Hay fecha?

—No.

—¿Acta de defunción?

—No.

—¿Acta de bautismo, partida de nacimiento, testamento, cualquier documento de la época?

—No hay documentos —dijo Macario, con una paciencia que no era resignación sino convicción—. Nunca los hubo. No porque alguien los destruyera ni porque haya nada que esconder. Sino porque en este pueblo, en ese tiempo, las cosas que importaban no se escribían. Se vivían. Y lo que se vive, si importa de verdad, se recuerda. Y lo que se recuerda se pasa de uno a otro. Y lo que se pasa de uno a otro llega hasta acá, a esta sacristía, a esta conversación con usted, señorita Sandra, que vino desde la ciudad con su libreta y su pluma de repuesto a preguntarme cosas que llevan doscientos años siendo la misma respuesta.

Sandra se quedó un momento con la pluma suspendida sobre la libreta. Era la primera vez que Macario mencionaba la pluma de repuesto, lo cual significaba que la había notado desde que entró, lo cual significaba que Macario observaba con mucha más atención de lo que su actitud de quietud perpetua sugería.

Anotó: Macario observa todo. Fingir que no pasa nada no funciona aquí.

—¿Y quién talló la imagen? —preguntó, cambiando de ángulo—. La que está en el altar. ¿Quién la hizo?

—Alguien del pueblo.

—¿Quién exactamente?

Macario lo pensó con el gesto de quien hace un esfuerzo genuino y no de quien simula hacerlo:

—No recuerdo que se sepa con certeza.

—¿Nadie recuerda quién talló la imagen que lleva doscientos años en el altar de su iglesia?

—Alguien lo sabía. Ese alguien ya no está. Y a lo mejor en su momento no le pareció importante anotarlo, porque la imagen estaba ahí, presente, y todos podían verla y rezarle, y eso era suficiente. Usted anota todo porque viene de un mundo donde lo que no se anota no existe. Aquí es al revés: lo que existe,

existe aunque nadie lo haya anotado. Son dos maneras distintas de entender qué es lo real.

Sandra escribió esa última frase completa y la encerró en un rectángulo, que era lo que hacía con las frases que no sabía todavía dónde usar pero que intuía que iban a ser importantes.

—Le voy a decir algo —dijo, con la franqueza que reservaba para los momentos en que la táctica indirecta ya había agotado sus posibilidades—. Antes de venir aquí consulté con la diócesis de Oaxaca. Hablé también con un colega que lleva quince años cubriendo temas religiosos y que conoce los archivos eclesiásticos del estado tan bien como el que más. Los dos me dijeron lo mismo: San Espiridión de Oaxtlapilla no aparece en ningún registro. Nunca fue reportado, nunca fue investigado, nunca fue reconocido de ninguna forma por ninguna autoridad de la Iglesia. Para la institución católica, este santo sencillamente no existe.

Macario asintió con la tranquilidad de quien recibe una noticia que ya conoce y que hace mucho dejó de afectarle:

—Ya lo sabemos.

—¿Ya lo saben.

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Y no les importa?

Hubo un silencio. No el silencio incómodo de quien no sabe qué responder, sino el silencio deliberado de quien sabe exactamente qué va a decir y quiere que lo que diga llegue sin interferencias:

—¿Por qué habría de importarnos? Él sí existe. Eso lo saben todos los que han venido a pedirle algo y se han ido con la respuesta. La Iglesia tiene sus libros y sus procesos y sus comisiones para decidir quién es santo y quién no lo es, y todo eso estará muy bien para lo que sirve. Pero nuestro San Espiridión, no esperó ninguna comisión para curar a los que curó. Y el que fue curado no esperó ningún papel para sentirse curado. Los papeles, señorita Sandra, llegan siempre después de los hechos. Nunca antes. Y San Espiridión sigue curando a todos los que se lo piden, y nadie duda de eso porque lo vemos en nuestro propio cuerpo, en nuestra propia vida, en nuestra propia cabeza.

Sandra anotó la respuesta palabra por palabra. Era la mejor frase que había escuchado en tres días, y eso la irritó levemente, porque las mejores frases de una investigación periodística deberían pertenecer al periodista y no a las fuentes, y en Oaxtlapilla las mejores frases pertenecían siempre a alguien más.

Escribió debajo, con letra más pequeña: *Grieta en el método: no puedo refutar lo que no se apoya en documentos, porque la ausencia de documentos no prueba nada. El silencio del archivo no es evidencia de falsedad. Es solo silencio. Y el silencio en Oaxtlapilla es una forma de argumento.*

Se levantaron. Macario caminó hacia la puerta con ese paso tranquilo que parecía siempre el mismo independientemente de hacia dónde fuera. Sandra se detuvo frente a la fotografía en blanco y negro:

—¿Quién es este hombre?

—Mi abuelo.

—¿También cuidaba la imagen?

—También.

—¿Y antes de su abuelo?

—El padre de mi abuelo.

—¿Y antes?

—Antes de eso ya nadie recuerda con algún nombre. Pero la imagen siempre tuvo quién la cuidara. —Macario miró la fotografía un momento, con la expresión de quien mira algo que conoce tan bien que ya casi no lo ve—. Las cosas que importan de verdad siempre encuentran quién las cuide. Es una de las pocas leyes que no tienen excepción.

Salieron al atrio. El sol de media mañana caía sobre la cruz de piedra del centro con la indiferencia luminosa del sol que no distingue entre lo sagrado y lo que no lo es, y que en Oaxtlapilla tampoco necesitaba distinguir, porque la distinción, en ese pueblo, no era entre lo sagrado y lo profano sino entre lo que importaba y lo que no importaba, y esa clasificación la hacía la comunidad con una precisión que ningún decreto episcopal habría mejorado.

Sandra se quedó parada un momento en el atrio con la libreta bajo el brazo, mirando la fachada de la iglesia desde fuera. Cantera gris. Portada sin ornamentos. Sin los ángeles barrocos ni los nichos dorados ni los azulejos de Talavera que distinguían los templos del centro del estado. Una iglesia que había decidido, en algún momento de su historia, que no valía la pena impresionar a nadie, y que esa decisión, tomada hace doscientos años o más, seguía siendo correcta.

Antes de que la frase se le escapara, escribió de pie: *El problema no es que no haya documentos. El problema es que los únicos documentos que existen sobre este lugar son los testimonios de la gente que vive aquí. Y los testimonios de la gente que vive aquí son exactamente lo que vine a investigar. Estoy usando como herramienta lo mismo que debería estar analizando. El método no funciona cuando el objeto de estudio es también el instrumento de medición.*

Tachó las últimas dos líneas. Eran exactas pero sonaban a tesis universitaria, y ella no estaba escribiendo una tesis. Estaba escribiendo un reportaje. O al menos eso era lo que había venido a hacer.

Guardó la libreta y caminó hacia la calle. En la tienda de Abundio, que quedaba de camino, el tendero la vio pasar desde el quicio de la puerta y le dijo, sin que ella hubiera preguntado nada:

—¿Ya habló con Macario?

—Ya hablé.

—¿Y?

Sandra lo pensó un momento:

—Me dijo cosas.

Abundio asintió con la satisfacción del que esperaba exactamente esa respuesta:

—Macario siempre dice cosas. El problema es que uno no siempre sabe qué hacer con ellas.

—¿Y usted sabe?

Abundio lo consideró con la seriedad que el asunto merecía, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el delantal manchado de refresco:

—Yo lo que sé es que mi deuda se pagó sola. Lo demás —dijo, señalando vagamente en la dirección de la iglesia con un gesto que abarcaba a Macario, a San Espiridión, a la pregunta entera— es para gente que estudió más que yo.

Sandra siguió caminando. Oaxtlapilla continuaba su mañana con la indiferencia habitual de los lugares que llevan mucho tiempo existiendo sin necesitar que nadie los explique. Y San Espiridión, desde su altar de madera sin nombre ni fecha ni documento que lo avalara, seguía ahí, con la nariz en ese punto exacto entre lo húmedo y lo seco, atendiendo a quien llegara, que esa mañana eran tres mujeres, un hombre con sombrero y un perro que entró detrás de ellos y que Macario, con la paciencia de siempre, sacó sin drama por la puerta lateral, como quien resuelve un asunto menor en un día que ya tiene suficientes asuntos mayores.

CAPÍTULO 4

El argumento de la lluvia

Plaza central y alrededores — cuarto día

Tobías Espinosa era el maestro rural de Oaxtlapilla, lo cual en la práctica significaba varias cosas simultáneas: que había estudiado fuera del pueblo, que había regresado al pueblo, que enseñaba a leer y sumar a los niños del pueblo, y que funcionaba, sin haberlo pedido ni aceptado formalmente, como una especie de traductor involuntario entre el mundo de adonde venía Sandra y el mundo donde vivía Macario, que eran dos mundos que usaban el mismo idioma y no siempre se entendían.

Sandra lo había visto pasar por la plaza los primeros días sin prestarle atención particular: un hombre de unos cuarenta años, delgado, con lentes de armazón metálica y la camisa siempre medio fajada, con ese aspecto general de desorden organizado que tienen los maestros de escuela pública que llevan mucho tiempo siendo maestros de escuela pública y han hecho las paces con el hecho de que la formalidad completa es un ideal que la realidad

del aula no suele respetar. Fue Refugio quien le dijo, la mañana del cuarto día, mientras le servía el café con la generosidad de quien no concibe que nadie quiera menos de lo que ella considera necesario:

—Si quiere entender Oaxtlapilla desde afuera, hable con el maestro Tobías. Él entiende las dos cosas: lo de aquí y lo de allá.

—¿Y lo de aquí lo cree? —preguntó Sandra.

Refugio la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que técnicamente tiene sentido pero que en la práctica no lleva a ningún lado útil:

—Lo de aquí no es cuestión de creerlo o no creerlo. Es cuestión de vivirlo. Pero el maestro se lo puede explicar en el idioma de usted, que es lo que usted necesita.

Sandra tomó nota, terminó el café y fue a buscar a Tobías Espinosa a la escuela, que era un edificio de una sola planta pintado de amarillo con las ventanas abiertas de par en par y un letrero sobre la puerta que decía Escuela Primaria Benito Juárez con letras que habían sido azules en algún momento anterior de su historia y que el sol había ido convirtiendo, con paciencia y sin prisa, en un azul de memoria.

El recreo acababa de empezar. Los niños salieron al patio con la energía específica de los niños que llevan horas sentados y que tienen veinte minutos para compensarlo todo. Tobías salió detrás de ellos con una taza de café en la mano y la expresión de quien ha aprendido a encontrar en el recreo no tanto un descanso como un cambio de modalidad de trabajo. Cuando Sandra se presentó, Tobías asintió con la familiaridad de quien ya sabía que tarde o temprano alguien del pueblo le iba a mandar a la periodista:

—Refugio me dijo que andaba usted por aquí —dijo—. Siéntese.

Se sentaron en la banca del patio, con el ruido de los niños de fondo y el sol de la mañana cayendo oblicuo sobre el piso de cemento. Tobías bebió su café con la calma de quien sabe que tiene exactamente veinte minutos y no piensa desperdiciarlos en ceremonias.

—¿Qué quiere saber? —dijo.

—Todo lo que Macario no me dijo.

Tobías sonrió:

—Eso es mucho. Macario no dice casi nada.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Tobías asintió y miró a los niños un momento, como organizando por dónde empezar:

—Mire, lo que pasa con este pueblo es lo siguiente. Oaxtlapilla lleva décadas sin sufrir sequía grave. No ha habido epidemia de consideración desde antes de que yo naciera. No ha habido violencia mortal, de esa que destruye comunidades, desde hace más tiempo todavía.

Los jóvenes se van, como en todos lados, pero una parte regresa, que no es lo que pasa en todos lados. Las familias pelean, como en todos lados, pero el pueblo no se rompe. Eso, visto desde afuera, puede parecer coincidencia o puede parecer geografía o puede parecer aislamiento. Y tiene razón en pensarlo así. Yo lo pensé igual cuando regresé de Oaxaca.

—¿Estudió en Oaxaca?

—Dos años de filosofía en la universidad. Luego me quedé sin dinero y regresé. —Lo dijo sin amargura, como quien describe un itinerario de autobús—. Leí a Hume, a Voltaire, a un poco de Freud. Llegué de regreso aquí con la cabeza llena de razones para no creer en nada que no se pudiera demostrar. Y entonces vi lo que vi.

—¿Qué vio?

Tobías hizo una pausa y miró su taza de café:

—Vi que el pueblo funcionaba. Que la gente vivía y se enfermaba y se curaba y peleaba y se reconciliaba y sembraba y cosechaba, y que en todo ese ciclo había algo que sostenía todo lo demás. Como una viga que uno no ve pero que está en la estructura. Y esa viga, en Oaxtlapilla, es San Espiridión.

—¿Y usted cree en San Espiridión?

Tobías la miró con una expresión que era mezcla de diversión y resignación, la expresión de alguien que ha tenido esta pregunta consigo mismo durante mucho tiempo y que todavía no ha encontrado una respuesta que le satisfaga del todo:

—Yo creo en lo que veo. Y lo que veo es que el pueblo con el santo funciona de una manera que los pueblos sin el santo no suelen funcionar. Si eso es mérito del santo o mérito de creer en el santo, no sé decirle. Pero la diferencia la veo.

Sandra escribió en su libreta y luego preguntó lo que había ido a preguntar desde el principio:

—¿Y la geografía? ¿La altitud? ¿El aislamiento? ¿No podrían explicar la estabilidad del pueblo sin necesidad de invocar ningún santo?

Tobías asintió con la honestidad de quien no descarta ningún argumento que tenga peso:

—Claro que sí. La altitud ayuda con ciertas enfermedades. El aislamiento reduce ciertos tipos de conflicto. La geografía hace que algunos desastres no lleguen. Todo eso es cierto y yo no lo niego. —Hizo una pausa, bebió el último sorbo de café y puso la taza en la banca con un pequeño golpe seco que funcionó como punto y seguido—. Y sin embargo, el santo lleva aquí más tiempo que esas explicaciones. Eso también es un hecho.

Sandra levantó la vista de la libreta. Era la primera vez en cuatro días que alguien le ofrecía un argumento que no era ni fe pura ni racionalismo puro, sino algo más incómodo: una coexistencia. Las explicaciones naturales y el santo. Las dos cosas juntas, sin que una cancelara a la otra.

—Eso no es una posición filosófica muy cómoda —dijo.

—No —admitió Tobías—. Pero es la única posición que me permite seguir viviendo aquí sin mentirme. Yo estudié filosofía, ya se lo dije. Sé que lo que estoy describiendo no le gustaría a Hume. Pero Hume tampoco vivió en Oaxtlapilla, y eso, en mi opinión, es una limitación metodológica considerable.

Sandra estuvo a punto de reírse de verdad, no la sonrisa contenida de los días anteriores sino una risa completa, y se contuvo porque estaba grabando y porque un periodista que se ríe en medio de una entrevista pierde una distancia que cuesta mucho recuperar. Pero lo anotó: *Tobías: el único habitante de Oaxtlapilla que habla mi idioma y que usa ese idioma para decirme exactamente lo mismo que me dicen todos los demás.*

El recreo terminó. Los niños volvieron al salón con la resignación característica de los niños que han corrido veinte minutos y que necesitarían veinte más pero que saben que no van a recibirlos. Tobías se levantó, recogió su taza y le dijo a Sandra que podían seguir hablando a la hora de la comida si quería, que él comía en la escuela porque Oaxtlapilla no tenía restaurante pero tenía a la señora Felipa, que llegaba todos los días a las dos con una olla de guiso cuyo contenido era sorpresa diaria, y que la sorpresa, hasta donde él recordaba, nunca había decepcionado.

Sandra aceptó y pasó la mañana recorriendo los alrededores del pueblo con su libreta y su teléfono, tomando fotografías de la plaza, de las casas, del paisaje de la sierra que rodeaba Oaxtlapilla con esa indiferencia majestuosa de los cerros que llevan más tiempo en el mundo que cualquier cosa que haya ocurrido a sus pies.

Habló con dos mujeres que lavaban ropa en el lavadero comunal, que era una construcción de cemento con piletas individuales y techo de lámina que chirriaba levemente con el viento y que las dos mujeres no parecían escuchar, de tanto como lo habían escuchado ya. Las mujeres le contaron, sin que Sandra lo hubiera pedido, sus milagros respectivos: uno relacionado con una enfermedad del marido, otro con el regreso de un hijo que se había ido sin decir adónde. Milagros distintos, certeza idéntica.

—¿Y nunca han dudado? —preguntó Sandra, que sabía que la pregunta era inútil pero que ya no podía dejar de hacerla.

Las dos mujeres se miraron entre sí con la expresión de quien recibe una pregunta en un idioma que entiende perfectamente pero que le resulta extraño de todas formas:

—¿De qué habría que dudar? —dijo la mayor de las dos, que se llamaba Concha y tenía los brazos fuertes de quien ha lavado ropa a mano toda la vida—. Si uno duda de lo que vivió, ¿qué le queda?

Sandra anotó la pregunta en su libreta. No tenía respuesta, lo cual era, en su experiencia, la señal más segura de que era una buena pregunta.

A las dos de la tarde llegó a la escuela justo cuando la señora Felipa descubría la olla, que ese día contenía un mole amarillo de pollo con el aroma suficiente

para justificar cualquier fe, religiosa o de otro tipo. Tobías sirvió dos platos con la generosidad distraída de quien come para seguir trabajando y no para el placer, aunque el placer llegaba de todas formas porque el mole de la señora Felipa no aceptaba ser ignorado.

—Le quiero preguntar algo —dijo Sandra, cuando ya llevaban un rato comiendo en el patio vacío de niños—. Usted estudió filosofía. Leyó a los escépticos. Regresó aquí y vio lo que vio. ¿Cómo resuelve eso internamente? ¿Cómo convive con la contradicción?

Tobías masticó, pensó, limpió la cuchara en el borde del plato con un gesto que era tiempo para pensar disfrazado de gesto cotidiano:

—Yo le llamo el escepticismo funcional invertido —dijo finalmente.

Sandra lo miró:

—¿El qué?

—El escepticismo funcional invertido. —Tobías lo dijo con el tono ligeramente avergonzado de quien sabe que el nombre que le puso a algo suena más importante de lo que es—. Es una posición que desarrollé solo, aquí, sin contársela a nadie porque sabía que iba a sonar raro. Consiste en lo siguiente: no creo en el milagro como evento sobrenatural. No puedo creer en eso, lo llevo demasiado estudiado. Pero sí creo en el milagro como resultado. Si el pueblo funciona mejor porque todos creen en lo mismo, si la gente vive mejor, si las enfermedades se llevan con más fortaleza y los conflictos se resuelven con más voluntad, ¿en qué sentido exacto estoy yo en lo correcto al no creer?

Sandra dejó la cuchara en el plato:

—Eso es condescendencia ilustrada. Usted está diciendo que la fe de todos es útil aunque sea falsa, y que usted sabe que es falsa pero deja que los demás la tengan porque les hace bien. Eso es exactamente lo que Voltaire decía sobre la religión y es exactamente lo que los ilustrados han dicho siempre para justificar que ellos saben más.

Tobías recibió el cargo con una inclinación de cabeza que era reconocimiento, no rendición:

—Puede ser. Tiene razón en el diagnóstico. Pero le hago una pregunta: si la diferencia práctica entre creer y no creer es que el que cree vive mejor, ¿importa tanto quién tiene razón en el plano teórico?

—Importa si la fe se basa en algo falso.

—¿Y si no se basa en algo falso sino en algo que usted no puede verificar?

Sandra abrió la boca para responder y se quedó con la respuesta a la mitad, porque la respuesta que tenía era buena para un debate universitario y no estaba segura de que fuera buena para Oaxtlapilla, que era un lugar que llevaba doscientos años fuera del alcance de los debates universitarios y que no parecía haber sufrido por eso.

Tobías la miró con algo que no era triunfo sino genuina curiosidad:

—¿Ve? Eso es lo que me pasa a mí todo el tiempo. Me quedo con la respuesta a la mitad. Llevo años con la respuesta a la mitad. Ya me acostumbré.

Sandra comió el último trozo de pollo en silencio. El mole era tan bueno que resultaba casi ofensivo tenerlo en la boca al mismo tiempo que una pregunta sin respuesta, porque las preguntas sin respuesta merecen una atención que el mole de la señora Felipa no estaba dispuesto a ceder sin pelea.

—Una cosa más —dijo Sandra, mientras Tobías recogía los platos—. ¿Usted cree que hay algo en la imagen? ¿En la nariz? ¿Alguna explicación física?

Tobías lo pensó de verdad, con esa honestidad que era su rasgo más constante:

—He pensado en condensación. En resina porosa. En algún sistema que alguien instaló hace mucho y que nadie recuerda. Todo eso es posible. —Hizo una pausa—. También he pensado que si fuera tan fácil de explicar, alguien ya lo habría explicado. Y que si alguien ya lo hubiera explicado, ya no estaríamos teniendo esta conversación.

Sandra caminó de regreso a la casa de Refugio con la libreta llena y la cabeza llena de más. El sol de la tarde caía sobre Oaxtlapilla con esa luz específica de la sierra que no tiene prisa en irse porque sabe que cuando se vaya va a dejar un frío que la noche va a profundizar hasta volverlo otra cosa. En la plaza, dos hombres jugaban dominó en silencio afuera de la tienda de Abundio.

El gato tordillo de Perpetua Salomé dormía en su quicio con la inmovilidad de siempre. La señora del guajolote, a quien Sandra había visto por primera vez en la camioneta del Beto, pasó cargando una canasta y le dijo buenas tardes con la naturalidad de quien saluda a alguien que ya forma parte del paisaje.

Sandra respondió el saludo y siguió caminando. Y pensó, mientras caminaba, que había algo en Oaxtlapilla que sus preguntas no terminaban de atrapar: no porque el pueblo lo escondiera, sino porque el pueblo lo tenía tan a la vista que ella seguía buscándolo en los rincones.

Esa noche escribió en su libreta, antes de dormir, una sola línea sin tachar: *Tobías es el único que duda y llega al mismo lugar que todos los demás. Eso debería decirme algo. Todavía no sé qué.*

CAPÍTULO 5

El milagro que nadie vio directamente

Casas del pueblo — quinto y sexto día

Hay un principio básico del periodismo de investigación que Sandra Ojeda había aprendido no en la universidad sino en el campo, que es donde se aprenden las cosas que importan: toda historia tiene una costura. Un punto donde la versión oficial y la versión real no coinciden del todo, donde el relato se tensa levemente, donde si uno mete el dedo con cuidado puede empezar a jalar.

Sandra había buscado esa costura en Oaxtlapilla desde el primer día con la paciencia metódica que la caracterizaba, y en cuatro días no había encontrado nada que se le pareciera. Lo que había encontrado, en cambio, era algo que al principio había tomado como un detalle menor y que la mañana del quinto día reconoció, con la incomodidad específica de los descubrimientos que no se buscaban, como el patrón más perturbador de todo lo que llevaba visto.

El milagro, en Oaxtlapilla, siempre le había pasado a alguien más.

No al que lo contaba. Al que lo contaba siempre le había pasado a alguien que él conocía, que a su vez se lo había contado a alguien que lo había visto, que a su vez lo había escuchado de alguien que estaba ahí. Había siempre una mediación. Una distancia. Un eslabón entre el testigo y el hecho que garantizaba que el hecho nunca pudiera ser verificado directamente porque el testigo directo, invariablemente, ya no estaba para confirmarlo ni para desmentirlo.

Sandra se dio cuenta de esto mientras revisaba sus notas del día anterior y encontró que en ninguna de las entrevistas realizadas hasta ese momento había una sola persona que dijera: *yo vi el milagro con mis propios ojos en el momento en que ocurrió*. Siempre había una frase de mediación. Siempre.

Mi abuela me dijo que ella vio cómo...

La partera que atendió a mi madre contó que...

Yo no estaba, pero todos los que estaban juraron que...

Me lo dijo mi tío, que fue el que estuvo presente...

Era un patrón tan constante que Sandra estuvo tentada a pensar que era deliberado, que había alguien en Oaxtlapilla que había diseñado el sistema de transmisión de los milagros con la precisión de un abogado que sabe exactamente qué decir para que nada sea refutable. Pero esa hipótesis se caía sola: los testimonios eran demasiado distintos, demasiado personales, demasiado específicos en sus detalles menores para ser producto de una coordinación.

Nadie había coordinado nada. El patrón era otra cosa. Era, pensó Sandra, la manera natural en que funciona la memoria colectiva: los hechos se transmiten de persona a persona, y en cada transmisión pierden verificabilidad y ganan convicción, que son dos procesos que avanzan siempre en direcciones opuestas.

Decidió señalarlo directamente. Era la única manera de saber si la gente lo reconocía o si había algo más.

La primera en quien lo probó fue Concha, la del lavadero, a quien encontró esa mañana en la misma piletta de siempre con la misma cantidad de ropa de siempre y la misma energía de siempre en los brazos, que era la energía de quien ha hecho la misma cosa toda la vida y ha encontrado en esa repetición no el aburrimiento sino algo parecido a la paz.

—Le quiero preguntar algo —dijo Sandra, después del saludo—. El milagro que me contó ayer, el del marido. ¿Usted lo vio directamente?

Concha pensó un momento, con las manos todavía en la ropa:

—Lo vi cuando ya estaba curado.

—Pero ¿el momento del milagro? ¿La curación en sí?

—Ese momento no. Yo estaba en la cocina. Mi cuñada fue la que lo llevó a la iglesia.

—¿Y su cuñada vio el milagro?

—Mi cuñada dice que cuando salieron de la iglesia ya estaba mejor.

—¿Y usted habló con su cuñada directamente?

—Claro.

—¿Y su cuñada vio la curación en el momento en que ocurrió?

Concha frunció el ceño con la expresión de quien empieza a sospechar que la pregunta va a algún lado que no le gusta, pero que no puede negarse a seguirla porque la lógica la obliga:

—Mi cuñada dice que no lo vio en el momento exacto porque estaba rezando con los ojos cerrados. Pero cuando abrió los ojos, ya estaba mejor.

Sandra anotó. Agradeció. Siguió.

La misma tarde habló con Aurelio, el herrero, cuyo milagro era el regreso del hijo que se había ido a la ciudad sin decir adónde. Aurelio era un hombre de muy pocas palabras incluso para los estándares de Oaxtlapilla, lo cual era decir bastante, y respondía las preguntas con la economía de quien ha calculado que cada sílaba tiene un costo y que no vale la pena gastar más de lo necesario.

—¿Usted vio cuando llegó su hijo?

—Sí.

—¿Fue de noche o de día?

—De tarde.

—¿Y había ido a pedir por él antes a la iglesia?

—Fui la semana antes.

—¿Y entre la visita al santo y la llegada de su hijo pasó algo más? ¿Lo llamó, lo buscó, le mandó razón?

Aurelio consideró la pregunta con la seriedad que cualquier pregunta recibía de su parte, que era una seriedad completa e imparcial:

—Le mandé razón con el primo que vive en Oaxaca.

Sandra levantó la vista:

—¿Y el primo habló con su hijo?

—Eso dice.

—¿Y su hijo regresó después de hablar con el primo?

—Regresó después de que yo fui con el santo.

—¿Pero también después de que el primo habló con él?

Aurelio lo pensó:

—También después de eso. Pero yo fui con el santo primero.

Sandra anotó: *secuencia: visita al santo → primo habla con el hijo → hijo regresa. Aurelio atribuye el resultado al primer evento de la secuencia.* Era, desde el punto de vista de la lógica causal, exactamente el tipo de razonamiento que los libros de metodología llaman *post hoc ergo propter hoc*: después de esto, por lo tanto a causa de esto. Era también, desde el punto de vista de Aurelio, la única interpretación que tenía sentido emocional, que era el único sentido que en ese momento le importaba.

El sexto día Sandra decidió ampliar la prueba y habló con seis personas más, eligiéndolas de manera que cubrieran distintas edades, géneros y tipos de milagro. El resultado fue idéntico en todos los casos: ninguna había presenciado directamente el momento del milagro. En todos los casos había una mediación, una distancia, un eslabón de transmisión que garantizaba que el hecho original permaneciera fuera del alcance de la verificación directa.

Lo señaló, con cuidado, a cada una de las seis personas.

Las reacciones fueron distintas en la superficie y completamente iguales en el fondo. Nadie se ofendió. Nadie lo interpretó como una acusación. Nadie entró en pánico ni revisó súbitamente su convicción como si Sandra hubiera jalado el hilo correcto y el ovillo entero estuviera a punto de deshacerse. Al contrario: todos recibieron la observación con la tranquilidad de quien escucha una descripción del mundo que reconoce como exacta pero que no encuentra amenazante.

—Claro que nadie ve su propio milagro desde fuera —le dijo Remedios, la partera, una mujer de sesenta años con manos grandes y voz segura que había traído al mundo a la mayoría de los habitantes menores de cuarenta años del pueblo—. Así no funciona.

—¿Cómo funciona entonces?

Remedios la miró con la paciencia de quien explica algo que considera evidente:

—El milagro no es un espectáculo. No se pone a disposición del público para que lo observen y lo juzguen. El milagro le pasa a quien le tiene que pasar, en el momento en que tiene que pasar, con los testigos que debe tener. Que a veces son muchos y a veces son uno solo y a veces son ninguno. El que no estaba no es que se perdió algo. Es que no era su milagro.

Sandra lo anotó y luego se quedó mirando la frase en la libreta durante un momento más de lo estrictamente necesario. *El que no estaba no es que se perdió algo. Es que no era su milagro.* Era una posición filosófica completamente cerrada sobre sí misma: no tenía punto de entrada para el escepticismo porque el escepticismo mismo quedaba definido, dentro de esa lógica, como la condición de quien no estaba y por lo tanto no puede hablar

de lo que no presencié. El argumento no refutaba la duda. La excluía por definición.

Por la tarde fue a ver a Tobías, que estaba en la escuela calificando cuadernos con la resignación específica de los maestros que califican cuadernos un viernes y que saben que la mayoría de lo que van a encontrar va a ser decepcionante pero que de todas formas hay que calificar porque ese es el trato.

—Encontré algo —dijo Sandra, y le explicó el patrón de la mediación.

Tobías escuchó con la atención del que sabe que la observación es buena y que va a tener que decir algo útil al respecto:

—Sí —dijo, cuando Sandra terminó—. Lo sé. Lo he pensado.

—¿Y?

—Y es exactamente lo que pasa con la mayoría de las cosas que importan en la vida —dijo Tobías, poniendo el lápiz rojo sobre el cuaderno con gesto cansado—. Nadie vio a sus bisabuelos conocerse. Nadie vio el momento exacto en que sus padres decidieron tener un hijo. Nadie ve el instante preciso en que una enfermedad empieza o termina. Las cosas importantes casi nunca tienen testigo en el momento central. Solo tienen testigos antes y después. Y sin embargo nadie dice que esas cosas no ocurrieron.

—No es lo mismo —dijo Sandra—. El origen de mis padres no es un milagro sobrenatural.

—No. Pero la lógica que usted está aplicando es la misma: si no hubo testigo directo en el momento preciso, el hecho es sospechoso. Y esa lógica, aplicada de manera consistente, elimina la mayoría de los hechos humanos importantes.

Sandra cerró la libreta. La abrió. Escribió: *Tobías usa contra mí el mismo argumento con el que yo fui a atacar a Oaxtlapilla. Necesito pensar esto mejor.* Tachó *necesito pensar esto mejor* porque era exactamente lo que tenía que hacer y ponerlo en la libreta no lo hacía más cierto.

Esa noche, ya en el cuarto de Refugio, Sandra revisó todas sus notas de los seis días y escribió, en la última página disponible de la libreta, lo que había descubierto que no había descubierto:

El patrón de la mediación no es una debilidad del testimonio. Es la estructura normal de la memoria humana. Los milagros de Oaxtlapilla se transmiten exactamente igual que se transmiten los recuerdos familiares, las tradiciones, los saberes prácticos, los valores. Nadie cuestiona que esas cosas existen solo porque no fueron filmadas en el momento original. ¿Por qué el milagro tendría que ser diferente?

Luego escribió, debajo:

Porque el milagro implica algo sobrenatural y las otras cosas no.

Luego escribió, debajo de eso:

¿Y si el milagro implica algo sobrenatural para mí pero no para ellos? ¿Y si para ellos es tan natural como recordar a los abuelos?

Tachó todo. Lo volvió a escribir. Lo tachó de nuevo.

Afuera, el pueblo dormía con esa calma profunda de los lugares que no necesitan el ruido para saber que existen. En algún momento de la madrugada, sin que Sandra pudiera precisar cuándo, empezó a llover otra vez. Una lluvia suave, constante, del tipo que en la sierra no avisa y no se disculpa y sencillamente está ahí cuando uno se da cuenta de que está.

Sandra escuchó la lluvia desde su cama y pensó en la nariz de San Espiridión y en si habría alguna relación entre las dos cosas y luego pensó que eso era exactamente el tipo de pensamiento que había ido a Oaxtlapilla a refutar y no a tener.

Cerró los ojos.

La lluvia siguió.

Y en algún lugar entre el sueño y la vigilia, Sandra Ojeda escribió mentalmente una frase que no llegó a la libreta porque el sueño la agarró antes: *¿Y si el milagro no es el evento, sino la manera en que se transmite?*

Era una buena pregunta. Demasiado buena para las tres de la mañana. Demasiado buena, también, para tacharla. Pero esa decisión la tomaría por la mañana, si es que la recordaba, que con las buenas preguntas de las tres de la mañana nunca se sabe.

CAPÍTULO 6

La humedad de la nariz

La iglesia — séptimo día, madrugada

Hay una categoría de insomnio que no es exactamente insomnio sino otra cosa: no la incapacidad de dormir sino la incapacidad de querer dormir, que es diferente y en cierta manera más honesta. El insomnio ordinario lucha contra el sueño y lo pierde. Esta otra cosa simplemente decide que el sueño puede esperar porque hay algo más urgente que atender, aunque ese algo más urgente no siempre sabe decir con precisión qué es ni por qué no puede esperar hasta la mañana como haría cualquier asunto razonable.

Sandra llevaba dos horas en esa categoría cuando decidió que era mejor levantarse que seguir negociando con el techo.

Se vistió en silencio, tomó su teléfono, su linterna y su libreta, y salió con el cuidado de quien no quiere despertar a nadie, que en la práctica significaba no despertar a Refugio, que era la única persona en Oaxtlapilla capaz de escuchar pasos a las tres de la mañana y convertirlos en conversación antes de que el visitante llegara a la puerta.

La iglesia estaba entornada, como siempre. Sandra empujó la puerta. El gozne derecho chirrió con ese chirrido discreto de las puertas que han aceptado el paso del tiempo como condición permanente. Entró. Cerró detrás de sí.

La única luz provenía de dos veladoras encendidas en el altar. Sandra caminó hacia la imagen sin apresurarse, con sus pasos sonando más de lo que habría querido sobre el piso de piedra. Se detuvo frente a San Espiridión y lo miró durante un momento sin sacar nada, sin preparar ninguna pregunta, sin estar en modo periodista.

Era la primera vez desde que había llegado que miraba la imagen sin una libreta en la mano o un ángulo en la cabeza, y algo en esa diferencia cambió la calidad de lo que veía. La imagen era la misma de siempre, pero a las tres de la mañana, con la luz de dos veladoras y sin el ruido de su propio método interponiéndose, tenía una presencia diferente. No más sobrenatural. Más presente, simplemente.

Sacó el teléfono. Puso la cámara en modo macro. Se acercó a la nariz.

Lo que vio no resolvió nada. La nariz estaba húmeda en ese punto intermedio que ya conocía desde el primer día pero que de cerca, con la cámara en macro y la luz de las veladoras, resultaba más perturbador que de lejos, precisamente porque de cerca ya no había distancia cómoda desde donde mirarlo. Era humedad real, física, verificable en el sentido de que Sandra podía extender el dedo y tocarla si quisiera, lo cual no hizo, no porque le diera miedo sino porque en ese momento específico, a las tres de la mañana, en esa iglesia con esas veladoras, tocar la nariz de San Espiridión le pareció una impertinencia.

Tomó cuarenta y siete fotografías en total. Luego bajó el teléfono y se quedó mirando la imagen sin el intermedio de la pantalla.

Y entonces ocurrió algo.

No un prodigio. No una voz desde el techo ni una luz que no estuviera ahí antes ni ninguna de las manifestaciones que los relatos de apariciones describen con una precisión que siempre ha parecido sospechosamente cinematográfica. Algo mucho más pequeño. Algo que en otro contexto, en otro lugar, a otra hora del día, habría pasado completamente desapercibido o habría tenido una explicación inmediata y satisfactoria.

Sandra lo vio. No había nadie más en la iglesia. No había nadie a quien preguntarle si también lo había visto.

Sacó la libreta. Escribió una línea. Una sola. El lector no la leerá. La cerró.

Salió al atrio. El frío de la madrugada le cayó en la cara con esa contundencia limpia del frío de sierra que no pide permiso ni se disculpa. Macario estaba sentado en el escalón de la puerta con las manos sobre las rodillas y la misma camisa de cuadros de siempre, como si hubiera estado ahí desde antes de que Sandra entrara, que era exactamente la posibilidad que Sandra prefirió no evaluar.

—¿Siempre se levanta a esta hora? —preguntó.

—A veces —dijo Macario—. Cuando algo pasa en la iglesia.

Sandra lo miró:

—¿Cómo sabe que algo pasó?

—No sé qué algo pasó. Sé que usted entró. Y cuando usted entra a la iglesia de madrugada, algo pasa. O algo ya pasó antes de que entrara y usted fue a buscarlo. De cualquier manera, aquí estoy.

Sandra se sentó en el escalón, a un metro de Macario, con la libreta sobre las rodillas y el frío entre los dos.

—Macario —dijo, después de un momento—. La nariz. ¿Cuándo está más húmeda?

—Cuando el pueblo tiene miedo.

—¿Miedo a qué?

—A lo que sea. —Macario hablaba despacio, con el tono de quien mide cada palabra no porque desconfíe sino porque las palabras de madrugada pesan distinto que las de día—. A la enfermedad que ya llegó o que todavía no llega pero que alguien dijo que podría llegar. A la cosecha que no va bien. A los hijos que se fueron y no mandan señales. Cuando el pueblo carga algo que no sabe cómo resolver, el santo también lo carga. Así ha sido siempre.

—¿Y esta noche el pueblo tiene miedo?

Macario la miró de lado, con una expresión que en la penumbra Sandra no supo descifrar del todo:

—Esta noche tiene miedo usted. Que no es lo mismo pero tampoco es completamente diferente.

Sandra no respondió. No porque no tuviera qué decir sino porque lo que tenía que decir habría sonado a defensa, y a las cuatro de la mañana en el atrio de una iglesia de la sierra las defensas suenan exactamente como lo que son.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo finalmente.

—Ya lleva días preguntando —dijo Macario, sin ironía—. No tiene que pedir permiso.

—¿Usted alguna vez ha tenido miedo?

Macario lo pensó con la seriedad que cualquier pregunta recibía de su parte:

—Sí.

—¿De qué?

—De irme. Cuando tenía diecinueve años conseguí trabajo en la ciudad. Tenía todo listo. La noche antes de partir soñé con San Espiridión.

—¿Un sueño dramático?

—No. Nada de eso. Solo el santo mirándome. Sin decir nada. Solo mirando.

—¿Y no se fue.

—No me fui.

—¿Y si el sueño fue solo un sueño?

Macario lo consideró un momento con la honestidad de quien no descarta ninguna posibilidad:

—Claro que fue un sueño. Yo no digo que no fue un sueño. Lo que digo es que al día siguiente no me fui. Y que aquí sigo. —Hizo una pausa—. ¿Y?

La pregunta flotó en el aire del atrio sin que ninguno de los dos la recogiera. Sandra la dejó flotar porque no tenía respuesta que fuera honesta sin ser también condescendiente, que era la trampa en la que llevaba días cayendo y que cada vez le costaba más disimular.

—¿Y nunca se arrepintió? —preguntó en cambio—. ¿De no haberse ido?

—Los primeros años sí. —Macario lo dijo sin drama, como quien describe el clima de una temporada pasada—. Luego se me pasó. Luego me di cuenta de que el arrepentimiento también pasa si uno le da tiempo suficiente. Como casi todo.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy aquí. La imagen está bien cuidada. El pueblo está bien. —Macario miró hacia la sierra, donde el horizonte empezaba a perder el negro absoluto de la medianoche y se volvía un negro más permeable, un negro que ya sabía que iba a terminar—. Hay personas que necesitan irse para saber quiénes son. Y hay personas que necesitan quedarse para lo mismo. El santo me ayudó a saber cuál de las dos era yo. Eso, para mí, es suficiente milagro.

Sandra escribió la última frase en la libreta con la misma caligrafía rápida de quien no quiere que algo se le escape. Luego guardó la pluma y las dos se quedaron en silencio mientras el amanecer avanzaba sobre Oaxtlapilla con la paciencia que tienen los amaneceres de sierra, que no tienen prisa porque saben que el día que traen es suficientemente largo para todo lo que tiene que ocurrir en él.

A la mañana siguiente, después del café de Refugio y de los huevos revueltos que Refugio sirvió sin preguntar porque así era el trato, Sandra fue a buscar a la Refugio de la iglesia, que era como todos distinguían en el pueblo a la mujer que cuidaba la imagen, para diferenciarla de las otras dos Refugios del pueblo que, según la dueña de la casa, le debían algo al santo también, aunque cada quien lo suyo.

La Refugio de la iglesia tenía setenta años bien usados, el pelo blanco recogido en un chongo más apretado todavía que el de la Refugio de la casa, y una manera de hablar sobre San Espiridión que era la misma con que hablaba sobre el precio del chile o sobre el estado de las tejas del techo de la iglesia, que necesitaban revisión desde hacía dos años pero que nadie había revisado todavía porque en Oaxtlapilla las urgencias tenían su propia jerarquía y las tejas que todavía no gotean ocupan un lugar más abajo que todo lo demás.

Tomaron café en el pequeño cuarto que daba al lateral de la iglesia, que era donde la Refugio de la iglesia pasaba buena parte del día cuando no había

nada específico que hacer y que olía, como toda la iglesia, a copal y a cera y a ese otro olor sin nombre que era el olor del tiempo acumulado.

—La nariz —dijo Sandra, cuando el café estuvo servido y el protocolo del saludo quedó cumplido—. Llevo días intentando entenderla. ¿Cuándo está más húmeda?

La Refugio de la iglesia no lo pensó demasiado, porque era algo que había observado durante décadas y que ya no requería reflexión:

—Cuando hay pena. Pena o miedo, que son parientes aunque no lo parezcan. Cuando hay enfermedad grave en el pueblo, cuando hay una muerte que nadie esperaba, cuando alguien se fue y no regresa. El santo lo siente antes que nosotros, a veces. Como los animales que saben del temblor antes de que llegue el temblor.

—¿Y más seca?

—Más seca cuando las cosas van bien. Cuando la cosecha fue buena, cuando los pleitos se arreglaron, cuando los hijos que se fueron mandaron razón. —La Refugio de la iglesia bebió su café con las dos manos alrededor de la taza, que era su manera de beber café—. Aunque completamente seca, eso casi nunca. Casi siempre hay algo. Porque en un pueblo siempre hay alguien con alguna pena, aunque las grandes estén resueltas. Así es la vida, que no da tregua completa.

—¿Y usted cómo sabe cuándo está más húmeda y cuándo está más seca? ¿La toca?

—La miro. Llevo cuarenta años mirándola todos los días. Ya no necesito tocarla para saber.

—¿Y nunca se equivoca?

La Refugio de la iglesia la miró con la expresión levemente divertida de quien recibe una pregunta que no había considerado necesaria:

—Me equivoco como todo el mundo. Una vez creí que estaba más húmeda de lo normal y resulta que era que había llovido mucho y toda la iglesia estaba húmeda, incluyendo la nariz. Eso me enseñó a no confundir la humedad del santo con la humedad del clima, que son dos cosas distintas aunque a veces coincidan.

—¿Y cómo las distingue?

—El clima moja todo parejo. La nariz del santo se humedece sola, aunque el resto esté seco. Eso es lo que no he podido explicar en cuarenta años y que tampoco me ha quitado el sueño, porque hay cosas que no necesitan explicación para ser ciertas.

Sandra anotó y siguió:

—¿Alguien ha intentado estudiarlo? ¿Analizar la madera, medir la humedad?

—Una vez vino un señor de la ciudad. Hace muchos años. Con instrumentos y un maletín de cuero café que parecía muy caro, de esos que usan los doctores

o los ingenieros o la gente que quiere parecer importante con sus cosas. Estuvo dos días midiendo. Temperatura, humedad del aire, la madera, todo.

—¿Y qué encontró?

—Que la humedad de la nariz no correspondía a la humedad del ambiente. Me lo dijo él mismo antes de irse, con una cara de desconcierto que daba un poco de lástima. Como niño al que le salió mal un examen que creía que iba a pasar.

—¿Y qué más dijo?

—Que debía haber alguna explicación que sus instrumentos no alcanzaban a medir todavía. Y que iba a mandar un informe.

—¿Y mandó el informe?

La Refugio de la iglesia la miró con una sonrisa pequeña y muy tranquila:

—Nunca llegó nada. —Bebió el último sorbo de café—. Yo creo que el señor llegó a su ciudad y lo pensó mejor y decidió que era más sencillo no mandar el informe que explicar lo que había encontrado. Que es una decisión que entiendo perfectamente, aunque a mí me hubiera gustado leer el informe.

—¿Y usted qué cree que habría dicho?

—Que no sabe. —La Refugio de la iglesia puso la taza sobre la mesa con la serenidad de quien llega a una conclusión que lleva mucho tiempo esperando—. Eso es lo que dicen siempre los que vienen con instrumentos. Que no saben. Lo único que cambia es cómo lo dicen: unos lo dicen con palabras técnicas para que suene a que sí saben algo, y otros lo dicen directo, como el señor del maletín. Pero al final todos dicen lo mismo. No saben.

—¿Y eso no le parece inquietante?

La Refugio de la iglesia la miró con algo que no era exactamente sorpresa pero se le parecía en las orillas:

—¿Por qué habría de inquietarme? Si supieran, no vendría nadie a rezarle. La gente no le reza a lo que entiende. Le reza a lo que no entiende y que de todas formas le responde. Esa es la diferencia entre la ciencia y el santo: la ciencia explica lo que ya pasó, el santo acompaña lo que todavía no ha pasado. Los dos son necesarios. Pero a las tres de la mañana cuando uno tiene miedo, el que sirve es el santo.

Sandra dejó de escribir. La última frase se quedó en el aire del cuarto con el peso específico de las frases que no necesitan ser anotadas para quedarse.

—¿Cómo sabe que a las tres de la mañana sirve el santo? —preguntó, en voz más baja de lo que había planeado.

La Refugio de la iglesia la miró con la calma completa de quien sabe exactamente lo que va a decir:

—Porque Macario me dijo esta mañana que usted estuvo en la iglesia a esa hora. Y porque usted tiene hoy una cara distinta a la de ayer. Y las caras que

cambian de un día para otro en Oaxtlapilla, señorita, casi siempre tienen que ver con el santo.

Sandra cerró la libreta.

Afuera, la mañana de Oaxtlapilla continuaba con la indiferencia habitual de las mañanas que no necesitan audiencia para ocurrir. Y San Espiridión, desde su altar, seguía con la nariz en ese punto entre lo húmedo y lo seco que cuarenta y siete fotografías no habían podido resolver, y que la Refugio de la iglesia llevaba cuarenta años mirando sin necesidad de resolverlo, que era una diferencia de método que Sandra, esa mañana, ya no sabía con certeza cuál de las dos era más sabia.

CAPÍTULO 7

El teólogo de la sierra

Camino entre Oaxtlapilla y el pueblo vecino de Quiahuitla — octavo día

El padre Leopoldo Arriaga Montúfar vivía solo en una casa entre dos pueblos, lo cual era ya de entrada una declaración de principios, aunque él nunca lo habría formulado así porque los hombres que hacen declaraciones de principios con su manera de vivir suelen ser los que menos necesitan formularlas con palabras.

Sandra había llegado a él por el camino tortuoso que siguen las pistas en los lugares donde la información no circula por canales formales sino por los canales informales que son, en la práctica, los únicos que funcionan: Tobías le había mencionado de pasada que había un sacerdote retirado en las afueras del pueblo; Tobías lo había sabido por Abundio, que lo sabía porque en algún momento el padre Arriaga había comprado en su tienda una cantidad de velas de parafina que llamó la atención no por el número sino por la hora, que era las siete de la mañana de un martes y que Abundio recordaba con la precisión fotográfica que tienen los tenderos para todo lo que ocurre en su tienda y que se sale levemente de lo ordinario. Sandra buscó más información. Nadie en el pueblo sabía mucho. Nadie sabía tampoco por qué la diócesis lo había relevado, que era la pregunta que más le interesaba y que producía en sus interlocutores la misma expresión: algo entre el encogimiento de hombros y la mirada hacia otro lado, que es el gesto universal de quien sabe algo y ha decidido que no vale la pena saberlo en voz alta.

La casa estaba a un kilómetro y medio de Oaxtlapilla por un camino de terracería flanqueado de encinos y helechos y algún pino solitario que había crecido donde nadie le había indicado que creciera. Sandra caminó con su libreta bajo el brazo y el sol de la mañana en la espalda, que a esa hora todavía era un sol amable, del tipo que acompaña sin exigir.

La casa era de adobe con techo de teja y una pequeña huerta en el costado donde crecían, con el desorden tranquilo de las cosas que se plantan y se dejan a su criterio, quelites, chiles de agua y hierba santa. En el porche había

una silla y sobre la silla un libro abierto boca abajo. Sandra tocó la puerta. Nadie respondió. Tocó de nuevo.

—Está abierto —dijo una voz desde adentro, con el tono de quien lleva suficiente tiempo solo como para no necesitar levantarse a abrir él mismo.

Entró. El interior era un cuarto amplio con libros en todos los lugares donde había superficie disponible para ponerlos: repisas, sillas, el piso en pilas ordenadas con la lógica privada de quien sabe exactamente dónde está cada cosa aunque para el visitante parezca caos. En el centro, sentado en un sillón de cuero descascarado con el libro que había dejado afuera en la mano, había un hombre de unos ochenta años —o setenta y cinco, o más, porque tenía la edad indefinida de los hombres que han vivido mucho en lugares donde el sol y el trabajo hacen el calendario por cuenta propia— con el pelo blanco, la barba de tres días que no era descuido sino indiferencia, y unos ojos muy despiertos que miraron a Sandra con la evaluación rápida y discreta de quien ha pasado décadas leyendo personas además de libros.

—Usted es la periodista —dijo, sin levantarse.

—Sandra Ojeda. Del semanario La Plana Mayor.

—Ya sé quién es. Macario me mandó razón de que andaba por el pueblo. — Señaló la silla más cercana, que tenía encima tres libros y un plato que había contenido algo en algún momento del día anterior—. Quite eso y siéntese.

Sandra quitó los libros con cuidado. El plato lo dejó en el piso porque no había otro lugar obvio donde ponerlo y porque el padre Arriaga no parecía el tipo de persona que se inquietara por la ubicación de sus platos.

—¿Puedo preguntarle sobre San Espiridión? —dijo Sandra, con la libreta lista.

—Puede preguntarme lo que quiera —dijo Arriaga—. No le garantizo que las respuestas le sirvan para lo que usted cree que le van a servir. Pero pregunte.

Era la misma fórmula de Macario, pensó Sandra, pronunciada con un acento completamente diferente: donde Macario era llano y directo, Arriaga era irónico y levemente disfrutador, del tipo de ironía que se desarrolla en quien ha visto mucho y ha llegado a la conclusión de que la única respuesta inteligente al mundo es encontrarlo interesante.

—¿Es legítimo San Espiridión? —preguntó Sandra—. Desde el punto de vista teológico.

Arriaga la miró con una expresión que era mezcla de diversión y algo que podría haber sido lástima si no fuera tan benévola:

—La pregunta está mal formulada.

—¿Por qué?

—Porque asume que la teología tiene autoridad para decidir qué santos funcionan y cuáles no. Y esa es exactamente la clase de supuesto que conviene revisar antes de seguir.

Sandra lo anotó y siguió:

—¿Y no tiene esa autoridad?

—La Iglesia tiene autoridad para canonizar. Eso es distinto. Canonizar es un acto administrativo: la institución certifica que alguien vivió en santidad y puede ser objeto de veneración pública. Es un proceso largo, documentado, sometido a verificación. —Arriaga hizo una pausa y cerró el libro que todavía tenía en la mano, con el gesto de quien ha decidido que la conversación merece más atención que la lectura—. Pero la santidad en sí, eso es otra cosa. La santidad no la otorga ninguna comisión. Ocurre o no ocurre con independencia de si alguien la certifica. La Iglesia lo sabe, aunque no siempre le conviene decirlo en voz alta.

—¿Y San Espiridión?

—San Espiridión es un caso interesante precisamente porque pone en evidencia esa distinción. Un hombre que sanaba gente, que vivió en santidad según todos los que lo conocieron, que lleva doscientos años siendo venerado con resultados que el pueblo atribuye a su intercesión. ¿Qué le falta para ser santo?

—El proceso. El reconocimiento formal. La verificación de los milagros.

—Exacto. Le falta el papeleo. —Arriaga sonrió con una sonrisa que era completamente seria—. Y la pregunta que usted debería hacerse, señorita Ojeda, no es si San Espiridión es legítimo. Es si el papeleo es la legitimidad.

Sandra escribió la pregunta en la libreta y la encerró en un rectángulo. Era la segunda vez en ocho días que alguien le devolvía su propia pregunta convertida en una mejor.

—Usted vivió en Oaxtlapilla —dijo Sandra, cambiando de ángulo—. Tobías me lo dijo. ¿Por qué se fue?

—La diócesis me relevó.

—¿Por qué?

Arriaga la miró con la expresión de quien evalúa cuánto va a decir:

—Por razones que la diócesis formuló de una manera y que yo formulo de otra. La versión de ellos: que había desarrollado posiciones heterodoxas respecto a los cultos populares no canonizados de la región. Mi versión: que había dejado de poder fingir que ciertos hechos no habían ocurrido.

—¿Qué hechos?

—Hechos en Oaxtlapilla.

—¿Qué tipo de hechos?

Arriaga se levantó del sillón con la lentitud de los ochenta años bien vividos y caminó hacia la ventana que daba a la huerta, donde los chiles de agua colgaban con esa indiferencia roja de las cosas que están listas y no tienen prisa en que nadie lo note.

—Hace treinta años tuve una experiencia en Oaxtlapilla —dijo, de espaldas a Sandra—. No voy a decirle cuál porque no cambiaría nada que usted ya sepa o deje de saber. Lo que sí le digo es que no la escribí en ningún informe.

—¿Por qué no?

Se volvió. La miró con la paciencia de quien lleva mucho tiempo sosteniendo una contradicción y ha aprendido a hacerlo sin que se note demasiado el esfuerzo:

—Porque algunos hechos, si los pones en un papel, los matas. Los conviertes en objeto de análisis y el análisis los consume. Lo que queda después del análisis es el análisis, no el hecho. —Regresó al sillón despacio—. Yo soy teólogo. Toda mi formación está en el lenguaje, en el argumento, en la demostración. Y sin embargo hay cosas que sé que no debo intentar demostrar porque la demostración es el instrumento equivocado. Es como intentar medir el calor con una regla. La regla no está mal. El calor tampoco está mal. El problema es el intento de medir una cosa con el instrumento de la otra.

Sandra lo escribió completo. Era la explicación más precisa que había escuchado en ocho días sobre por qué su método no funcionaba en Oaxtlapilla, y venía de un teólogo retirado que vivía solo entre dos pueblos con chiles de agua en el jardín y los platos en el piso.

—¿Y eso no le genera un conflicto? —preguntó—. Usted es sacerdote. Tiene una formación doctrinal. ¿Cómo convive con algo que no puede poner en un informe?

Arriaga cruzó las manos sobre el pecho con la serenidad de quien ha hecho las paces con una pregunta que lleva décadas acompañándolo:

—Mal, al principio. Muy mal. Yo fui formado en la idea de que la fe y la razón son compatibles y complementarias, que es la posición oficial de la Iglesia desde Tomás de Aquino. Y lo creo todavía. Pero hay una diferencia entre la compatibilidad en abstracto y la convivencia en concreto. En abstracto, fe y razón se llevan muy bien. En concreto, en un pueblo de la sierra, frente a algo que no encaja en ninguna de las dos categorías que uno maneja, la convivencia es más complicada.

—¿Y cómo la resolvió?

—No la resolví. Aprendí a vivir con ella sin resolverla. Que es, me parece, la única solución honesta disponible. —Hizo una pausa—. Aunque le advierto que eso tampoco es cómodo. Vivir con una contradicción sin resolverla es un ejercicio que requiere práctica y que produce, con el tiempo, una especie de paz que no es la paz de quien encontró la respuesta sino la paz de quien decidió que la pregunta también puede ser una manera de estar en el mundo.

Sandra levantó la vista de la libreta. Era la tercera vez en la conversación que Arriaga decía algo que no podía refutar, y la conversación llevaba veinte minutos. Era, por lejos, el ritmo más alto de frases irrefutables por minuto que

había encontrado en toda la investigación, incluido Macario, incluido Tobías, incluida la Refugio de la iglesia con su distinción entre la ciencia y el santo.

—Una pregunta directa —dijo Sandra—. ¿Usted cree que San Espiridión hace milagros?

Arriaga la miró durante un momento sin responder, con los ojos muy quietos y muy despiertos:

—Creo que en Oaxtlapilla ocurren cosas que no tengo manera de explicar con los instrumentos que tengo disponibles. Creo que esas cosas ocurren con una regularidad que no es estadísticamente compatible con la coincidencia. Y creo que el pueblo que las experimenta las atribuye a San Espiridión con una coherencia que lleva doscientos años sin fisuras. —Hizo una pausa breve—. Si eso es un milagro o si es otra cosa que todavía no tenemos nombre para nombrar, no lo sé. Y le confieso que a estas alturas de mi vida ya no me parece tan importante la diferencia.

—¿Por qué?

—Porque lo importante no es el nombre. Lo importante es que ocurre. Y que le hace bien a la gente. Y que la gente que recibe ese bien no necesita que yo le explique de dónde viene para recibirlo. —Arriaga se levantó de nuevo, esta vez con el gesto de quien indica que la conversación está llegando a su punto natural de llegada—. Yo pasé cuarenta años explicando. Y lo que encontré al final de los cuarenta años de explicar es que las mejores cosas no mejoran con la explicación. Mejoran solas, si uno les da espacio.

Sandra se levantó también. Recogió la libreta y el teléfono y caminó hacia la puerta. Antes de salir se volvió con la pregunta que había guardado para el final, que era la pregunta que Tobías no había querido responder cuando se la había hecho:

—La experiencia que tuvo en Oaxtlapilla hace treinta años. ¿La tiene usted registrada en algún lugar, aunque no sea en un informe oficial?

Arriaga la miró con algo que era casi una sonrisa:

—La tengo aquí —dijo, y se tocó el pecho con dos dedos, no en el gesto teatral del que señala el corazón en las telenovelas sino con la precisión discreta de quien señala un lugar exacto donde algo vive—. Y aquí se queda.

Sandra salió al camino. El sol había subido y ya no era el sol amable de la mañana sino el sol de mediodía que no pide permiso. Caminó de regreso hacia Oaxtlapilla con la libreta llena y la cabeza más llena todavía, con la sensación creciente de que cada conversación en ese lugar la dejaba con más preguntas que respuestas, y con la sospecha —incómoda, no bienvenida, cada vez más difícil de ignorar— de que quizás eso no era un fracaso del método sino el resultado más honesto que el método podía producir en un lugar como ese.

A mitad del camino se detuvo. Sacó la libreta. Escribió: *Arriaga dice que los hechos que se ponen en papel se mueren. Yo llevo ocho días poniendo Oaxtlapilla en papel. ¿Qué estoy matando?*

Lo miró. No lo tachó. Lo cerró.

Siguió caminando hacia el pueblo, donde San Espiridión seguía en su altar con la nariz en ese punto de siempre, ajeno a los teólogos y a los periodistas y a todos los que llegaban con instrumentos a medir lo que no se deja medir, con la paciencia específica de las cosas que llevan doscientos años esperando que alguien entienda que no hace falta entenderlas para que sean reales.

CAPÍTULO 8

La niña de los registros

Oaxtlapilla y una clínica de distrito — noveno y décimo día

El caso de Valentina Corrales circulaba en Oaxtlapilla con la discreción específica de las cosas que todo el mundo conoce y que nadie menciona de frente porque mencionarlas de frente las volvería ordinarias, y este caso en particular no era ordinario ni quería serlo. Sandra lo había escuchado por primera vez de manera oblicua, en una conversación con Abundio sobre otra cosa completamente distinta, cuando el tendero dijo, de pasada y sin que viniera al caso: "Como lo de la niña Corrales, que eso sí que fue cosa del santo sin discusión posible." Y luego siguió hablando de lo que estaba hablando como si no hubiera dicho nada que requiriera seguimiento.

Sandra lo requirió.

Fue Tobías quien le dio los detalles, esa misma tarde, en el patio de la escuela mientras recogía los juguetes que los niños habían abandonado en el recreo con la dispersión geográfica característica de los objetos que nadie recuerda haber tirado pero que tampoco recuerda haber recogido.

—La niña Valentina Corrales tiene ahora once años —dijo Tobías, levantando una pelota de hule de debajo de la banca—. Cuando tenía siete, el médico del distrito la diagnosticó con una cardiopatía severa. De las que tienen nombre largo y pronóstico reservado.

—¿Qué tipo de cardiopatía?

—No soy médico. Solo sé que era del corazón y que era grave y que el pronóstico no era bueno. La familia la trajo a rezar ante San Espiridión. Semanas después, en el seguimiento médico, el cardiólogo dijo que no encontraba la anomalía que había registrado antes.

Sandra dejó de escribir:

—¿Que no la encontraba?

—Eso dijo. O algo equivalente. El médico es un hombre preciso y no suele decir más de lo que sabe, así que probablemente lo formuló de una manera más técnica y más cautelosa. Pero el resultado práctico fue ese: fue con una cardiopatía y regresó sin ella. O sin el registro de ella. Que para el pueblo es lo mismo.

—¿Y el médico sigue en el distrito?

—Sigue. Se llama Fuentes. No sé el nombre completo. En la clínica de San Marcos del Valle lo conocen todos.

Sandra anotó el nombre, agradeció, y al día siguiente tomó la primera camioneta que salía hacia San Marcos del Valle, que resultó ser la camioneta del Beto, que la reconoció con la inexpresividad del Beto pero que esta vez le ofreció el asiento de la cabina porque la batea venía con dos cerdos y un refrigerador amarrado con mecate que ocupaban el espacio disponible con una autoridad que no admitía discusión.

—¿Cómo están los cerdos? —preguntó Sandra, por decir algo.

—Bien —dijo el Beto.

—¿Y el refrigerador?

El Beto la miró como si la pregunta sobre el estado emocional de un refrigerador fuera la cosa más extraña que hubiera escuchado en mucho tiempo, que probablemente era cierta:

—Es un refrigerador —dijo.

Sandra decidió que el resto del viaje era mejor en silencio.

La clínica de San Marcos del Valle era un edificio de gobierno con la pintura institucional desgastada y un letrero sobre la entrada que decía CENTRO DE SALUD con letras que habían intentado ser azules y que el sol había convertido, con el tiempo y sin malicia, en un azul de intención. En la sala de espera había siete personas sentadas con la paciencia específica de quien ha aprendido que la espera en las clínicas del distrito es una condición permanente y no un contratiempo temporal, y que resignarse a ella pronto ahorra mucha energía que puede usarse después para cosas más productivas.

El doctor Fuentes resultó ser un hombre de unos cincuenta años, de complexión media y cara de alguien que ha visto mucho y que ha decidido que lo mejor que puede hacer con todo lo que ha visto es no perder la calma. Recibió a Sandra en su consultorio después de veinte minutos de espera, con la eficiencia de quien tiene quince pacientes más en la sala y que por lo tanto valora la concisión, pero sin la brusquedad de quien la ejerce como arma.

—El caso Corrales —dijo Sandra, después de presentarse—. Valentina Corrales. ¿Lo recuerda?

El doctor Fuentes la miró un momento antes de responder, con la mirada de quien evalúa no si recuerda el caso sino qué parte de lo que recuerda vale la pena compartir:

—Lo recuerdo.

—¿Puede hablarme de él?

—Dentro de los límites de la confidencialidad, sí. —Se recargó en el respaldo de su silla con el gesto de quien va a hablar pero que quiere que quede claro desde el principio que lo que va a decir tiene sus límites—. La niña llegó a esta clínica con siete años. La trajo la madre. Síntomas que no voy a detallar,

pero que llevaron a una revisión cardiológica. Encontré una anomalía. La referí al cardiólogo del hospital regional.

—¿Qué tipo de anomalía?

—Una que tiene nombre técnico que no le voy a dar porque los nombres técnicos en los reportajes periodísticos suelen usarse mal y eso no le hace bien a nadie. Lo que le puedo decir es que era real, que estaba documentada, y que el cardiólogo la confirmó.

—¿Y el seguimiento?

El doctor Fuentes tomó aire con la serenidad de quien se prepara para decir algo que ha dicho antes y que cada vez le resulta igualmente incómodo:

—En el seguimiento, el cardiólogo reportó que la anomalía no estaba presente. Que no encontraba lo que había encontrado antes.

—¿Que había desaparecido?

—Que no estaba presente en el momento del segundo examen. Que es una formulación distinta y que es la que yo prefiero usar porque es la más honesta.

Sandra lo anotó:

—¿Y cuál es la diferencia entre las dos formulaciones?

—La diferencia es la siguiente: decir que desapareció implica que estaba y que ya no está, lo cual requiere una explicación de por qué ya no está. Decir que no estaba presente en el segundo examen es simplemente una descripción del resultado del segundo examen, sin implicar nada sobre el primero. —El doctor Fuentes se inclinó levemente hacia adelante—. Puede haber habido un error diagnóstico inicial. Puede haber habido una evolución espontánea que no esperábamos. Puede haber habido un problema instrumental en uno de los dos exámenes. Todas esas posibilidades existen y ninguna de ellas puede descartarse con la información disponible.

—¿Y la posibilidad de que fuera un milagro?

El doctor Fuentes la miró con una expresión que no era exactamente de molestia pero que tampoco era de comodidad:

—Esa posibilidad no está en mi catálogo de diagnósticos diferenciales.

—¿Porque no existe o porque no cabe en el catálogo?

El doctor se quedó un momento con la pregunta, como si la estuviera pesando en una balanza que solo él podía ver:

—Porque no cabe en el catálogo. Lo que no cabe en el catálogo no significa que no exista. Significa que no tengo instrumentos para trabajarlo. —Hizo una pausa—. Lo que sí le puedo decir es que ese caso me molestó bastante. Y cuando un caso me molesta, generalmente es porque no tengo una respuesta que me satisfaga. Y este caso no tiene una respuesta que me satisfaga.

—¿Se lo dijo a la familia?

—Le dije que la niña estaba bien. Que no encontraba la anomalía. Que continuaran con los controles periódicos.

—¿Y la familia atribuyó la curación al santo?

El doctor Fuentes hizo un gesto que era reconocimiento sin entusiasmo:

—La madre me preguntó si podía haber sido el santo. Le dije que no estaba en posición de afirmarlo ni de negarlo. Que la niña estaba bien y que eso era lo que importaba.

—¿Y usted qué cree?

Hubo una pausa larga. El tipo de pausa que en una entrevista significa que la pregunta llegó a algún lugar que el entrevistado no había previsto y que está evaluando con honestidad qué tiene que decir al respecto. Sandra no la interrumpió. Había aprendido en doce años que las pausas largas son el material más valioso de cualquier entrevista y que el periodista que las interrumpe merece lo que le pasa.

—Creo —dijo el doctor Fuentes, finalmente, con el tono de quien habla con mucho cuidado porque lo que va a decir no está en ningún manual que haya estudiado— que hay casos que no se cierran. Que la medicina tiene sus certezas y que entre esas certezas hay espacios que todavía no sabemos nombrar bien. Este es uno de esos casos. Y eso, para alguien de mi formación, es incómodo. Muy incómodo.

—¿Incómodo cómo?

—Incómodo en el sentido de que me obliga a admitir que el mapa que tengo no cubre todo el territorio. Y eso no es algo que los médicos digamos con facilidad. Porque si el mapa no cubre el territorio, ¿de qué sirve el mapa?

—¿Y de qué sirve?

El doctor la miró:

—De mucho. Para la mayoría del territorio, el mapa funciona perfectamente. El problema son los bordes. Los bordes siempre son complicados.

Sandra salió de la clínica con las notas más desconcertantes de todo el viaje. No porque el médico hubiera confirmado el milagro —no lo había confirmado—, sino porque había dicho exactamente lo que ella misma habría dicho en su lugar: no sé, y eso me molesta bastante. Era la primera vez en nueve días que alguien le daba una respuesta que sonaba exactamente como la suya propia, y eso, en lugar de tranquilizarla, la inquietó más de lo que habría querido.

Tomó la camioneta de regreso a Oaxtlapilla. El Beto seguía sin tener prisa. Los cerdos en la batea habían sido reemplazados por dos costales de cemento y una mujer con tres gallinas en una caja de cartón agujereada que las gallinas miraban hacia afuera con la expresión de quien no entiende del todo en qué situación se encuentra pero que ha decidido no dramatizarlo.

—¿Usted es de aquí? —le preguntó Sandra a la mujer, por costumbre profesional.

—De Quiahuitla —dijo la mujer—. Pero tengo familia en Oaxtlapilla.

—¿Conoce el culto a San Espiridión?

La mujer la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que le parece un poco rara viniendo de donde viene:

—Todo el mundo conoce a San Espiridión. En Quiahuitla también le rezamos, aunque el santo sea de Oaxtlapilla.

—¿Y ustedes también tienen milagros?

—Tenemos —dijo la mujer, con la misma naturalidad con que habría dicho *tenemos milpa* o *tenemos río*—. Mi hermana tuvo uno el año pasado. Una infección que no cedía y que cedió después de que fuimos a Oaxtlapilla a pedir.

—¿Y el médico qué dijo?

—El médico dijo que los antibióticos habían funcionado al final.

—¿Y usted qué cree?

La mujer consideró la pregunta con la honestidad de quien no tiene ningún interés en impresionar a nadie:

—Creo que el médico tiene razón y que el santo también tiene razón. Las dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo. Mi hermana está bien. Eso es lo que importa.

Sandra anotó. Las gallinas miraban hacia afuera. El Beto avanzaba por la terracería con su parsimonia de siempre. Y Sandra, en el asiento de la cabina con las notas del doctor Fuentes en la libreta y la respuesta de la mujer de las gallinas en la cabeza, reconoció que la frase más filosóficamente sólida del día no la había dicho el médico con sus años de formación y su catálogo de diagnósticos diferenciales.

La había dicho una mujer con tres gallinas en una caja de cartón agujereada en la batea de una camioneta de redilas en un camino de terracería de la sierra de Oaxaca.

Las dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo.

Lo escribió en la libreta con letra grande, que era lo que hacía cuando algo merecía ocupar más espacio del ordinario. Lo miró durante un momento. No lo tachó.

Fuera, la sierra se extendía con esa indiferencia majestuosa de los paisajes que llevan más tiempo en el mundo que cualquier pregunta que se les haga, y Oaxtlapilla aparecía ya en la distancia con su iglesia de cantera gris en el centro, sin letrero, sin arco de bienvenida, sin ningún anuncio de lo que contenía, exactamente como la primera vez que Sandra la había visto, ocho días y una vida entera de preguntas sin respuesta atrás.

CAPÍTULO 9

El argumento de la pólvora

La casa de Refugio — undécimo día

Refugio —la Refugio de la casa, para distinguirla de la del altar, distinción que en Oaxtlapilla todos entendían sin necesidad de explicación— tenía la costumbre de invitar a comer a quien se lo mereciera, y el criterio para merecérselo era uno solo y no estaba escrito en ningún lado: que la persona en cuestión le pareciera interesante. No simpática, no útil, no bien portada. Interesante. Era una categoría que Refugio aplicaba con una precisión que no tenía nada de arbitraria aunque tampoco pudiera explicarse con argumentos que satisficieran a nadie que no fuera ella misma.

Sandra se había ganado la categoría desde el segundo día, aunque Refugio no se lo había dicho hasta el undécimo, que era cuando la invitó a comer de verdad, no el desayuno cotidiano que era parte del trato del cuarto sino una comida formal, con mantel bordado y todo, que en la mesa de Refugio era la señal inequívoca de que la ocasión merecía más que lo ordinario.

—Síntese —dijo Refugio, cuando Sandra llegó al comedor a la una de la tarde, que era la hora en que Refugio servía la comida porque a esa hora servía la comida y no había razón que justificara cambiarlo—. Hoy hice mole negro.

—¿Para qué ocasión? —preguntó Sandra.

—Para esta —dijo Refugio, con la sencillez de quien no ve la necesidad de más explicación.

El mole negro de Refugio era, según Abundio, según Tobías, según la Refugio de la iglesia y según todos los que lo habían comido alguna vez, la razón más concreta y verificable de que en Oaxtlapilla ocurrían cosas que no tenían explicación satisfactoria. No porque fuera sobrenatural. Sino porque era tan bueno que la categoría de lo natural parecía insuficiente para contenerlo. Sandra lo probó y entendió el consenso: era el tipo de mole que no pide permiso, que llega y ocupa todo el espacio disponible en la boca y en la cabeza, y que produce en quien lo come la convicción temporal pero poderosa de que el mundo, en ese momento específico, está bien.

Comieron durante un rato en el silencio confortable de dos personas que ya no necesitan llenarlo con palabras. Refugio comía con la concentración de quien cocina bien y come bien y no ve razón para que ninguna de las dos actividades se interrumpa con conversación innecesaria. Sandra comía con el apetito de quien ha caminado mucho y pensado más y que agradece que el cuerpo le recuerde que también existe.

Fue Refugio quien habló primero, cuando el mole ya estaba en la segunda vuelta y el silencio había madurado lo suficiente:

—¿Ya encontró lo que vino a buscar?

Sandra lo pensó:

—No sé bien qué vine a buscar.

—Eso ya es algo —dijo Refugio—. Cuando uno sabe lo que vino a buscar y no lo encuentra, se va decepcionado. Cuando uno descubre que no sabía lo que buscaba, a veces encuentra algo mejor.

—¿Y usted qué cree que vine a buscar?

Refugio la miró con la evaluación directa que era su estilo:

—Vino a encontrar el truco. El hilo del que jalar para que todo se caiga. Así vienen los de afuera. Con las manos listas para jalar.

—¿Y hay truco?

—Ninguno que yo haya encontrado en ochenta y tantos años. —Refugio sirvió más mole sin preguntar, porque en su mesa el que quería menos decía algo y el que no decía nada quería más—. Pero siéntase en confianza de seguir buscando. No le va a molestar a nadie.

Después de la comida, mientras tomaban el café que Refugio hacía de olla y que tenía un sabor que el café de máquina de la ciudad nunca había logrado ni iba a lograr, Sandra le preguntó lo que había querido preguntar desde el principio de la semana y que había guardado para el momento en que Refugio estuviera en disposición de responderla de verdad, que era una disposición que no se pedía sino que se esperaba:

—¿Alguna vez alguien ha intentado quitarle la imagen al pueblo?

Refugio puso su taza en la mesa con un pequeño golpe que no era enojo sino énfasis:

—Una vez. Hace sesenta años, más o menos. Antes de que yo naciera, pero mi madre lo vio y me lo contó, y mi madre no era mujer de inventar cosas porque decía que la realidad ya era suficientemente complicada como para añadirle invenciones.

—¿Qué pasó?

Refugio acomodó su taza, cruzó las manos sobre la mesa con el gesto de quien va a contar algo que merece la postura correcta, y empezó:

—Llegó un grupo de hombres de un pueblo vecino. No voy a decir el nombre del pueblo porque ya pasó mucho tiempo y los hijos no tienen por qué cargar con lo que hicieron los padres. Llegaron seis hombres. Hombres grandes, de trabajo, de los que cargan costales de cien kilos sin quejarse. Llegaron con la intención de llevarse la imagen. No para venerarla. Para burlarse. Había un pleito de linderos entre ese pueblo y Oaxtlapilla, de esos pleitos que duran décadas y que nadie recuerda bien cómo empezaron pero que nadie quiere ser el primero en dejar ir. Y esos hombres decidieron que llevarse al santo era una manera de ganar el pleito sin necesidad de ir a los tribunales, que en aquel tiempo estaban más lejos todavía y eran menos confiables todavía que ahora.

—¿Y qué pasó cuando llegaron?

—Entraron a la iglesia. Agarraron la imagen entre cuatro de ellos. Y no pudieron moverla.

Sandra lo anotó y luego preguntó, con el cuidado que había aprendido a usar en Oaxtlapilla para las preguntas que podían interpretarse como ofensas:

—¿Cómo saben que se volvió pesada y no que los hombres simplemente no pudieron?

Refugio la miró con la expresión de quien esperaba exactamente esa pregunta y que tiene la respuesta lista desde hace mucho tiempo:

—Esos hombres, señorita Sandra, eran conocidos en toda la región por su fuerza. En Oaxtlapilla los conocíamos porque venían al mercado. El Fortino Reyes, que era el que mandaba, había ganado tres veces seguidas el concurso de carga de la feria del municipio. Cargaba doscientos kilos de maíz sin soltar el aliento. Era un hombre que, según mi madre, podía haber levantado un buey si el buey se hubiera dejado. Y entre seis no pudieron mover una imagen de madera de tamaño natural.

—¿Y había testigos?

—Todo el pueblo los vio. Había gente en la iglesia cuando entraron y más gente que llegó cuando se supo lo que estaba pasando. No fue cosa privada. Fue cosa de todos.

—¿Y los hombres qué dijeron?

—Dijeron que la imagen pesaba como si fuera de plomo. El Fortino Reyes dijo exactamente eso: "Pesa como si fuera de plomo." Y luego se fueron. Sin la imagen. Sin el pleito ganado. Y sin ganas de volver, según parece, porque no volvieron.

Sandra escribió todo con la caligrafía rápida de los momentos en que la mano tiene que seguirle el ritmo a algo que no quiere perderse:

—¿Y el pleito de linderos?

—Se resolvió años después, por las buenas, con un acuerdo entre los dos pueblos. Como se resuelven las cosas cuando la gente se cansa de pelear y recuerda que tiene otras cosas que hacer. —Refugio tomó su taza de café con las dos manos—. Aunque hay quien dice que el santo también intervino en eso. Yo no lo afirmo ni lo niego. El pleito se resolvió. Punto.

Sandra puso la pluma sobre la libreta y miró lo que había escrito. Luego miró a Refugio:

—¿Usted cómo explica que la imagen pesara más de lo normal?

Refugio consideró la pregunta con seriedad, que era la única manera en que Refugio consideraba cualquier cosa:

—Yo no la explico. Lo que sé es lo que pasó. La explicación es trabajo de otra gente.

—¿De quién?

—De los que estudian esas cosas. Los teólogos, los científicos, los periodistas. —Refugio la miró con algo que no era ironía pero que se le acercaba en las orillas—. Ustedes que vienen con sus libretas y sus preguntas. A ver si entre todos encuentran algo que en sesenta años nadie ha encontrado todavía.

Sandra sonrió. Era una sonrisa completa, sin el esfuerzo de contención de los días anteriores, y Refugio la recibió con la satisfacción tranquila de quien logró lo que quería lograr aunque no lo haya anunciado.

—¿Puedo preguntarle algo personal? —dijo Sandra.

—Ya lleva días haciéndolo aunque no lo diga así.

—¿Usted alguna vez ha dudado?

Refugio lo pensó. No con la brevedad de quien tiene la respuesta lista sino con la lentitud de quien la busca de verdad en algún lugar donde las respuestas viven antes de que las palabras las atrapen:

—Dudé una vez. Cuando murió mi hija. Tenía treinta y dos años y murió de algo que no había por qué morir a los treinta y dos. Fui con el santo antes. Le pedí. Le recé como se reza cuando uno tiene miedo de verdad, no el rezo de costumbre sino el otro. Y de todas formas murió.

El comedor quedó en silencio. Sandra no dijo nada porque no había nada que decir que no fuera menos que el silencio.

—¿Y después de eso? —preguntó, finalmente, en voz baja.

—Después de eso estuve un tiempo sin ir a la iglesia. Un tiempo largo. —Refugio miró su taza—. Y luego volví. No porque el santo me hubiera dado una explicación, que no me la dio y no se la pedí. Sino porque me di cuenta de que estar enojada con él era como estar enojada con el río porque se llevó algo que yo quería. El río no se lleva las cosas para hacerle daño a nadie. El río hace lo que hace. Y el santo también.

—¿Y eso le alcanzó?

—Me alcanzó para seguir —dijo Refugio—. Que es lo que se necesita. No que te alcance para todo. Solo que te alcance para seguir.

Sandra escribió la frase despacio, con la letra más cuidadosa que había usado en toda la investigación, como si el ritmo de la escritura pudiera hacer justicia a lo que la frase contenía.

Luego escribió, debajo, en letra pequeña: *El argumento de la pólvora no es solo el de los hombres que no pudieron mover la imagen. El argumento de la pólvora es Refugio, que tuvo una razón de sobra para no creer y que siguió creyendo de todas formas. Eso es fe medida contra lo que la persona habría podido hacer sin ella. Y en ese caso la medida es muy distinta a la de cualquier concurso de carga de la feria del municipio.*

Lo leyó. No lo tachó.

Afuera, la tarde de Oaxtlapilla avanzaba con su calma de siempre. Desde la ventana del comedor se veía el atrio de la iglesia, donde dos niños jugaban con una pelota de hule con la concentración total que tienen los niños cuando juegan y que los adultos pierden en algún punto del camino sin saber exactamente cuándo. En la puerta de la iglesia, sentado en su escalón de siempre, Macario miraba el pueblo con la expresión que tenía siempre: la de alguien que no necesita que nada ocurra para estar donde tiene que estar.

—¿Más café? —preguntó Refugio.

—Sí, por favor —dijo Sandra.

Y Refugio sirvió el café con la misma mano que había enterrado a su hija y que había regresado a la iglesia cuando estuvo lista para regresar, sin prisa y sin que nadie se lo pidiera, porque esas cosas en Oaxtlapilla se hacían en el tiempo que tenían que hacerse y no en el tiempo que los demás consideraban razonable.

Sandra tomó su taza. Miró la iglesia por la ventana. Miró a Macario en su escalón.

Y pensó, por primera vez desde que había llegado, que quizás el problema no era que Oaxtlapilla no tuviera explicación. El problema era que tenía demasiadas, y que todas eran verdad al mismo tiempo, y que ella había venido buscando la que cancelara a las otras, y que esa, sencillamente, no existía.

Era un pensamiento incómodo. Era también, reconoció mientras bebía el café de Refugio, el más honesto que había tenido en once días.

No lo anotó. Algunas cosas, iba aprendiendo, funcionan mejor sin libreta.

CAPÍTULO 10

La herejía de Tobías

La escuela rural — duodécimo día

Había algo en Tobías Espinosa que Sandra no había terminado de entender en las conversaciones anteriores y que el duodécimo día decidió ir a buscar de frente, porque el método oblicuo, que era el que había usado con casi todos los demás, no funcionaba bien con Tobías. Tobías era demasiado consciente de sus propios procesos para dejarse abordar por el costado. Sabía cuándo lo estaban entrevistando, sabía cuándo lo estaban evaluando, y sabía, con la misma claridad, cuándo alguien llegaba a su puerta con una pregunta que todavía no había formulado del todo. En ese último caso, que era el de Sandra esa mañana, la única estrategia honesta era admitirlo desde el principio.

—Vengo a preguntarle algo que no sé bien cómo preguntar —dijo Sandra, cuando Tobías la recibió en el salón vacío, que a esa hora de la mañana olía a gis y a madera y al sudor específico de los salones de primaria que no tiene equivalente en ningún otro lugar del mundo.

—Mejor así —dijo Tobías, acomodando unas sillas frente a frente con la eficiencia de quien ha dispuesto muchas veces el espacio para una conversación—. Las preguntas que uno sabe cómo preguntar ya vienen con la respuesta incluida.

Se sentaron. Por la ventana abierta llegaba el ruido de los niños en el patio, ese ruido que es siempre el mismo y que es siempre distinto, que tiene la virtud de hacer que el interior de un salón parezca más tranquilo de lo que sería sin él.

—Usted es el único habitante de Oaxtlapilla que admite haber tenido dudas —dijo Sandra—. En todas mis conversaciones, usted es la única persona que dijo en algún momento que no creía, o que no creía del todo, o que su posición era más complicada que la de los demás.

—Sí —dijo Tobías.

—Y sin embargo su conclusión termina siendo la misma que la de todos: el pueblo funciona, el santo ayuda, la fe tiene resultados independientemente de si es verdad o no lo es.

—Más o menos.

—¿Más o menos en qué sentido?

Tobías se acomodó en la silla con el gesto de quien va a decir algo que lleva tiempo pensando y que no ha dicho antes porque no había encontrado el interlocutor adecuado, o porque el interlocutor adecuado no había llegado todavía a Oaxtlapilla con su libreta y su pluma de repuesto:

—Lo que yo pienso no es exactamente lo mismo que lo que piensan los demás. Llega al mismo lugar, pero por un camino diferente. Y el camino importa.

—¿Por qué importa el camino si llega al mismo lugar?

—Porque el camino es lo que uno puede defender. El lugar es donde uno vive.

—Tobías miró por la ventana un momento—. Mire, yo estudié filosofía. Leí a Hume, a Voltaire, a Feuerbach. Leí a los que dicen que la religión es el opio del pueblo y a los que dicen que es la experiencia más genuina del ser humano. Los leí a todos con la misma atención porque esa es la única manera honesta de leer: sin decidir de antemano quién tiene razón. Y al final de todo eso regresé a Oaxtlapilla y vi lo que vi.

—¿Qué vio exactamente?

—Vi que la gente de este pueblo vive diferente a la gente de los pueblos de alrededor que no tienen un santo así. No mejor en todo, no peor en nada. Diferente en algo específico: en la manera de cargar lo que es difícil. Las enfermedades, las pérdidas, los hijos que se van, los años malos. Aquí la gente los carga de una manera que no he visto en otro lugar. Con una especie de... —Tobías buscó la palabra con el gesto de quien busca en un cajón que sabe que tiene lo que busca pero no recuerda en qué rincón— con una especie de compañía. Como si nadie tuviera que cargar nada completamente solo.

—¿Y eso es el santo?

—Eso es lo que el santo produce. Si es el santo mismo o si es la convicción de que el santo está ahí, no puedo decírselo con certeza. Lo que sí puedo decirle es que el efecto existe. Y que el efecto, en mi experiencia de vivir aquí, es real.

Sandra lo anotó y luego preguntó lo que había venido a preguntar desde el principio:

—¿Y usted cree o no cree?

Tobías la miró con la expresión levemente resignada de quien sabe que esa pregunta iba a llegar y que no tiene una respuesta que la satisfaga del todo:

—Esa pregunta tiene un supuesto que no comparto.

—¿Cuál?

—Que creer y no creer son las únicas dos opciones disponibles. —Se levantó, fue a la ventana, miró el patio donde los niños ya habían formado un partido de fútbol con una pelota de plástico que se había desinflado parcialmente y que de todas formas rodaba con suficiente entusiasmo—. Yo no creo en San Espiridión como evento sobrenatural. No puedo. Tengo demasiado Hume en la cabeza para eso. Pero tampoco no creo, que es lo contrario, porque no creer requiere la certeza de que no hay nada ahí, y esa certeza tampoco la tengo. Lo que tengo es algo en el medio que no tiene nombre en la filosofía académica pero que en la vida cotidiana funciona perfectamente.

—¿El escepticismo funcional invertido?

Tobías se volvió con una expresión entre divertida y avergonzada:

—Ya le conté de eso.

—La vez pasada. Me pareció interesante.

—Me pareció ridículo en cuanto lo dije. —Se sentó de nuevo—. Pero la idea detrás es seria aunque el nombre sea pretencioso. La idea es esta: si la diferencia práctica entre creer y no creer es que el que cree vive mejor, más acompañado, con más recursos para cargar lo difícil, entonces la pregunta filosófica de si el objeto de la fe existe o no existe se vuelve secundaria respecto a la pregunta práctica de qué hace la fe por quien la tiene.

—Eso es exactamente lo que Voltaire decía —dijo Sandra—. Que la religión es útil para el pueblo aunque no sea verdad. Y eso, como ya le dije, es condescendencia ilustrada.

—Sí. Y yo lo acepto. —Tobías lo dijo sin evasión, con la honestidad directa de quien no tiene caso en defender lo indefendible—. Tiene usted razón en el diagnóstico. Mi posición tiene ese problema. Implica que yo sé algo que los demás no saben y que de todas formas me parece bien que no lo sepan porque les hace bien no saberlo. Eso es condescendencia. Lo reconozco.

—¿Y cómo lo resuelve?

—No lo resuelvo. Lo cargo. —Tobías hizo una pausa breve—. Pero le voy a decir algo que modifica el problema. Yo llegué aquí con esa posición: el santo no es real pero la fe es útil. Y con el tiempo, viviendo aquí, esa posición fue cambiando. No porque encontrara evidencia de que el santo es real en el sentido que Hume requeriría. Sino porque me fui dando cuenta de que mi certeza de que no lo era tampoco tenía evidencia suficiente. Que yo no creía no porque tuviera razones para no creer, sino porque no creer era mi posición de partida. Y una posición de partida no es un argumento.

Sandra dejó de escribir. Lo miró:

—¿Está diciendo que ahora cree?

—Estoy diciendo que ahora no sé. Y que no saber es una posición diferente para no creer, aunque desde afuera parezcan iguales.

—¿Y cómo se vive con el no saber?

Tobías miró el patio por la ventana. El partido de fútbol había adquirido la intensidad de los partidos donde el marcador importa y la pelota semi desinflada no es excusa válida para ninguna de las partes:

—Con más comodidad de lo que esperaba. El no saber tiene una ventaja que el no creer no tiene: te deja abierto. No creer es una puerta cerrada. No saber es una puerta entornada. Y las puertas entornadas, en mi experiencia, dejan pasar más luz que las cerradas y más que las abiertas también, porque con la puerta abierta de par en par entra todo y ya no sabes qué mirar.

Sandra escribió la frase de la puerta entornada y la encerró en un rectángulo doble, que era lo que hacía con las frases que no solo eran buenas sino que además cambiaban algo en la manera de ver lo que estaba investigando.

—Le quiero preguntar algo diferente —dijo—. Usted conoce a todos en el pueblo. Lleva años aquí. ¿Hay alguien que realmente no crea? No que dude, no que tenga una posición complicada como la suya. Alguien que directamente no crea y que lo diga.

Tobías lo pensó con la honestidad de quien hace un inventario real:

—No.

—¿Nadie?

—Nadie que yo conozca. Y conozco a todos.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé con certeza. Tengo una hipótesis, pero es solo eso.

—¿Cuál es?

Tobías cruzó los brazos con el gesto de quien presenta una idea que sabe que es discutible y que está dispuesto a defenderla aunque no a morir por ella:

—La hipótesis es que la fe en Oaxtlapilla no funciona como decisión individual. No es que cada persona decide creer o no creer. Es que la fe es parte de la estructura del pueblo, como el agua o el camino. Nadie decide creer en el agua. El agua está. Nadie decide creer en el camino. El camino está. La fe en San Espiridión, en este pueblo, está de la misma manera. No se elige. Se vive dentro de ella. Y para no creer, primero habría que salirse de la estructura, que es lo que yo intenté hacer cuando me fui a estudiar. Y mire adónde regresé.

—¿Y eso no es un problema? Una fe que no se elige no es libre.

—Una fe que no se elige es la mayoría de las fes que existen —dijo Tobías—. La mayoría de la gente en el mundo tiene la fe de donde nació. No la eligió. Nació dentro de ella. La pregunta no es si la eligió. La pregunta es qué hace

con ella. Y en Oaxtlapilla lo que se hace con ella, en términos generales, no está mal.

Sandra cerró la libreta un momento. La abrió de nuevo. Escribió: *Tobías es la herejía de Oaxtlapilla: el único que llegó a dudar por el camino largo, el del estudio y la filosofía, y que terminó en el mismo lugar que todos los demás pero sin poder decir del todo por qué. Eso lo hace más honesto que los que creen sin haber pasado por la duda. Y más desconcertante, porque si el camino de la duda termina aquí, ¿adónde va a terminar el mío?*

Tachó la última pregunta. La volvió a escribir. La dejó.

Salió de la escuela al mediodía, cuando los niños ya habían regresado al salón y el patio había recuperado el silencio relativo de las horas de clase. Caminó hacia la plaza sin apresurarse, con el sol de Oaxtlapilla en la cara, que a esa hora ya no pedía permiso.

En la plaza estaba Abundio sentado en el quicio de su tienda con un refresco en la mano y la expresión de quien lleva mucho tiempo esperando que algo ocurra y que ha llegado a la paz de saber que si no ocurre tampoco pasa nada.

—¿Ya habló con el maestro Tobías? —preguntó.

—Acabo de salir.

—¿Y qué le dijo?

—Muchas cosas.

—¿Le dijo lo del escepticismo ese?

Sandra lo miró:

—¿Usted sabe lo del escepticismo?

—Todo el pueblo sabe lo del escepticismo —dijo Abundio, con la paciencia del que explica algo que debería ser obvio—. El maestro Tobías lleva años con eso. Se lo dice a todo el que le pregunta. Ya hasta tiene nombre, según él.

—¿Y qué piensan en el pueblo de esa posición?

Abundio consideró la pregunta con la seriedad que le daba a todo:

—Pensamos que el maestro Tobías es muy inteligente y que se complica la vida más de lo necesario. —Bebió su refresco—. Pero lo queremos igual. Aquí no se deja de querer a nadie por pensar distinto. Solo por portarse mal. Y el maestro Tobías se porta bien.

—¿Y usted? ¿Usted se complica la vida?

Abundio la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que le parece casi cómica:

—Yo no. Yo fui con el santo, llegó el dinero, y ya. Para qué más.

Sandra sonrió. Era una sonrisa sin esfuerzo, del tipo que no se decide sino que llega sola.

—¿Quiere un refresco? —dijo Abundio.

—Sí —dijo Sandra.

Abundio entró a la tienda y salió con un refresco de tamarindo frío que Sandra recibió con las dos manos y que bebió de pie en el quicio, mirando la plaza de Oaxtlapilla con el sol de mediodía encima y la iglesia al fondo y Macario, visible desde ahí, sentado en su escalón con las manos sobre las rodillas y los ojos en el pueblo que llevaba una vida entera cuidando.

Y pensó Sandra, con el refresco frío en la boca y el sol en la cara y doce días de preguntas sin respuesta en la libreta, que quizás la diferencia entre Tobías y Abundio no era de inteligencia sino de economía: Tobías había tomado el camino largo para llegar al mismo lugar, y Abundio había tomado el camino corto, y los dos estaban en el mismo pueblo, en el mismo sol, debajo del mismo santo, con la misma paz que Sandra todavía no sabía cómo nombrar pero que cada día se le hacía menos ajena.

No lo anotó.

Algunas cosas, seguía aprendiendo, son más verdad sin libreta.

CAPÍTULO 11

Lo que Macario no dijo

La sacristía y el atrio — decimotercer día

Había una pregunta que Sandra había postergado desde el principio con la excusa de que no era el momento, que es la excusa que uno se da cuando en realidad sí es el momento pero el momento da miedo. La pregunta era sencilla en su formulación y complicada en todo lo demás: ¿quién era exactamente Macario Celso Velarde?

No en el sentido biográfico, que eso ya lo sabía: hombre de edad difícil, familia con generaciones de custodia de la imagen, camisa de cuadros, paso tranquilo, economía verbal que era principio y no defecto. Sino en el otro sentido. El sentido de qué función cumplía en Oaxtlapilla más allá de barrer el atrio y abrir la iglesia y responder preguntas con frases que eran demasiado buenas para ser espontáneas y que sin embargo lo eran.

Sandra lo había preguntado a Refugio, a Tobías, a Abundio y a la Refugio de la iglesia. Las respuestas habían sido distintas en la forma y equivalentes en el fondo: nadie sabía darle un título. No era sacerdote. No era mayordomo en el sentido formal que tienen los mayordomos en las comunidades indígenas del estado, con cargo asignado y duración definida y responsabilidades escritas. No cobraba. No tenía superior jerárquico reconocible. Simplemente estaba, como el atrio y como la cruz de piedra y como la nariz húmeda del santo: como parte del paisaje que nadie recuerda haber instalado pero que nadie imagina sin él.

Fue esa mañana a buscarlo a la sacristía, donde Macario pasaba las horas de la mañana con la constancia de quien tiene una rutina que no necesita justificarse porque lleva décadas siendo la misma rutina. Lo encontró acomodando los ornamentos de la misa con el orden cuidadoso de quien

conoce el lugar exacto de cada cosa y que encuentra en ese orden no una obligación sino una forma de conversación con el espacio.

—Macario —dijo Sandra, desde la puerta—. ¿Tiene un momento?

—Tengo los que hagan falta —dijo Macario, sin voltear—. Siéntese.

Sandra se sentó en el banco de madera de siempre. Macario terminó de acomodar lo que estaba acomodando, se limpió las manos en el pantalón con el gesto distraído de quien no tiene delantal a mano, y se sentó frente a ella en la silla de madera que era, en la sacristía, el equivalente de su trono.

—Llevo trece días aquí —dijo Sandra— y todavía no sé qué función tiene usted exactamente.

—Ya se lo dije: cuido la imagen.

—Sí. Pero eso no me dice qué es usted. No tiene cargo oficial. No tiene título. No cobra. No hay nadie por encima de usted que le dé instrucciones. ¿Qué es eso, exactamente?

Macario la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que le parece perfectamente razonable y perfectamente innecesaria al mismo tiempo:

—Es lo que es. ¿Para qué necesita un nombre?

—Porque en mi mundo las cosas sin nombre son difíciles de explicar.

—En su mundo, sí. —Macario cruzó los brazos—. Aquí las cosas que no tienen nombre son generalmente las más importantes. Las que tienen nombre son las que ya se terminaron de entender y se archivaron. Lo que todavía está vivo no necesita etiqueta.

Sandra anotó y siguió:

—¿Cuándo empezó su familia a cuidar la imagen?

—Desde que alguien recuerda.

—Ya me dijo eso. Quiero saber más. ¿Cómo se transmite? ¿Hay algún momento en que su padre le dijo: a partir de hoy tú te haces cargo?

Macario lo pensó con genuina atención, como si la pregunta le hiciera recordar algo que no había necesitado recordar en mucho tiempo:

—Mi padre me trajo a la iglesia desde que tenía tres años. Todos los días. No me explicó nada. Solo me trajo. Y yo vine. Y fui viendo cómo se hacían las cosas y las fui haciendo. No hubo un momento de entrega formal. Fue más como aprender a caminar: uno no recuerda el día que aprendió, solo sabe que en algún momento ya estaba caminando.

—¿Y si usted no hubiera querido?

Macario consideró la pregunta con la seriedad que cualquier hipótesis recibía de su parte:

—No sé. Nunca no quise. Desde muy chico esto me pareció lo más natural del mundo. —Hizo una pausa—. Aunque hubo un momento.

Sandra levantó la vista de la libreta. Era la primera vez que Macario iniciaba un tema sin que ella lo empujara.

—¿Qué momento?

—Cuando tenía diecinueve años. Ya se lo conté: el trabajo en la ciudad, el sueño con el santo, la decisión de no irme. Pero hay algo que no le conté.

—¿Qué?

Macario miró hacia la puerta de la sacristía como si midiera algo, aunque no había nadie del otro lado:

—Que no fue solo el sueño. Antes del sueño, la semana en que estaba decidiendo si irme o quedarme, vine a la iglesia una noche. Solo. Como usted vino hace unos días. —Hizo una pausa breve—. Y algo pasó.

Sandra esperó. Macario no continuó de inmediato, y en ese silencio estaba todo lo que no iba a decir, que era exactamente la misma cantidad de lo que Sandra había escrito en su libreta la madrugada de su propia visita: una línea que el lector no leería.

—¿Qué pasó? —preguntó Sandra, sabiendo que la respuesta iba a ser incompleta.

—Algo que no voy a describir porque las descripciones lo achicarían. —Macario la miró directamente, que era algo que no hacía con frecuencia—. Lo que le puedo decir es que al día siguiente no me fui. Y que nunca me arrepentí. Y que hay días en que todavía pienso en lo que vi esa noche y que esos días son distintos a los demás.

—¿Distintos cómo?

—Más completos. Como cuando uno recuerda algo que le confirmó que estaba en el lugar correcto.

Sandra anotó despacio. Luego preguntó lo que había ido a preguntar desde el principio, la pregunta que había guardado para cuando Macario estuviera en la disposición que estaba ahora:

—Macario. ¿Usted alguna vez ha dudado de San Espiridión?

Macario no respondió de inmediato. Miró sus manos sobre las rodillas con la atención de quien las ve por primera vez, o de quien las ve con la atención que merece algo que uno usa todos los días y en lo que raramente piensa.

—Una vez —dijo, finalmente.

—¿Cuándo?

—Cuando murió mi hermano. Tenía treinta y ocho años. Se enfermó de algo que no debería haber matado a nadie de treinta y ocho años, y de todas formas lo mató. Le recé al santo. Le pedí. No con palabras de rezo aprendido sino con lo que uno tiene adentro cuando tiene miedo de verdad. —Macario hablaba en voz baja, no como quien guarda un secreto sino como quien respeta el peso de lo que dice—. Y de todas formas murió.

—¿Y entonces?

—Y entonces estuve un tiempo sin entrar a la iglesia. No porque le guardara rencor al santo, que eso sería atribuirle intenciones que no tiene. Sino porque no sabía cómo estar frente a él después de eso. Era como no saber qué cara poner.

—¿Y cómo regresó?

—Regresé porque el pueblo necesitaba que alguien abriera la iglesia. Y ese alguien era yo. —Lo dijo sin grandiosidad, como quien describe una razón práctica—. No regresé con una respuesta. Regresé con el trabajo. Y el trabajo me fue trayendo de regreso a lo demás, que es cómo funciona casi todo lo importante: uno no vuelve de golpe, vuelve de a poco, haciendo las cosas que tiene que hacer, y un día se da cuenta de que ya volvió.

Sandra no anotó eso de inmediato. Lo dejó reposar un momento en el aire de la sacristía, que era el aire adecuado para ese tipo de cosas.

—¿Y la duda? ¿Se fue?

—La duda no se va —dijo Macario—. Se queda. Pero cambia de lugar. Al principio estaba en el centro, ocupando todo. Ahora está en una orilla, que es donde creo que le corresponde estar. Presente pero sin mandar.

—¿Y eso le parece bien?

Macario la miró con algo que era la primera vez que Sandra identificaba con claridad en su cara: una mezcla de cansancio y de paz que no eran contradictorios sino complementarios, la mezcla de quien ha cargado algo pesado durante mucho tiempo y ha encontrado la manera de cargarlo sin que lo aplaste.

—Me parece lo que es —dijo—. No elegí la duda ni elegí la fe. Las dos llegaron. Lo que sí elegí es seguir abriendo la iglesia todos los días, que es lo único que está en mis manos. Lo demás no.

Salieron al atrio. El sol de la mañana estaba en ese punto exacto en que la sombra de la cruz de piedra cae perpendicular al suelo, que Macario miraba todos los días a esa hora con la atención de quien lee un reloj que no tiene manecillas pero que funciona de todas formas. Se sentaron en la banca corrida del muro, uno al lado del otro, con la plaza de Oaxtlapilla frente a ellos y el ruido ordinario del pueblo a esa hora: una mujer que llamaba a alguien desde una ventana, un perro que respondía al llamado con ladrido breve e inoportuno, el sonido metálico de algo que Aurelio el herrero hacía en su taller con la regularidad de quien trabaja y no necesita silencio para hacerlo bien.

—Macario —dijo Sandra, después de un rato—. La noche que yo vine a la iglesia. Usted ya estaba en el escalón cuando salí. ¿Cómo supo que estaba ahí?

Macario lo pensó con la honestidad de siempre:

—No lo supe. Me desperté y no pude volver a dormir y vine al atrio. Como a veces pasa.

—¿Y no fue porque sintió que algo ocurrió en la iglesia?

—Puede ser que sí. Puede ser que no. No distingo siempre la diferencia entre lo que siento y lo que pasa. —Lo dijo sin incomodidad, como una limitación que había aceptado hace mucho—. Eso también forma parte de la duda que tengo en la orilla. No sé cuánto de lo que percibo es el santo y cuánto soy yo. Después de muchos años en este lugar, la línea entre las dos cosas se pone borrosa.

—¿Y eso no le inquieta?

—Me inquietaba al principio. Ahora ya no. —Macario miró la cruz de piedra del atrio con la familiaridad de quien mira algo que ha visto todos los días de su vida—. Hay cosas que dejan de inquietar no porque uno les encuentre respuesta sino porque uno aprende a vivir con la pregunta. La pregunta se vuelve parte del paisaje. Como esa cruz. Como la nariz del santo. Como usted, estos días.

Sandra se quedó con la última frase más tiempo del que habría querido admitir. Como usted, estos días. Era la primera vez en trece días que Macario la incluía en el inventario de Oaxtlapilla, en la lista de cosas que estaban ahí y que formaban parte de lo que el pueblo era en ese momento. Era una inclusión pequeña, dicha sin énfasis, y sin embargo Sandra la sintió como algo que pesaba más de lo que su tamaño justificaba.

No lo anotó.

Abundio cruzó la plaza en ese momento con dos costales al hombro, saludó a Macario con un movimiento de cabeza que era el saludo de dos personas que se han visto todos los días durante décadas y que ya no necesitan más ceremonia, y siguió su camino con la parsimonia de quien lleva costales pesados y que ha aprendido que la parsimonia es el único ritmo sostenible para ese tipo de tarea.

—¿Cuántos años lleva usted aquí, Macario? —preguntó Sandra.

—Toda la vida.

—¿Y nunca quiso saber cómo es el mundo de afuera?

—Lo sé. Llega con cada persona que viene. —Macario señaló hacia Sandra con un gesto discreto, no de señalamiento sino de indicación, como quien muestra una evidencia que estaba ahí desde el principio—. Usted me trajo doce días del mundo de afuera. Eso es bastante. No necesito ir.

Sandra no supo si reír o escribirlo. Hizo las dos cosas, en ese orden.

Y Macario, que era un hombre que raramente sonreía dos veces en el mismo día, sonrió por segunda vez esa mañana, que era un récord que en Oaxtlapilla nadie llevaba pero que Sandra habría apostado que no ocurría con frecuencia.

El atrio siguió siendo el atrio. La plaza siguió siendo la plaza. Y San Espiridión, desde su altar, siguió siendo San Espiridión: sin papeles, sin título, sin explicación satisfactoria, y con la nariz en ese punto de siempre que trece días y cuarenta y siete fotografías no habían podido resolver, y que esa mañana, por alguna razón que Sandra prefirió no examinar demasiado de cerca, ya no le parecía el problema principal.

El problema principal, o quizás la pregunta principal, era otra. Y todavía no sabía cómo formularla. Pero la sentía, que era, iba aprendiendo, una forma distinta de saber.

CAPÍTULO 12

Sandra enferma

La casa de Refugio — decimocuarto y decimoquinto día

La enfermedad llegó sin aviso, que es la única manera en que las enfermedades llegan cuando uno está lejos de casa y no tiene con quién repartir la incomodidad. Sandra se despertó el decimocuarto día con la certeza inmediata y desagradable de que algo en su cuerpo había decidido, sin consultarla, tomarse un descanso de todo lo que ella tenía planeado. La cabeza pesaba. La garganta tenía esa textura específica de las gargantas que van a dar problemas. El cuerpo entero comunicaba, con la elocuencia contundente de los cuerpos cuando hablan en serio, que el programa del día había sido cancelado unilateralmente y sin posibilidad de apelación.

Intentó levantarse. El intento fue instructivo.

Se quedó en la cama.

Refugio lo supo antes de que Sandra lo dijera, que en Oaxtlapilla era la manera en que se sabían la mayoría de las cosas que importaban. Apareció en el cuarto a las siete de la mañana con una taza de algo que olía a hierbas y a limón y a la decisión firme de alguien que ha cuidado enfermos toda la vida y que sabe que el enfermo que dice que está bien generalmente es el que peor está.

—Fiebre —dijo Refugio, poniendo la palma de la mano en la frente de Sandra con la eficiencia diagnóstica de quien no necesita termómetro porque lleva décadas usando el instrumento más confiable disponible.

—No es nada grave —dijo Sandra.

—No dije que fuera grave. Dije que es fiebre. —Refugio puso la taza en la silla junto a la cama—. Tómese eso.

—¿Qué es?

—Té de gordolobo con limón y miel. Para la garganta y para el cuerpo. —Refugio la miró con la expresión de quien no está dispuesta a negociar—. Y no me vaya a preguntar si tiene propiedades científicamente verificadas porque me va a hacer perder la paciencia.

Sandra se tomó el té sin más comentarios, que era la respuesta más inteligente disponible.

Pasó el decimocuarto día en el catre con la libreta cerrada y el teléfono con poca carga y sin la postura del periodista que era, al final de cuentas, la postura que había mantenido desde que llegó: la de quien observa, clasifica, anota, busca el ángulo. Sin esa postura, en el cuarto prestado de Refugio con

el gordolobo en el cuerpo y la fiebre haciendo lo que hace la fiebre, Sandra experimentó Oaxtlapilla de una manera completamente diferente.

Escuchó.

No con la atención dirigida de las entrevistas sino con la atención flotante de quien no puede hacer otra cosa. Escuchó las voces de la mañana: Refugio en la cocina, alguien que pasaba por la calle y saludaba sin detenerse, el gallo de alguien que cumplía con su obligación más tarde de lo razonable pero con más convicción que nunca. Escuchó los pasos sobre la tierra apisonada, distintos a los pasos sobre el cemento de la ciudad, con una sonoridad más sorda y más real, como si la tierra registrara el peso de quien pasa de una manera que el cemento no permite. Escuchó el sonido de la iglesia: el chirrido del gozne cuando alguien entraba, el silencio que seguía, el chirrido cuando alguien salía. Tres veces en la mañana. Cinco en la tarde.

Escuchó el pueblo de una manera que en trece días de investigación activa nunca había podido escucharlo, porque investigar es una forma de hablar y escuchar requiere callarse, y Sandra llevaba trece días hablando aunque las palabras fueran preguntas.

Refugio le llevó el almuerzo al cuarto: un caldo de pollo con hierbas que olía a algo que Sandra no supo nombrar pero que su cuerpo reconoció de inmediato como exactamente lo que necesitaba, que es el tipo de reconocimiento que ocurre antes que el pensamiento y que los médicos llaman apetito y que en realidad es algo más antiguo que eso.

—¿Cómo está? —preguntó Refugio, poniendo el tazón en la silla.

—Mejor que esta mañana.

—Claro que está mejor. El gordolobo no falla. —Refugio acomodó la cobija en los bordes del catre con el automatismo de quien ha hecho eso muchas veces con muchas personas—. ¿Pudo dormir?

—Un poco. Escuché el pueblo.

—¿Y qué escuchó?

Sandra lo pensó:

—Que es distinto de adentro que de afuera.

Refugio asintió como si eso fuera exactamente lo que esperaba escuchar:

—Todo es distinto de adentro. El que solo ve desde afuera ve la forma. El que está adentro escucha lo que hay dentro de la forma. —Se sentó en la silla con el tazón todavía en la mano de Sandra—. ¿Ya fue a pedirle al santo?

Sandra la miró:

—No creo.

—Eso no importa para el caldo —dijo Refugio—. Pero la pregunta sigue siendo la pregunta.

Sandra no respondió. La pregunta se quedó instalada en el cuarto con la misma naturalidad con que se instalan las preguntas que no se resuelven sino

que se quedan a vivir, que era exactamente la formulación que Sandra había escrito en su libreta semanas antes sin saber todavía que iba a entenderla de esta manera.

—Refugio —dijo Sandra, después de un momento—. ¿Usted cree que el santo puede curarme la gripa?

Refugio la miró con la expresión de quien recibe una pregunta que tiene dos respuestas posibles y que va a dar la más honesta aunque no sea la más sencilla:

—Creo que el santo puede acompañarla mientras se cura. Que no es lo mismo que curarla, aunque a veces parece lo mismo desde afuera.

—¿Y la diferencia?

—La diferencia es que curarse es cosa del cuerpo. El acompañamiento es cosa de otra parte. Las dos cosas son necesarias. Las dos cosas hacen falta. Pero confundirlas no le hace bien a ninguna de las dos.

Sandra lo anotó mentalmente, porque la libreta seguía cerrada y no tenía ánimo de abrirla. Era una de las distinciones más precisas que había escuchado en dos semanas, y venía de una mujer de ochenta y tantos años que no había estudiado filosofía ni medicina y que hacía el mejor caldo de pollo de la sierra de Oaxaca.

La segunda noche de la enfermedad fue la más difícil. La fiebre subió hacia la madrugada con la puntualidad de las fiebres que se toman en serio su trabajo, y Sandra estuvo un rato despierta en la oscuridad del cuarto con el cuerpo pesado y la cabeza ligera, que es la combinación que produce los pensamientos más honestos porque el cansancio elimina la censura.

Pensó en su reportaje. En las tres versiones que ya sabía que iba a escribir y a borrar. En su editor que quería un ángulo. En Macario y su duda en la orilla. En Tobías y el agua que corre. En Arriaga y los hechos que se mueren si los pones en papel. En la Refugio de la iglesia y la ciencia que explica lo que ya pasó y el santo que acompaña lo que todavía no ha pasado. En la mujer de las gallinas y su *las dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo*, que seguía siendo la frase más filosóficamente sólida de toda la investigación y que había sido dicha desde una caja de cartón agujereada en la batea de una camioneta de redilas.

Pensó en lo que había visto en la iglesia a las tres de la mañana. En la línea que había escrito en la libreta y que no había vuelto a leer.

Y pensó, en la oscuridad del cuarto de Refugio, en algo que no había pensado en catorce días de estar en Oaxtlapilla: en ella misma. En por qué había aceptado este encargo. En qué buscaba realmente debajo del reportaje sobre cultos populares no canonizados. En si la fe que había venido a investigar era solo la de Oaxtlapilla o si había algo más personal en la pregunta que llevaba semanas haciéndoles a todos menos a sí misma.

No llegó a ninguna conclusión. La fiebre no es el mejor estado para las conclusiones. Pero las preguntas se quedaron ahí, en la oscuridad, con la

presencia específica de las cosas que uno ha evitado durante mucho tiempo y que aprovechan el momento en que las defensas están bajas para presentarse sin anuncio.

Refugio apareció a las dos de la mañana con un paño húmedo y otro tazón de algo que Sandra no identificó pero que estaba caliente y que olía a algo que su madre había usado alguna vez, hacía mucho tiempo, en algún lugar que ya no existía de la misma manera en que había existido.

—¿Cómo me supo que estaba despierta? —preguntó Sandra.

—Las tablas del piso —dijo Refugio, acomodando el paño en la frente con la precisión de quien sabe exactamente dónde va—. Este cuarto y el mío están separados por tablas viejas. Cuando alguien está despierto y con fiebre, las tablas se mueven diferente que cuando alguien duerme. No sé explicarlo mejor. Así es.

—¿Y eso es el santo o es la madera?

Refugio la miró con algo que en la penumbra parecía diversión:

—Son las tablas, señorita Sandra. No todo es el santo. A veces son las tablas.

—¿Cómo sabe cuándo es uno y cuándo es el otro?

Refugio pensó un momento, con el paño todavía en la frente de Sandra:

—Cuando hay explicación, es lo que tiene explicación. Cuando no la hay, uno se pregunta. Y si después de preguntarse no llega a nada, ahí empieza la conversación con el santo. Que no es un método muy científico, lo sé. Pero en ochenta años me ha funcionado mejor que el otro.

—¿Y el otro?

—El de buscar explicación para todo. Ese cansa más y resuelve menos. — Refugio se levantó con la facilidad de los cuerpos que han hecho el mismo movimiento tantas veces que el esfuerzo ya no registra—. Duérmase. Mañana ya va a estar mejor.

—¿Cómo sabe?

—Porque la fiebre que sube en la madrugada baja antes del amanecer. Eso sí es ciencia. Lo aprendí de mi madre y mi madre lo aprendió de la suya. Tres generaciones de fiebres no mienten.

Sandra sonrió en la oscuridad, que era la primera vez que sonreía en todo el día y que le costó menos esfuerzo del que habría pensado.

La fiebre bajó antes del amanecer, como Refugio había dicho. Sandra se despertó el decimoquinto día con el cuerpo menos pesado y la cabeza más clara y esa sensación específica de la convalecencia que es una forma menor de renacimiento: el mundo tiene los mismos colores de siempre pero parece recién lavado, como si la enfermedad se hubiera llevado también algo que uno no sabía que cargaba.

Refugio entró con el desayuno sin preguntar si tenía hambre, porque era evidente que tenía hambre y porque en la casa de Refugio las preguntas innecesarias no eran parte del trato.

—Ya tiene mejor cara —dijo Refugio, poniendo el plato en la silla.

—Me siento mejor.

—Claro que se siente mejor. Ya le dije que iba a estar mejor.

—¿Y si no hubiera estado mejor?

Refugio la miró:

—Entonces habría mandado a buscar al médico del distrito. No soy necia. El gordolobo cura lo que puede curar y el médico cura lo que puede curar y a veces se necesitan los dos y a veces alcanza con uno. —Se sentó en la orilla del catre con la comodidad de quien ya no necesita permiso para sentarse donde quiere—. Como el santo y el médico. Como la ciencia y la fe. En este pueblo esas cosas no pelean entre sí. Conviven. La pelea la inventan los de afuera.

Sandra lo anotó. Era el primer apunte en la libreta en dos días y lo escribió despacio, con la caligrafía de la convalecencia que es más cuidadosa que la de la salud porque el cuerpo todavía no ha recuperado la velocidad y esa lentitud le hace un favor a las palabras.

—Refugio —dijo, cuando terminó de escribir—. La pregunta que me hizo ayer. Lo del santo. ¿La pregunta sigue en pie?

Refugio la miró:

—La pregunta siempre sigue en pie. Es usted la que decide si le hace caso o no.

Sandra miró la ventana, por donde entraba la luz de la mañana de Oaxtlapilla con esa calidad específica de la luz de sierra que no tiene prisa en ninguna dirección y que ilumina las cosas con la democracia tranquila del sol que no distingue entre lo que merece luz y lo que no la merece.

—¿Y si voy y no pasa nada?

—Siempre pasa algo —dijo Refugio, con la sencillez con que decía las cosas que sabía de verdad—. El que dice que no pasó nada es porque no estaba atendiendo. O porque lo que pasó no era lo que esperaba y no supo reconocerlo.

Sandra desayunó en silencio. La ventana. La luz. El ruido ordinario de Oaxtlapilla empezando su mañana con la puntualidad de los lugares que no necesitan alarma porque llevan siglos despertando solos.

La pregunta de Refugio se quedó instalada en algún lugar entre el desayuno y la libreta, en ese territorio intermedio donde las preguntas que no se resuelven pero tampoco se van encuentran su residencia permanente.

Y Sandra, que llevaba dos días sin ser periodista por la sencilla razón de que el cuerpo no le había dado opción, descubrió que no echar de menos la

postura era también una forma de información. Quizás la más honesta de todas las que había recopilado en quince días.

CAPÍTULO 13

El artículo imposible

La habitación prestada — decimosexto día

La convalecencia terminó y la libreta volvió a abrirse, que eran dos eventos relacionados aunque Sandra no lo habría admitido en voz alta. El decimosexto día amaneció con ella sentada en la silla del cuarto de Refugio, con la computadora sobre la mesa, el café humeando a la izquierda y las notas de quince días a la derecha, dispuesta a escribir el reportaje que había ido a escribir y que a estas alturas tenía la forma de una obligación más que de una vocación, que era una distinción que Sandra notó y que prefirió no examinar demasiado de cerca porque examinarla requería responder preguntas para las que todavía no tenía respuesta.

Tenía todo el material. Eso al menos era cierto e incontestable. Tenía los testimonios de Abundio, de Consuelo, de Perpetua, del herrero, de la partera, del anciano de la cabra, de Concha del lavadero, de la mujer de las gallinas. Tenía la entrevista con Macario en la sacristía y la conversación en el atrio. Tenía a Tobías con su escepticismo funcional invertido y su agua que corre. Tenía a Arriaga con sus hechos que se mueren si los pones en papel. Tenía al doctor Fuentes con su caso que no se cierra y su mapa que no cubre todo el territorio. Tenía cuarenta y siete fotografías de una nariz que seguía sin revelar nada definitivo. Tenía la historia de los hombres que no pudieron mover la imagen. Tenía el caso de Valentina Corrales. Tenía la fiebre de Refugio y las tablas del piso y el caldo de pollo con hierbas y el gordolobo que no fallaba.

Tenía todo. Lo que no tenía era una conclusión.

Abrió un documento en blanco. Lo miró durante un momento. Escribió: *San Espiridión el Jarioso: fe, milagro y comunidad en la sierra de Oaxaca*. Lo leyó. Era un título perfectamente aceptable para un reportaje perfectamente aceptable que no tenía nada que ver con lo que había ocurrido en quince días en Oaxtlapilla. Lo borró.

Escribió la primera versión.

Era escéptica y pintoresca: el culto como curiosidad antropológica, el pueblo como reliquia del México profundo que la modernidad no había alcanzado todavía, San Espiridión como expresión de la necesidad humana de darle nombre a lo que no se entiende. Era una lectura que tenía su lógica, que estaba bien escrita, que su editor habría recibido con satisfacción moderada y que los lectores del semanario habrían consumido con el interés distante con que se consume todo lo que confirma lo que ya se creía. Era, en resumen, el reportaje que Sandra habría escrito si no hubiera ido a Oaxtlapilla sino que

hubiera investigado el tema desde su escritorio en la ciudad con los mismos libros y los mismos prejuicios de siempre.

Lo leyó completo. Lo borró.

Escribió la segunda versión.

Esta intentaba ser neutral: exponía los hechos sin juzgarlos, presentaba los testimonios sin comentarlos, dejaba que el lector decidiera. Era el tipo de reportaje que en las escuelas de periodismo se enseña como modelo de objetividad y que en la práctica funciona como una forma sofisticada de lavarse las manos. Sandra lo releyó con la incomodidad creciente de quien reconoce en su propio texto algo que no le gusta: esa supuesta neutralidad era otra forma de condescendencia. Tratar la fe de toda una comunidad como un experimento a distancia, como algo que se observa desde el otro lado del vidrio sin comprometerse con nada, sin arriesgar nada, sin poner en juego ninguna de las preguntas que quince días en ese pueblo le habían instalado en lugares donde las preguntas no se resuelven sino que se quedan a vivir.

Lo borró también.

Se levantó. Caminó al patio de la casa de Refugio, que era un patio pequeño con una higuera al centro y macetas en el borde y el gato de Perpetua Salomé, que había decidido ese día que el patio de Refugio era un lugar igualmente válido para dormir que el quicio de su propia casa, durmiendo bajo la higuera con la inmovilidad de siempre. Sandra lo miró. El gato no la miró. Esa era la relación que tenían.

Regresó al cuarto. Se sentó. Abrió la tercera versión.

Esta empezó a escribirse sola, en un tono que Sandra no reconoció del todo como suyo. No era el tono del reportaje objetivo ni el del análisis condescendiente. Era un tono más cercano al de alguien que cuenta algo que le pasó, con la honestidad específica de quien sabe que contar algo que le pasó es más arriesgado que analizar algo que le pasó a otros, porque lo primero requiere ponerse en el texto y lo segundo permite quedarse fuera.

Escribió sobre el viaje en la camioneta del Beto. Escribió sobre la nariz y las cuarenta y siete fotografías que no resolvían nada. Escribió sobre Macario y sus frases que eran demasiado buenas para ser espontáneas y que eran espontáneas de todas formas. Escribió sobre Tobías y el agua que corre. Escribió sobre Arriaga y los hechos que se mueren. Escribió sobre Refugio y las tablas del piso y el gordolobo y la distinción entre curar y acompañar.

Llegó a la mitad y se detuvo.

No porque no supiera cómo seguir. Sino porque lo que venía era lo que no sabía cómo poner en papel sin que se muriera, que era exactamente lo que Arriaga le había advertido. Lo que venía era la madrugada en la iglesia. La línea en la libreta. La pregunta de Refugio que se había quedado a vivir. La frase de Macario en el atrio: *como usted, estos días*. La sensación entre la escuela y la casa, el agua que corre en lugar del agua quieta.

Todo eso era verdad. Todo eso había ocurrido. Y todo eso, puesto en papel, corría el riesgo de convertirse en otra cosa: en anécdota, en color local, en la periodista que se dejó llevar por el ambiente, en la historia de una mujer que fue a investigar un milagro y terminó creyendo en él, que era el tipo de historia que en las redacciones de los semanarios se llama *girarse* y que es una de las peores cosas que le puede pasar a un periodista que se toma en serio.

Escribió en su libreta, al lado de la computadora: *No sé si lo que me falta es valor o fe. O si son la misma cosa con distinto nombre.*

Lo miró durante un rato largo.

No lo tachó. Pero tampoco lo puso en la computadora.

Refugio entró al cuarto a las dos de la tarde con un plato de arroz y frijoles que puso en la mesa sin preguntar si Sandra tenía hambre, porque Sandra siempre tenía hambre a las dos de la tarde aunque no lo supiera todavía, y porque en la casa de Refugio las necesidades del cuerpo no esperaban a que el cuerpo las anunciara.

—¿Cómo va el artículo? —preguntó Refugio, mirando la pantalla de la computadora que tenía el cursor parpadeando en la mitad de un texto que no terminaba de ser lo que tenía que ser.

—Va a medias.

—¿Y la otra mitad?

—No sé cómo escribirla.

Refugio miró la pantalla un momento más, con la expresión de quien evalúa algo que está fuera de su área de especialidad pero que reconoce de todas formas:

—¿Y tiene que escribirla?

Sandra la miró:

—Es mi trabajo.

—Sí. Pero a veces el trabajo pide cosas que uno no puede dar todavía. —Refugio se sentó en la silla con la comodidad de siempre—. Cuando yo no sé cómo hacer algo, dejo de intentarlo un rato y hago otra cosa. Y luego regreso. Y casi siempre ya sé.

—Eso funciona para el tejido o para la cocina —dijo Sandra—. Para un reportaje con fecha de entrega funciona menos.

—¿Cuándo es la fecha?

—La semana que entra.

—Entonces tiene tiempo. —Refugio señaló el plato—. Coma primero. El artículo no va a ningún lado mientras usted come.

Sandra comió. El arroz y los frijoles de Refugio tenían, como todo lo que Refugio hacía, esa calidad de lo que está bien hecho sin que nadie lo anuncie,

sin adornos ni pretensiones, con la honestidad de los sabores que no necesitan justificarse.

—Refugio —dijo Sandra, entre cucharadas—. ¿Usted cree que yo puedo escribir sobre Oaxtlapilla sin haberlo entendido?

Refugio lo consideró:

—No creo que nadie entienda Oaxtlapilla del todo. Ni los que vivimos aquí. —Hizo una pausa—. Pero hay una diferencia entre escribir sobre algo que no se entiende y escribir sobre algo que no se ha intentado entender. Usted lo intentó. Eso ya es otra cosa.

—¿Y si lo que escribo no hace justicia a lo que vi?

—Entonces lo que escriba será lo que pueda escribir ahora. Y quizás en otro momento pueda escribir más. Las cosas no se escriben todas de una vez. Así como no se entienden todas de una vez.

Sandra terminó el arroz. Miró la pantalla. El cursor seguía parpadeando en la mitad del texto como un pequeño faro en un mar que no sabía todavía a qué costa quería llegar.

Por la tarde intentó la cuarta versión. Esta no la borró ni la terminó: la dejó a la mitad, en el punto exacto donde el texto le pedía que pusiera algo que todavía no sabía cómo poner, y guardó el archivo con un nombre provisional que era, en realidad, una descripción del problema: *versión_incompleta_oaxtlapilla.doc*.

Llamó a su editor.

—¿Cómo va? —dijo él, con el tono de los editores en la semana anterior al cierre, que era un tono entre la pregunta y la advertencia.

—Va —dijo Sandra, que era la respuesta más honesta disponible.

—¿Va bien o va a medias?

—Va a medias bien.

—Eso no me dice cuándo llega.

—El jueves —dijo Sandra, eligiendo el jueves porque era el día que le quedaba más lejos sin ser mentira total.

—El miércoles —dijo el editor.

—El jueves a las nueve de la mañana.

Hubo una pausa:

—¿Qué contraste?

Sandra miró la pantalla con el archivo de nombre provisional:

—Algo que no sé bien cómo poner en un reportaje todavía.

—¿Es bueno?

—Depende de para qué.

—Para el semanario.

—Para el semanario es complicado. Para otra cosa podría ser muy bueno.

—Tenemos semanario, Sandra. No otra cosa.

—Ya sé. Por eso te llamo el jueves a las nueve.

Colgó. Miró el archivo. Lo abrió. Lo cerró. Lo abrió de nuevo y lo leyó desde el principio con la distancia que da releerlo después de un rato, que no era suficiente distancia pero era la única disponible.

El texto era bueno. Eso al menos era cierto: estaba bien escrito, tenía ritmo, tenía los personajes bien dibujados, tenía los testimonios justos. Lo que no tenía era lo que tenía Oaxtlapilla: esa presencia que se percibía sin que nadie la anunciara, ese algo que estaba en todos lados y que no se dejaba reducir a ninguna categoría cómoda.

Escribió en la libreta, debajo de la frase anterior: *El reportaje puede contar lo que vi. No puede contar lo que sentí. Y lo que sentí es la mitad del asunto. Quizás la mitad más importante.*

Luego escribió: *¿Y si ese es el punto? ¿Y si el reportaje que puedo escribir es exactamente el que describe por qué no puedo escribir el reportaje completo?*

Lo miró. Era una idea. No era una solución. Pero era la primera idea en tres versiones borradas que no le parecía completamente deshonestas.

Afuera, Oaxtlapilla hacía lo que hacía siempre a esa hora de la tarde: iba cerrando el día con la eficiencia tranquila de quien ha cerrado muchos días y sabe que mañana hay otro y que ese también se cerrará. El gato de Perpetua Salomé había regresado a su propio quicio, o quizás era otro gato, porque los gatos tordillos en la sierra de Oaxaca tienen entre sí una semejanza que no invita a distinciones precisas. Macario barría el atrio. Abundio bajaba la cortina metálica de la tienda con el ruido específico de las cortinas metálicas que llevan décadas haciendo el mismo ruido y que ya forman parte del paisaje sonoro del lugar como el gallo o las campanas.

Sandra cerró la computadora. Tomó la libreta. La abrió en la página donde había escrito la última frase y la leyó una vez más.

Luego la cerró.

Y se quedó sentada en la silla del cuarto prestado de Refugio, en ese pueblo de la sierra de Oaxaca que no tenía letrero y que no aparecía en ningún registro eclesiástico y que funcionaba de todas formas con una coherencia que tres versiones borradas no habían podido capturar, pensando en que quizás el artículo imposible no era imposible porque le faltara información sino porque le sobraba honestidad, y que esa era una clase de problema que ninguna fecha de entrega del mundo iba a resolver por ella.

La campana de la iglesia sonó a las seis. Una vez. Seca y clara y sin comentarios adicionales, como todo en Oaxtlapilla.

Sandra la escuchó.

Y por primera vez en dieciséis días, en lugar de anotar lo que escuchaba, simplemente lo escuchó.

CAPÍTULO 14

La pregunta de la niña

Plaza central — decimoséptimo día

Valentina Corrales tenía once años y la indiferencia específica de los once años ante todo lo que no sea exactamente lo que uno quiere estar haciendo en ese momento, que en su caso era jugar con una pelota de hule en la plaza y no hablar con una periodista de la ciudad que tenía una libreta y una cara de querer entender cosas que Valentina consideraba, con la evaluación directa de los once años, perfectamente comprensibles.

Sandra la había visto pasar varias veces por la plaza sin saber que era ella. Fue Tobías quien se lo dijo esa mañana, cuando Sandra le comentó que todavía no había hablado con la niña del corazón:

—La de la pelota roja —dijo Tobías, señalando hacia la plaza con el discreto movimiento de cabeza que en Oaxtlapilla funcionaba como señalamiento sin ser señalamiento—. La que siempre está por las mañanas jugando sola antes de que lleguen las demás.

Sandra la miró desde lejos un momento. Era una niña ordinaria: pants azul, tenis blancos con una raya de lodo en el talón izquierdo, el pelo en dos trenzas que habían empezado el día bien amarradas y que la actividad de la mañana había ido aflojando hasta ese estado intermedio en que las trenzas ya no son trenzas pero tampoco son pelo suelto. Jugaba con la pelota contra la pared de la presidencia municipal, que era la pared más lisa de la plaza y que los niños de Oaxtlapilla habían elegido, con el pragmatismo de los niños que no tienen cancha pero sí pared, como superficie oficial de rebote de todo lo que necesitara rebotar.

Sandra se acercó con la libreta bajo el brazo, en el gesto de quien no quiere parecer que va a una entrevista aunque va a una entrevista.

—¿Valentina?

La niña no dejó de patear la pelota:

—Sí.

—Me llamo Sandra. Soy periodista. ¿Puedo platicarte un momento?

Valentina la evaluó con la mirada de los once años que no tiene filtros sociales todavía y que dice exactamente lo que piensa aunque no lo diga en palabras:

—¿Con permiso de mi mamá?

—Si quieres sí.

—Es que mi mamá dijo que si alguien me preguntaba sobre lo del corazón tenía que estar ella.

—Entonces vamos a buscarla.

La mamá de Valentina, que se llamaba Dolores y que tenía la cara de alguien que ha vivido con una preocupación durante años y que no acaba de soltar la

preocupación aunque la razón de ella ya no esté, recibió a Sandra en la entrada de su casa con la evaluación rápida que las madres de Oaxtlapilla parecían compartir como rasgo colectivo y que consistía en mirarte de arriba abajo sin disimulo y decidir en tres segundos si eras de confiar. Sandra pasó la evaluación, o al menos pasó lo suficiente, porque Dolores la dejó entrar y dijo que podía hablar con Valentina pero que ella iba a estar presente, doblando ropa en la silla del rincón, que era la posición que le permitía escuchar todo sin parecer que estaba escuchando todo.

Se sentaron en la sala. Valentina en el sillón de enfrente, con la pelota roja en el regazo que apretaba y soltaba con la regularidad de alguien que necesita tener algo en las manos para concentrarse en algo más. Sandra en la silla. Dolores en el rincón con la ropa.

—Te quiero preguntar sobre cuando eras chica —dijo Sandra—. Cuando tenías siete años.

—Sé lo que me pasó —dijo Valentina, con la precisión de quien ha escuchado el relato suficientes veces para saber que le pertenece aunque no lo recuerde—. Me lo contaron.

—¿Qué te contaron?

—Que tenía algo en el corazón. Que me llevaron con el médico y que tenía algo malo. Que luego mi mamá me trajo a rezarle al santo y que después ya no tenía nada.

—¿Y tú qué crees que pasó?

Valentina apretó la pelota y la soltó:

—Que el santo me curó.

—¿Y si fue el médico?

Valentina lo pensó un segundo. No con la profundidad de quien enfrenta una pregunta difícil sino con la ligereza de quien enfrenta una pregunta que técnicamente es interesante pero que no le quita el sueño:

—Puede ser los dos.

Sandra lo anotó. Era la misma respuesta que la mujer de las gallinas, dicha con la misma naturalidad, sin el aparato filosófico de Tobías ni la precisión teológica de Arriaga ni la sabiduría acumulada de Refugio. Solo una niña de once años con una pelota roja y dos trenzas que se estaban deshaciendo solas.

—¿Y no te preguntas cuál de los dos fue?

Valentina la miró con la expresión de quien acaba de recibir una pregunta que no entiende del todo por qué se hace:

—¿Para qué?

—Para saber.

—Ya sé lo que sé —dijo Valentina—. Estaba enferma y ahora no estoy enferma. Lo demás es lo que dicen los grandes.

Desde el rincón, Dolores no levantó la vista de la ropa pero Sandra vio que dejaba de doblar por un momento, que era la señal de que estaba escuchando con una atención que la ropa no merecía.

—¿Le tienes devoción a San Espiridión? —preguntó Sandra.

—Le voy a rezar cuando me case —dijo Valentina, con la seriedad de quien tiene un plan.

—¿Cuándo te cases?

—Mi abuela dice que hay que pedirle al santo para el marido con tiempo. Que los santos buenos tardan en responder y que hay que empezar antes.

Sandra tuvo que hacer el esfuerzo de siempre para no sonreír:

—¿Y ya tienes idea de qué tipo de marido quieres?

Valentina lo pensó con la concentración de los once años que se toman en serio las preguntas sobre el futuro:

—Que no sea flojo. Y que le gusten los perros. Yo quiero tener un perro pero mi mamá no me deja.

—Los perros dan mucho trabajo —dijo Dolores, desde el rincón, sin levantar la vista.

—Todo da trabajo —dijo Valentina, con la filosofía específica de los once años que tienen la razón y lo saben.

Sandra los anotó a los dos. Era el mejor intercambio costumbrista que había presenciado en diecisiete días y lo había provocado una pregunta sobre devoción religiosa, que era exactamente el tipo de cosa que en Oaxtlapilla ocurría con una regularidad que Sandra ya había dejado de intentar clasificar.

—Valentina —dijo Sandra, volviendo al tema—. ¿Recuerdas haber estado enferma?

—No. Era muy chica.

—¿Y te da miedo que pueda volver?

La niña la miró con una expresión que no era exactamente de sorpresa sino de algo más interesante: la expresión de quien considera una posibilidad que existe pero que ha decidido, de manera bastante consciente para once años, no habitarla:

—No. Si vuelve, vamos de nuevo con el santo.

—¿Y si el santo no responde?

Valentina apretó la pelota:

—Pues ya. Pero primero hay que intentarlo.

Desde el rincón, Dolores había dejado definitivamente la ropa en el regazo y miraba a su hija con la expresión que tienen las madres cuando descubren que sus hijos han llegado a una sabiduría que ellas todavía no terminan de alcanzar. Era una expresión de orgullo mezclado con algo que se parecía al

alivio, como si la respuesta de Valentina resolviera, sin pretenderlo, algo que Dolores había estado cargando en silencio.

—¿Tu mamá te llevó a rezar antes o después de ir al médico? —preguntó Sandra.

Valentina miró a su madre:

—¿Antes o después, mamá?

—Después —dijo Dolores—. Fuimos al médico primero. El médico dijo lo que dijo. Y yo no sabía qué más hacer. Entonces fui con el santo.

—¿Y en qué orden cree usted que funcionó? —le preguntó Sandra a Dolores directamente, que era la pregunta que había guardado para el momento en que la madre hablara.

Dolores la miró durante un momento con la evaluación de los tres segundos que usaba con todo el mundo, pero esta vez más lenta, como si la pregunta requiriera una versión extendida del proceso:

—Creo que el médico vio lo que había. Y creo que el santo se ocupó de que dejara de haber. No sé en qué orden trabajan entre ellos. Eso no es asunto mío.

—¿Y no le preocupa no saber?

—Lo que me preocupaba era mi hija. Mi hija está bien. Lo demás —dijo Dolores, con el gesto que en Oaxtlapilla ya era familiar para Sandra, ese gesto que abarcaba todo lo que estaba fuera del alcance inmediato y que no valía la pena seguir discutiendo— es para los que no tienen otra cosa en qué pensar.

Sandra anotó. Valentina había aprovechado la conversación de las adultas para ponerse de pie y rebotar la pelota en el piso de la sala con la discreción relativa de los niños que saben que no deberían pero que calculan que si lo hacen despacio y en silencio nadie va a decir nada.

Dolores dijo algo sin levantar la vista.

Valentina dejó de rebotar la pelota.

—Una última pregunta —dijo Sandra, guardando la libreta—. Valentina. Si alguien te preguntara qué fue lo que te curó, ¿qué les dirías?

Valentina consideró la pregunta con la seriedad de quien sabe que es la pregunta importante de la conversación y que merece la respuesta correcta:

—Les diría que no sé, pero que estoy bien. Y que si quieren saber más vayan a preguntarle al santo, que él sí sabe.

Sandra cerró la libreta.

Era la respuesta más filosóficamente perfecta que había escuchado en diecisiete días. No excluía la medicina. No excluía el milagro. Reconocía honestamente la propia ignorancia. Y remitía al único informante que, en efecto, podría tener la respuesta completa aunque no la fuera a dar en formato verificable.

Hume, pensó Sandra mientras se despedía de Dolores en la puerta, no habría encontrado esa respuesta cómoda. Pero Hume tampoco había estado enfermo a los siete años en un pueblo de la sierra de Oaxaca con una madre que no sabía qué más hacer y un santo que llevaba doscientos años atendiendo exactamente ese tipo de situación.

Caminó de regreso a la plaza. Valentina ya había regresado a su pared y a su pelota roja y a sus trenzas que terminaron de deshacerse en algún punto de la conversación sin que nadie lo notara. Rebotaba la pelota con el ritmo concentrado de los niños que están en lo suyo y que no necesitan audiencia para estarlo.

Sandra se sentó en la banca de la plaza, que era la banca donde Macario había estado sentado el primer día cuando la acompañó a la casa de Refugio, la banca desde la que se veía la iglesia y el atrio y la cruz de piedra y todo lo que en diecisiete días había llegado a ser el paisaje más familiar que Sandra recordaba haber tenido en mucho tiempo en un lugar que no era el suyo.

Pensó en Valentina. En su *puede ser los dos*. En su *pues ya, pero primero hay que intentarlo*. En su remisión final al santo como único informante con acceso a la respuesta completa.

Pensó en que esa niña, sin haber estudiado filosofía ni medicina ni periodismo ni nada que se le pareciera, había resuelto en tres respuestas lo que Sandra llevaba diecisiete días intentando resolver con todo su aparato metodológico y sus cuarenta y siete fotografías y sus tres versiones borradas.

No lo había resuelto de la manera en que Sandra esperaba que se resolviera. Lo había resuelto de la única manera en que se podía resolver: aceptando que había partes que no se sabían y que eso no impedía estar bien.

Sacó la libreta. La abrió. Y escribió, en letra grande, sin tachar, sin encerrar en rectángulo, sin calificativo de ningún tipo:

Valentina Corrales: once años. Estuvo enferma del corazón. Ya no está enferma. No sabe por qué. Está bien.

Lo miró. Era la entrada más corta de toda la libreta. Era también, reconoció con la incomodidad específica de los reconocimientos que llegan tarde, la más completa.

Cerró la libreta.

La pelota de Valentina rebotó en la pared de la presidencia municipal con el sonido seco y regular de las cosas que se repiten sin necesidad de que nadie las entienda para que sigan siendo reales.

Y Sandra se quedó sentada en la banca, con la libreta cerrada en las manos y el sol de la tarde de Oaxtlapilla en la cara, pensando que mañana era el decimoctavo día y que el decimoctavo día había decidido, desde hacía dos días sin decírselo todavía a nadie, que iba a hacer algo que no había planeado hacer cuando llegó y que sin embargo era, en este momento, lo único que tenía sentido hacer antes de irse.

CAPÍTULO 15

Lo que Sandra vio

La iglesia de Oaxtlapilla — decimoctavo día, amanecer

Sandra no durmió bien esa noche, que era diferente a no dormir. No dormir bien es un accidente. Lo que le ocurrió a Sandra esa noche fue algo más deliberado: un estado de vigilia ligera en el que el sueño llegaba y se iba sin terminar de instalarse, como visita que toca y no entra y vuelve a tocar y sigue sin entrar, mientras afuera la sierra hacía lo que hace la sierra de madrugada, que es existir con una intensidad que de día no se nota porque el ruido del mundo la tapa.

Se levantó antes del alba.

No se vistió con el cuidado de la primera vez, cuando había salido con linterna y libreta y el sigilo de quien no quiere despertar a nadie. Esta vez se puso los zapatos directamente sobre el pijama, tomó la chamarra que colgaba en el respaldo de la silla, y salió al frío de la calle con la simplicidad de quien va a un lugar que ya conoce y que no necesita prepararse para él.

La calle estaba en esa oscuridad previa al amanecer que no es noche completa sino el momento en que la noche empieza a recordar que tiene límites. El aire olía a tierra y a madera quemada, el olor de siempre, el olor de Oaxtlapilla de madrugada que Sandra ya reconocía como propio sin haber decidido cuándo ocurrió ese reconocimiento.

Refugio estaba en la cocina cuando Sandra pasó por el corredor. La luz de la cocina era la única encendida en la casa y Sandra no se detuvo pero escuchó el sonido del comal y el olor del café de olla que ya estaba al fuego, porque en la casa de Refugio el café no esperaba a que nadie se lo pidiera sino que estaba listo para cuando fuera necesario, que era la única manera sensata de tener café en una casa donde la gente podía necesitarlo a cualquier hora.

—Ya regreso —dijo Sandra, desde el corredor.

—Aquí estoy —dijo Refugio, desde la cocina, sin más.

La puerta de la iglesia estaba entornada, como siempre.

Entró.

El interior olía a copal y a vela consumida y a ese otro olor sin nombre que tienen las iglesias antiguas, el olor del tiempo acumulado en la piedra y en la madera, el olor de todo lo que había ocurrido en ese espacio durante doscientos años y que no estaba en ningún libro pero que seguía ahí, en el aire, disponible para quien llegara con la disposición de percibirlo.

Las dos veladoras del altar estaban encendidas. La misma luz tenue e inconstante que hacía que las sombras se movieran levemente cuando el aire se movía, que en una iglesia cerrada de madrugada era suficiente para que todo tuviera esa calidad de lo que está entre dos estados: entre lo quieto y lo vivo, entre lo material y lo que la materia apenas alcanza a contener.

Sandra caminó hacia el altar sin apresurarse.

No sacó el teléfono. No abrió la libreta. No preparó ninguna pregunta ni ningún ángulo ni ninguna estrategia de ningún tipo. Se quedó parada frente a la imagen con las manos en los bolsillos de la chamarra y el frío de la madrugada todavía en la cara, mirando al santo con la misma atención sin propósito con que se mira el fuego o el agua o cualquier cosa que existe sin necesitar que uno le encuentre significado para seguir existiendo.

Lo miró durante un tiempo que no supo medir.

Y entonces ocurrió algo.

No un prodigio. No la segunda vez tampoco, porque estas cosas, cuando son reales, no escalan hacia la espectacularidad sino que se repiten con la misma modestia de la primera vez, que es parte de lo que las hace difíciles de descartar. Algo mucho más pequeño que un prodigio y mucho más difícil de ignorar que uno. Algo que en otro lugar y en otro momento y con otra disposición habría pasado sin dejar registro, pero que esa mañana, en esa iglesia, con diecisiete días de Oaxtlapilla en el cuerpo y la pregunta de Refugio instalada en el lugar donde las preguntas se quedan a vivir, no pasó sin dejar registro.

Sandra lo vio.

No había nadie más en la iglesia. No había testigo. No había nadie a quien preguntarle si también lo había visto, lo cual era, lo reconoció con una ironía que esta vez no le resultó incómoda sino simplemente exacta, la misma estructura de todos los milagros que le habían contado en diecisiete días: el momento central siempre sin testigo directo, siempre en ese espacio donde la verificación no llega y donde la única evidencia disponible es la de quien estuvo ahí.

Ella había estado ahí.

Sacó la libreta del bolsillo de la chamarra. Escribió una línea. Una sola. No la misma que había escrito la primera vez, o quizás sí era la misma, o quizás era imposible saber si era la misma o una diferente porque las cosas que se escriben en ese tipo de momentos no tienen segunda versión con la que compararse.

El lector no la leerá.

Cerró la libreta. La guardó.

Se quedó un momento más frente a la imagen, sin hacer nada en particular, sin esperar nada en particular, en el estado que Refugio habría llamado acompañar y que Sandra todavía no sabía nombrar con su propio vocabulario pero que reconocía como algo que no había tenido cuando llegó y que tenía ahora, con la misma certeza práctica con que se reconoce el frío o el hambre o cualquier otra condición que no necesita que uno la analice para existir.

Luego se volvió y caminó hacia la puerta.

Macario estaba sentado en el escalón del atrio.

La misma camisa de cuadros. Las mismas manos sobre las rodillas. La misma postura de quien no está esperando nada específico porque lo que tiene que llegar ya sabe solo cuándo llegar. El amanecer empezaba a filtrarse entre los cerros con esa lentitud específica de los amaneceres de sierra que no tienen prisa porque saben que el día que traen es suficientemente largo para todo lo que tiene que ocurrir en él.

Sandra se sentó a su lado en el escalón.

Ninguno dijo nada durante un rato. Era el silencio de las personas que ya no necesitan hablar para comunicar lo que están comunicando, que era exactamente el tipo de silencio que Sandra no había sabido tener con nadie en Oaxtlapilla cuando llegó y que ahora llegaba solo, sin esfuerzo, como todas las cosas que se aprenden sin que nadie las enseñe.

El amanecer avanzó.

En algún lugar del pueblo un gallo cumplió con su obligación, tardío como siempre pero con una convicción que compensaba el retraso. Un perro le respondió desde otra dirección con el ladrido breve de quien no tiene energía para más a esa hora. El viento entre los encinos del camino hacia la casa de Arriaga hizo el sonido que hacía el viento entre los encinos, que era un sonido que Sandra había aprendido a reconocer en dieciocho días sin haberlo buscado, el tipo de aprendizaje que ocurre solo cuando uno está en un lugar el tiempo suficiente para que el lugar entre sin permiso.

—¿Siempre pasa algo? —preguntó Sandra, finalmente.

Macario no respondió de inmediato. Miró hacia los cerros donde la luz empezaba a separar el horizonte del cielo con esa precisión suave que tiene el amanecer cuando no hay nubes y la sierra está en paz.

—Siempre pasa algo —dijo—. No siempre se puede escribir.

Sandra asintió.

Era la respuesta que esperaba. Era también la respuesta que necesitaba, no porque le resolviera nada sino porque le confirmaba que lo que había ocurrido adentro tenía el mismo estatuto que lo que había ocurrido adentro para todos los que le habían contado sus milagros en diecisiete días: real para quien lo vivió, indescriptible para quien no estuvo, y completamente fuera del alcance de cualquier método que requiriera testigo distinto del propio.

Se ajustó la chamarra. Se puso de pie.

—Me voy hoy —dijo.

—Ya sé —dijo Macario.

—¿Cómo sabe?

—Porque la camioneta del Beto sale a las nueve y usted tiene cara de las nueve.

Sandra no supo si reírse o anotarlo. Como siempre en Oaxtlapilla, hizo las dos cosas, en ese orden.

—Macario —dijo, antes de bajar el escalón—. Gracias.

Macario la miró con la expresión de quien recibe algo que no estaba esperando y que no sabe bien cómo manejar, que era la primera vez en dieciocho días que Sandra le veía esa expresión:

—¿Por qué?

—Por las respuestas.

—No le di muchas respuestas.

—Me dio las que tenía. —Sandra se acomodó la mochila en el hombro—. Y las que no tenía también. Que a veces son las más útiles.

Macario asintió con algo que no era exactamente una sonrisa pero que se le parecía en los ojos, que era el lugar donde Macario guardaba todo lo que su cara no terminaba de mostrar.

—Venga cuando quiera —dijo—. Aquí estamos.

Sandra bajó el escalón del atrio. Caminó hacia la plaza donde la camioneta del Beto esperaba a las nueve con la parsimonia de siempre. Pasó frente a la tienda de Abundio, que todavía no había abierto pero en cuya puerta había ya una cubeta de agua y una escoba esperando el momento en que Abundio saliera a hacer lo que hacía cada mañana, que era lo que había hecho cada mañana desde hacía cuántos años y que seguiría haciendo cada mañana los que le quedaban, sin que ningún reportaje del semanario La Plana Mayor cambiara nada de eso.

Pasó frente a la escuela del maestro Tobías, en cuya ventana había una luz encendida que significaba que Tobías ya estaba adentro preparando la clase del día, explicando fracciones de tres maneras distintas a niños que estaban en su propio mundo, que era un mundo perfectamente coherente pero que no incluía las fracciones.

Pasó frente a la casa de Perpetua Salomé, en cuyo quicio el gato tordillo dormía con la inmovilidad de siempre, sin registrar el paso de Sandra ni el paso del tiempo ni ninguna de las cosas que ocurrían a su alrededor con la pretensión de ser importantes.

En la esquina se encontró con Refugio, que salía con su canasta de mercado con el paso de quien tiene cosas que hacer y que no necesita que el mundo se lo recuerde.

—Ya se va —dijo Refugio. No era pregunta.

—Ya me voy.

Refugio la miró durante un momento con los ojos que lo veían todo y que en dieciocho días habían visto a Sandra de maneras que Sandra misma no se había visto:

—¿Fue a la iglesia?

—Fui.

Refugio asintió con la satisfacción tranquila de quien recibe la confirmación de algo que ya sabía:

—Bien.

—¿Y eso es todo lo que me va a decir?

—¿Qué más quiere que le diga? —Refugio acomodó la canasta en el brazo con el gesto de quien tiene el día organizado y no piensa desorganizarlo—. Fue. Pasó lo que pasó. Ya tiene lo que necesitaba. El resto es suyo.

Sandra la abrazó, que era algo que no había planeado hacer y que ocurrió solo, con la naturalidad de las cosas que no se planean sino que simplemente son la respuesta correcta al momento en que ocurren. Refugio la recibió con los brazos cortos y fuertes de quien ha abrazado a mucha gente durante mucho tiempo y que sabe que el abrazo no necesita durar mucho para pesar lo que tiene que pesar.

—Mande razón cuando llegue —dijo Refugio, cuando Sandra soltó.

—Le mando.

—Y coma bien en la ciudad. Esa comida que venden en cajitas no alimenta a nadie.

Sandra siguió caminando. La plaza de Oaxtlapilla estaba en ese estado de la mañana temprana en que ya hay luz pero todavía no hay movimiento completo, ese estado intermedio que dura poco y que tiene una calidad diferente a cualquier otro momento del día, como si el mundo estuviera a punto de empezar y todavía recordara cómo era antes de que empezara.

La camioneta del Beto estaba en el extremo de la plaza, como había estado el primer día. El Beto estaba en la cabina con la misma expresión de siempre, que era ninguna expresión en particular, la expresión de quien está esperando sin estar esperando porque la espera es parte del trabajo y el trabajo es lo que hay.

Sandra subió a la cabina.

—¿Al entronque? —dijo el Beto.

—Al entronque.

El Beto arrancó la camioneta con la parsimonia de siempre. Avanzaron por la calle principal de Oaxtlapilla hacia la salida, pasando por la iglesia de cantera gris que Sandra miró por la ventana con la atención de quien mira algo que sabe que va a tardar en volver a ver aunque no sepa exactamente cuánto.

La nariz de San Espiridión, esa mañana, estaba completamente seca.

Era la primera vez en dieciocho días que Sandra la veía así. No húmeda en el punto intermedio de siempre. No entre lo mojado y lo seco. Seca del todo, con la nitidez de algo que ha llegado a un estado que no requiere más comentario.

Sandra la miró durante el segundo que la camioneta tardó en pasar frente a la iglesia. No sacó el teléfono. No tomó fotografía. Solo la miró, con los ojos y

con todo lo demás que en dieciocho días había aprendido a usar para mirar las cosas que no se dejan mirar solo con los ojos.

La camioneta dobló la esquina.

La iglesia desapareció del campo visual.

El pueblo de Oaxtlapilla fue quedando atrás con la serenidad de los lugares que no necesitan que uno se vaya para seguir siendo lo que son, y que no necesitan que uno regrese para haberle dado lo que tenían que dar, aunque a veces lo que tenían que dar tarde dieciocho días en entregarse y llegue sin aviso, en el segundo exacto en que una camioneta de redilas pasa frente a una iglesia de cantera gris a las nueve de la mañana de un día cualquiera de la sierra de Oaxaca.

El Beto avanzó por la terracería con la parsimonia de siempre.

Sandra miró hacia adelante, donde el camino se abría entre los encinos hacia el entronque y hacia todo lo que venía después del entronque, que era el mundo de donde había venido y al que volvía con algo que no sabía todavía cómo nombrar pero que reconocía como suyo, que era suficiente por ahora y que tendría que ser suficiente hasta que supiera qué hacer con ello.

La sierra los envolvió. Oaxtlapilla quedó atrás.

Y San Espiridión el Jarioso, desde su altar de madera sin nombre ni fecha ni comisión que lo avalara, siguió ahí, con la nariz seca por primera vez en quince días o en doscientos años, dependiendo de a quién se le preguntara y de si la respuesta tenía que caber en un documento o podía quedarse, como las cosas que importan de verdad, en el único lugar donde siempre han estado: en la memoria de quien las vivió, que es el archivo más antiguo del mundo y el único que no necesita que nadie lo certifique para funcionar.

EPÍLOGO

Seis semanas después

Ciudad de México — redacción de La Plana Mayor

La redacción de La Plana Mayor ocupaba el tercer piso de un edificio de la colonia Doctores que había sido, en distintos momentos de su historia, una fábrica de botones, una escuela de contabilidad y una bodega de refacciones para automóviles, y que ahora era una redacción con el desorden específico de los lugares donde la gente produce cosas bajo presión y donde la organización es siempre una aspiración y nunca del todo una realidad. Había escritorios con tres pantallas y escritorios con una sola pantalla y escritorios con ninguna pantalla porque la pantalla estaba en reparación desde hacía tres semanas y nadie había hecho el trámite correspondiente porque el trámite correspondiente requería un formulario que nadie sabía dónde estaba. Había pilas de revistas viejas en las esquinas que nadie tiraba porque siempre existía la posibilidad de que alguna contuviera algo útil. Había una cafetera en la cocina que hacía el café con una constancia que era la envidia de todo lo demás en el edificio, y había un ventilador en el pasillo que hacía un ruido que

todo el mundo había dejado de escuchar hacía tanto tiempo que si alguien lo apagaba, el silencio resultante habría despertado a la mitad de la redacción.

En ese espacio, Sandra Ojeda tenía su escritorio de siempre: segundo a la izquierda desde la entrada, con una pantalla y media —la segunda tenía una línea horizontal en el tercio inferior que el departamento de sistemas había declarado no urgente— y una pila de libretas usadas a la derecha que se renovaba con la regularidad de quien escribe mucho y archiva poco.

Seis semanas después de Oaxtlapilla, Sandra estaba en ese escritorio trabajando en el siguiente encargo, que era sobre las comunidades de migrantes oaxaqueños en Los Ángeles y que tenía su propio conjunto de complejidades que ella iba aprendiendo con la metodología de siempre: entrevistas, notas, búsqueda del ángulo. Era un reportaje que le interesaba. Era también un reportaje que no le había pedido nada de lo que Oaxtlapilla le había pedido, lo cual era, dependiendo del momento en que lo pensara, un alivio o una pérdida, y a veces las dos cosas en el mismo minuto.

El reportaje de San Espiridión se había publicado un martes, en la página cuatro, con una fotografía de la imagen tomada desde el ángulo que mejor recogía la luz de las veladoras. La nariz aparecía en ese punto intermedio de siempre, ni húmeda ni seca, en el estado que era su condición natural y que ninguna cámara había podido sacar de ese equilibrio en dieciocho días ni en doscientos años.

El editor lo dijo en serio cuando dijo que era bueno:

—Es el mejor reportaje que me has entregado en dos años.

—Es el que menos entiendo —dijo Sandra.

—Eso también se nota —dijo el editor—. Y le hace bien al texto. La duda honesta siempre le hace bien al texto. Los reportajes que el periodista entiende del todo suelen ser los más aburridos.

Sandra lo consideró:

—¿Y si la duda es el problema y no la virtud?

—Depende de qué tipo de duda. La duda que paraliza es el problema. La duda que camina es la virtud. La tuya camina. Se nota en cada párrafo.

El reportaje tuvo buena recepción. Tres mensajes de lectores que habían estado en pueblos parecidos y que reconocieron en el texto algo que no habían sabido nombrar hasta que lo leyeron. Un comentario de un antropólogo de la UNAM que lo citó en un hilo sobre sincretismo religioso con la generosidad académica de quien reconoce que el periodismo a veces llega antes que la academia a los lugares que importan. Una solicitud de un podcast sobre México profundo que Sandra declinó amablemente porque México profundo le parecía una categoría que Oaxtlapilla no habría reconocido como propia y que de todas formas sonaba a folclor y el folclor era exactamente lo que el texto había intentado no ser.

Y luego, en redes sociales, alguien que Sandra no conocía y que tenía cuatrocientos seguidores y una fotografía de perfil de un perro como imagen de usuario, escribió lo siguiente: *Una hermosa nota de color.*

Sandra leyó esa frase y no respondió. La guardó en algún lugar donde guarda las cosas que duelen levemente pero que no merecen más atención que la de ser guardadas. Nota de color. Como si Oaxtlapilla fuera un accesorio del mundo en lugar de ser parte de su estructura. Como si Macario y Refugio y Tobías y Arriaga y Valentina con su pelota roja y el Beto sin prisa y el gato tordillo de Perpetua y los hombres que no pudieron mover la imagen fueran elementos decorativos de un México que existía para ser observado desde afuera con curiosidad afectuosa y distancia cómoda.

Como si la nariz de San Espiridión fuera un detalle pintoresco y no la pregunta más honesta que Sandra había enfrentado en doce años de periodismo.

No respondió porque responder habría requerido explicar, y explicar habría requerido poner en papel cosas que Arriaga le había advertido que se mueren al ponerlas en papel, y Sandra ya había aprendido en dieciocho días en la sierra de Oaxaca a distinguir las cosas que aguantan el papel de las que no lo aguantan, y la diferencia entre las dos era algo que ninguna escuela de periodismo enseñaba pero que Oaxtlapilla enseñaba en dieciocho días a quien llegara con la disposición de aprenderlo.

La disposición, en su caso, había llegado tarde y sin aviso. Pero había llegado. Eso también era algo.

El encargo de Los Ángeles avanzaba. Sandra tenía ya quince entrevistas y una hipótesis de ángulo que su editor había aprobado con el entusiasmo moderado que reservaba para los temas que le parecían sólidos pero no urgentes. Había en esas entrevistas personas interesantes, historias complejas, matices que merecían tratamiento cuidadoso. Era buen periodismo. Era también, Sandra lo reconocía sin drama, un tipo de periodismo diferente al que había hecho en Oaxtlapilla, no porque fuera mejor o peor sino porque no le pedía lo mismo. Le pedía profesionalismo, empatía, precisión. No le pedía que se preguntara a sí misma.

Oaxtlapilla le había pedido que se preguntara a sí misma. Y eso era un tipo de encargo que no venía en ningún correo del editor y que no tenía fecha de entrega y que no se podía archivar cuando se terminaba, porque no se terminaba, porque ese tipo de encargo no se termina sino que se sigue haciendo, calladamente, en los márgenes de todo lo demás, mientras uno trabaja y come y duerme y devuelve llamadas y llena formularios para que le arreglen la pantalla que lleva tres semanas en reparación.

Un miércoles por la tarde, Tobías le mandó un mensaje de texto. Era el primero desde que Sandra había salido de Oaxtlapilla. Decía: *Leí el reportaje. Está bien. No dice todo pero dice lo que puede decirse. Que es lo honesto.* Y luego, después de un momento, otro mensaje: *Macario dice que la nariz sigue igual de siempre. Por si le interesa para el seguimiento.*

Sandra sonrió en su escritorio, que era una sonrisa pequeña pero completa, del tipo que no necesita audiencia.

Respondió: *Dígale a Macario que ya sé.*

Tobías respondió con un punto, que en la economía verbal de Oaxtlapilla equivalía a una conversación larga.

Refugio no mandó mensajes porque Refugio no tenía teléfono con mensajes, o lo tenía y no los usaba, o los usaba para cosas que no incluían mensajes a periodistas de la ciudad, que era exactamente la relación correcta que Refugio debería tener con la tecnología de mensajes. Pero una tarde, dos semanas después de la publicación del reportaje, llegó a la redacción un paquete pequeño enviado desde Oaxaca con letra de alguien que claramente no escribía seguido pero que escribía con convicción. Adentro había un frasco de mole negro en pasta y una nota que decía, con la economía de Refugio: *Para que no se le olvide cómo sabe lo real.*

Sandra puso el frasco en su cajón. Al lado de la libreta de Oaxtlapilla.

El cajón tenía ahora dos cosas que Sandra no habría seguido pero que sabía que estaban ahí: la libreta con la línea que no había vuelto a leer, y el mole de Refugio que no había abierto todavía porque abrirlo requería el momento correcto y el momento correcto no era cualquier tarde de trabajo con la pantalla y media y el ventilador del pasillo y el encargo de Los Ángeles a medio terminar.

El momento correcto llegaría. Esas cosas siempre llegaban en Oaxtlapilla, y Sandra tenía la hipótesis, todavía sin confirmar, de que en ese sentido Oaxtlapilla y la ciudad no eran tan distintos: las cosas que tienen que llegar llegan, si uno no las fuerza demasiado.

Un martes a las tres de la tarde, entre un correo del editor sobre el cierre de la edición y una llamada de una fuente del encargo de Los Ángeles que no había devuelto todavía, Sandra miró el cajón cerrado durante tres segundos exactos.

En esos tres segundos pensó en Macario en el escalón del atrio. En Refugio y las tablas del piso. En Tobías y el agua que corre. En Arriaga y los hechos que se mueren. En Valentina apretando la pelota roja con esa indiferencia perfecta de los once años ante todo lo que no sea exactamente lo que uno quiere estar haciendo. En la nariz seca esa mañana. En la línea en la libreta que no había vuelto a leer. En lo que había ocurrido en la iglesia a las tres de la madrugada del séptimo día y a las cinco de la mañana del decimoctavo, en esa penumbra de veladoras donde el tiempo funcionaba de otra manera y donde el método periodístico era tan útil como una regla para medir el calor.

Tres segundos.

Luego volvió al teclado.

Luego devolvió la llamada.

Luego respondió el correo del editor con las precisiones que el editor pedía sobre el cierre.

La duda seguía ahí. No como debilidad, que era lo que habría pensado seis semanas antes. No como fracaso del método, que era lo que había temido durante diecisiete días en la sierra. Como algo que todavía no había terminado de decirle lo que tenía que decirle, y que esperaba en el cajón con la misma ecuanimidad con que San Espiridión esperaba en su altar a quien llegara: sin prisa, sin condiciones, con la paciencia de quien lleva doscientos años disponible y que sabe que la disponibilidad no se agota por el simple hecho de que nadie llegue un día determinado.

El ventilador del pasillo hizo su ruido de siempre.

La cafetera en la cocina produjo café con su constancia habitual.

Alguien en el escritorio de enfrente recibió una llamada y habló en voz demasiado alta sobre algo que claramente no era urgente pero que trataba como urgente, que es el estado natural de las redacciones que no paran nunca.

Sandra escribió un párrafo del encargo de Los Ángeles, lo releyó, lo corrigió, lo dejó.

Y en el cajón, debajo de tres libretas usadas, la libreta de Oaxtlapilla esperaba con la línea adentro y el mole de Refugio al lado, los dos guardando algo que Sandra sabía que iba a necesitar en algún momento aunque todavía no supiera exactamente cuándo ni exactamente para qué, que era, había aprendido en dieciocho días en un pueblo de la sierra de Oaxaca sin letrero de bienvenida, exactamente la manera en que las cosas más importantes se guardan: sin saber todavía lo que valen, pero sabiendo que valen.

Que era suficiente.

Que siempre había sido suficiente.

Que en Oaxtlapilla lo sabían desde hace doscientos años y que a Sandra le había costado dieciocho días y tres versiones borradas y una fiebre y cuarenta y siete fotografías inútiles y el mole negro de Refugio y la conversación más larga de su vida con un hombre sentado en el escalón de una iglesia a las cuatro de la mañana llegar a la misma conclusión, que era la conclusión a la que tarde o temprano llega todo el que llega a Oaxtlapilla con las manos listas para jalar el hilo y que descubre, como descubrió Sandra, que el ovillo no tiene hilo que jalar sino que tiene otra cosa: una presencia, una consistencia, un peso que no se deshace cuando se jala sino que se asienta, que es exactamente lo que hace que doscientos años después siga estando ahí, en su altar de madera de la que había, con la nariz en ese punto entre lo húmedo y lo seco que no es ambigüedad sino vida, que es lo que tiene todo lo que todavía no ha llegado a su estado definitivo y que por lo tanto todavía puede sorprender a quien llegue a verlo con los ojos correctos.

O con cualquier tipo de ojos.

San Espiridión, al final de cuentas, no había sido muy exigente en ese aspecto.